

Riesgo mortal.

Koontz, Dean R.

A comienzos de mayo, cuando reverdecían los árboles y el verano inminente se presentaba con escasas posibilidades de trabajo, había llegado al apartado postal de Tucker, en el centro de Manhattan, una carta dentro de un sobre blanco y sin remitente. Tucker supo que era de Clitus Felton antes de abrirla.

Cartas como ésta le llegaban unas diez veces al año, y la mitad de ellas contenían algo que valía la pena.

A pesar de su curioso nombre, Clitus Felton se ganaba la vida como contacto para quienes trabajaban por libre en la Costa Este, y mantenía como tapadera en Harrisburg, Pensilvania, una librería de textos especializados. Él mismo había pertenecido al negocio en otros tiempos, y planeaba y ejecutaba dos o tres faenas importantes al año con el talante de un experto.

Pero la edad se le había echado encima, y también su esposa, Dotty, temerosa de que tarde o temprano la sorprendente suerte de Felton se viera interceptada por la bala de un poli o por una larga temporada a la sombra.

En cualquier caso, una librería no bastaba para que Felton conservase su interés por la vida.

Apenas llevaba seis meses detrás del mostrador cuando comenzó a comunicarse con viejos amigos y a ofrecerles sus servicios de intermediario.

Guardaba nombres, alias y direcciones en su cabeza y, cuando alguien lo consultaba para ejecutar una faena perfecta que necesitaba socios adecuados, Felton estudiaba las posibilidades, escribía un par de cartas e intentaba ayudar.

Por un porcentaje que solía ser un cinco si la faena funcionaba de acuerdo a lo previsto.

Delinquir a través de otros; eso era lo que le daba sentido a su vida.

Esa última carta despertó el interés de Tucker.

Hizo un par de llamadas, recibió la información que no se podía confiar al correo y voló a Pittsburgh, desde el aeropuerto de Kennedy, para su cita con Jimmy Shirillo.

Cuando Shirillo le dio la bienvenida a su llegada, Tucker estuvo tentado de decir "gracias, pero mejor dejémoslo correr" y salir de allí por piernas, antes de averiguar nada más sobre el asunto.

Shirillo parecía demasiado joven, diecisiete a lo más, y para Tucker nada cambió cuando el chico le informó de que, en realidad, era seis años mayor. A pesar de su apellido italiano, tenía tez blanca, ojos azules y cabello trigueño.

Sólo medía alrededor de un metro sesenta y cinco y no pesaría más de sesenta kilos.

Una bala bien colocada no sólo lo mataría, sino que le haría volar a lo largo de un par de manzanas, por poco que hubiera algo de brisa.

El mismo Tucker no era ningún gigantón, con su metro setenta y cinco y sus sesenta y cinco kilos.

Suponía, además, que su aspecto no se correspondía con el de un hombre de su profesión: cabello y ojos negros, pómulos salientes, nariz delgada, cierto aire de aristócrata y, según le habían dicho en diferentes ocasiones, hasta de excéntrico.

De todos modos, al lado de aquel joven parecía un verdadero matón, y con mil veces mas experiencia, mas prudente y más capaz.

El chico aquel no le inspiraba ninguna confianza, y Tucker tenía la sensación de que se trataba de un encuentro entre padre e hijo.

Con una sonrisa en los labios, Shirillo se adelantó y tomó la maleta de Tucker con una mano mientras le ofrecía la otra.

El apretón fue sorprendentemente firme, pero nada pretencioso; el saludo de un hombre seguro de sí mismo.

Suficiente para que Tucker mantuviera en suspenso su juicio inicial.

Y mientras Shirillo conducía hasta la ciudad y la cruzaba luego durante la primera ola de atascos de la mañana, conduciendo su Corvette nuevo prudentemente, pero sin alardes de moderación, y tardando menos de lo que Tucker hubiera imaginado, éste se vio obligado a desechar del todo su primera idea y a formular otra completamente distinta.

Debajo de ese exterior algo frágil, tenía ante sí a un hombre competente y, como pudo constatar una y otra vez en aquella guerra de la autopista, no poco atrevido.

-¿Por qué tú? -preguntó Shirillo, mientras adelantaba en zigzag a un inmenso camión cargado de botellas de cerveza, y chirriando al volver a su carril a no más de un pelo de distancia.

-¿Perdón?

El chico sonrió.

-Me has estado observando desde que recogí tu maleta en la sala de espera, y se diría que has decidido confiar en mí.

Tucker guardó silencio.

-Ahora me gustaría a mí hacerme una idea de ti - añadió Shirillo-. ¿Por qué pensó Felton que tú eras el hombre más adecuado para este trabajo?

Tucker se reclinó en el asiento, encontró los caramelos de sabor a lima que solía llevar en los bolsillos, le ofreció a Shirillo, tomó él uno y comenzó a saborearlo.

-Sólo robo a las instituciones.

Me imagino que por eso Felton pensó en mí.

-¿A las instituciones?

-Sí, bancos, compañías de seguros, grandes almacenes, negociantes en joyas; ese tipo de cosas. No le he quitado nunca nada a las personas, a nadie que se viera perjudicado por las pérdidas.

Shirillo se quedó pensativo.

-¿Y tú a la Mafia la consideras una institución? - preguntó al cabo de un rato.

-Y una de las más antiguas.

-Pero no es lo mismo la Mafia que... que un banco o una compañía de seguros.

-Hay diferencias, sí -reconoció Tucker.

Ya se sentía más cómodo con el joven, a pesar de que lo acababa de conocer y a pesar de los soberbios coches que dejaban atrás en un duelo de bocinazos iracundos y chirridos de frenos-.

Aunque menos de las que imaginas.

-Una diferencia -argumentó Shirillo, pisando el acelerador a fondo para aprovechar un hueco en el atasco- es que los del banco, si dan contigo, te colgarán una pena y te meterán en prisión, mientras que a esos tipos les basta con colgarte un peso y lanzarte por un puente.

Tucker sonrió, chupando el caramelo, absorto en aquellas máquinas asesinas que se lanzaban a un lado y a otro de la autopista como animales juguetones.

-Todavía hacen ese tipo de cosas?

-Peor que eso -afirmó Shirillo-.

En este asunto no quiero contar con nadie que no conozca los riesgos.

-Y, tú ¿los conoces?

-Me crié en el barrio Hill de Pittsburgh -le confió Shirillo.

Su expresión ya no era la de un niño, se había vuelto seria.

En su rostro aparecieron líneas apretadas, surcadas por malos recuerdos-.

Un barrio negro en su mayoría, viviendas deficientes, mala recogida de basuras, las ratas paseando por la calle como los perros, casi sin vigilancia policial, calles que nunca estuvieron pavimentadas, y sin servicios de asesoría familiar ni de ninguna otra clase como en los barrios blancos.

Es el tipo de lugar donde la presión sube y sube hasta que, una noche de verano, más o menos cada dos años, todo revienta por arriba.

-¿Me hablas de las revueltas?

-Tú puedes seguir llamándolo como en los noticiarios, pero yo prefiero verlo como ataques de nervios.

No es algo físico, sino psicológico.

Todo el mundo se llena la boca durante unos días, y todos los nobles ciudadanos blancos salen a comprar muchas armas que ni saben cómo usar.

En un mes, todo está olvidado y nada ha cambiado, nada de nada.

Si no eres negro o hispano, tienes que ser pobre como la mierda para vivir en el barrio de Hill.

Y por eso estábamos nosotros ahí.

Mi padre intentaba llegar a final de mes con una zapatería, y lo lograba.

Hasta que la palmó a los cincuenta y seis, destrozado por tanto trabajo.

Tuvo que pagarles a los recaudadores de Baglio durante los últimos quince años, nada más que por el privilegio de permanecer en el negocio.

Una vieja costumbre italiana. -Lanzó un bufido, pero su propia broma no le hacía ninguna gracia-.

Antes de Baglio era otro el que cobraba todas las semanas.

Yo he visto lo -que les hacen a quienes dejan de pagar una semana o a los que dicen. abiertamente que no a la extorsión.

Uno de esos rebeldes fue mi hermano y, desde que dijo no, anda cojo.

Muy cojo.

Incluso tiene suerte de poder caminar.

-Así que conoces los riesgos.

-Demasiado bien.

-Yo también los conozco.

Pero sé también que en una faena como ésta, junto con los riesgos ganas en ventajas.

Por mi parte, creo que las ventajas superan a los riesgos adicionales.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, no tienes que preocuparte de la organización de la policía, del aparato estatal o del federal, de los especialistas en huellas digitales ni de todo el resto de la historia.

-!Eso sí -asintió Shirillo.

Fuera de la ciudad, hacia el este de la gran autopista, el tráfico disminuía visiblemente.

Shirillo aumentó la velocidad del Corvette a ciento diez y se mantuvo ahí.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que, transcurridos quince minutos, el joven frenó, disminuyó la velocidad y se metió en un área de descanso.

-Desde aquí seguiremos a pie. -Miró su reloj-.

Y tendremos que darnos prisa.

Tomó dos prismáticos del asiento trasero, le entregó uno a Tucker y bajó del coche.

Veinte minutos más tarde, después de haber recorrido cierta distancia cerro arriba, a través de un bosque de pinos y moviéndose en silencio, llegaron hasta el punto de observación escogido por Shirillo, entre los árboles de un costado del camino particular, en

la mitad de la recta de más de un kilómetro que conducía a la entrada de la casa.

Se mantuvieron al abrigo de las sombras bajo los pinos, observando la reluciente mansión blanca.

-Vaya casa -comentó Tucker.

-Veintinueve habitaciones.

-¿Has estado dentro?

-En una ocasión.

Cuando tenía dieciocho años trabajaba de corredor de apuestas para uno de los hombres de Baglio en el barrio de Hill, un tío llamado Guita.

Guita pensaba que yo era un chaval avisado, destinado a grandes tareas en la organización, y me trajo con él una vez para que conociera al señor Baglio.

-¿Y qué pasó con tu gran carrera en los bajos fondos?

-Se cargaron a Guita.

-¿La policía?

-No, Baglio.

-¿Por qué?

-No lo supe nunca.

-Algo está pasando allá arriba en la casa -observó Tucker-. ¿Es el momento?

Hacía un rato que Shirillo no usaba sus prismáticos; echó mano de ellos y miró a la parte superior del cerro.

-Sí -dijo-.

Ese es Henry Deffer, el chófer articular de Baglio que es ese viejo cabrón de ahí.

El que camina al lado de Deffer, el dandi ese, es Chaka, el contable y mano derecha de Baglio.

Es el segundo hombre más importante de toda la organización local.

-¿Y los otros dos?

-Matones, nada más.

-¿Y el dinero va ahí, en las maletas?

-Sí.

-¿Cuánto crees que hay?

-He andado preguntando.

Nadie podría decir exactamente cuánto, salvo Baglio y Chaka. Pero es probable que haya entre doscientos y quinientos mil, depende de cómo les hayan ido esas dos semanas.

-¿De dónde sale?

-De tinglados de apuestas en los suburbios, de chanchullos de poca monta: tragaperras en unos cuantos cientos de gasolineras, calderilla de lavanderías automáticas, de quioscos y de peluquerías, pequeñas apuestas deportivas en unos sesenta o setenta bares.

Cada uno por sí solo no da para mucho, pero multiplica una apuesta así por dos mil y tienes un montón de pasta.

-¿Por qué lo recogen sólo dos veces al mes?

-Porque representa muy poco comparado con las grandes apuestas de la ciudad, los burdeles, los cobros por protección y el dinero de la droga en la ciudad y en los suburbios.

Con esa cantidad no se justifica hacer una ronda cada semana.

Además, lo de las tragaperras y las apuestas baratas en general son negocios lícitos, que levantan un poco de pasta de la que no declaran impuestos.

Y les conviene quedarse con la parte de Baglio, sin intereses, durante un par de semanas; eso les permite pagar alguna deuda que de otra manera no podrían cumplir.

A Baglio no le importa, mientras le entreguen un porcentaje honesto y no dejen de pagarle.

De la entrada había partido una limusina negra, un Cadillac que estaba avanzando hacia ellos por el estrecho camino.

Se hundieron aún más entre las sombras y lo observaron al pasar.

-Baglio tiene cerca de cincuenta recaudadores en los suburbios -continuó Shirillo-.

Los segundos y los cuartos lunes de cada mes, se ponen en marcha para ir a recoger la calderilla de esos lugares.

Lo traen aquí entre la media tarde y la hora de la cena.

El lunes lo cuentan, hacen los paquetes y lo ponen en las maletas para enviarlo a la ciudad el martes por la mañana.

-¿Y luego qué hacen con él?

-Baglio es dueño de una buena parte de un banco de la ciudad, uno de los grandes de la calle de Forbes. Deffer aparca el Caddy en el garaje subterráneo del banco, mientras Chaka y uno de los guardaespaldas suben en el ascensor privado con las maletas hasta el despacho del presidente, en la planta dieciséis. Lo que sucede luego no lo sé.

Me imagino que se blanquea todo con mucho cuidado y vuelve a ser dinero limpio.

-¿Has escogido un punto para detener el coche?

-Sí.

Echemos un vistazo.

Pasaron la tarde escalando por el bosque a lo largo del camino particular, estudiando lugares propicios para llevar a cabo la emboscada.

Al terminar, volvieron a la ciudad y Tucker se alojó en el hotel de Chatham Center.

En su habitación, durante el resto de la tarde y por la noche, discutieron los puntos buenos del plan, barajaron algunas alternativas y llegaron a una fórmula satisfactoria para ambos.

El asunto parecía ir sobre ruedas.

Al volver a Manhattan, Tucker sólo tardó dos semanas en dar con Harris y con Bachman.

Reunidos en Pittsburgh el domingo anterior a la ejecución del plan, los cuatro revisaron los detalles hasta el agotamiento.

El lunes vigilaron la entrega del dinero y, por la noche, lo repasaron todo por última vez en la habitación de Tucker.

Habían decidido que cuatro hombres bastarían para detener aquel cochazo en el estrecho camino de montaña, neutralizar a los ocupantes y sacar las maletas atiborradas de dinero de detrás del asiento delantero.

Al principio, Merle Bachman -que se largaría solo, con el dinero bajo llave y a salvo en el maletero del Chevrolet azul- había insistido en un quinto hombre.

El número cinco debía apostarse al comienzo del camino particular, para efectuar una típica maniobra de interceptación en caso de que alguien abandonara la autopista principal mientras se perpetraba el robo.

Los demás se opusieron a Bachman, ya que el tránsito por el camino particular de la propiedad de Baglio era escaso; sobre todo, en la mañana de uno de los dos envíos mensuales de dinero en efectivo.

Además, nadie deseaba ver su parte recortada por un quinto hombre.

Bachman entendía perfectamente las desventajas económicas que suponía un hombre más, pero insistió en que su plan sólo obedecía a ese objetivo de seguridad.

Finalmente, hubo de aceptar, aunque a regañadientes, la idea de continuar como cuarteto.

Ahora que se acercaba el momento de la acción, los cuatro hombres, vestidos de oscuro, aguardaban en las posiciones ya fijadas.

Más arriba, después de rodear un saliente de formación caliza, el camino asfaltado donde tendría lugar el atraco aparecía bruscamente, seguía otros cien metros por un trecho más ancho en el flanco exterior, lo que permitía el paso de dos coches cruzándose en direcciones opuestas, y bajaba luego cuatrocientos metros más antes de llegar a un segundo saliente de piedra caliza y perderse de vista en dirección a la carretera principal.

Aquellas dos pronunciadas curvas, tras las cuales no se veía nada, y el plácido aire de la mañana, producían la sensación de que el resto del mundo hubiera desaparecido en medio de una inexplicable catástrofe.

Mirando hacia arriba, el lado izquierdo del camino estaba flanqueado por un muro de piedras apenas más alto que un hombre y, más arriba, por un espeso

bosque de pinos y malezas tan verdes como billetes nuevos.

Los largos tallos de la hierba que cercaba el bosque se agitaban suavemente en la brisa de la mañana, silenciosos, ondulándose hacia abajo y, luego, irguiéndose nuevamente hacia atrás, en una danza muda y elegante. En el sitio más alto por encima de la primera curva, tendido entre las sombras de papel carbón que arrojaban los árboles e inconsciente de la hierba humedecida por el rocío y de la manera en que parecía querer tocarlo, Jimmy Shirillo observaba la mansión de Baglio con unos potentes prismáticos. La hierba le rozaba el rostro y dejaba unas brillantes gotas de rocío en la palidez de su piel como únicas manchas, dándole un aire de vulnerabilidad que resaltaba su juventud.

Por el contrario, su compostura profesional, su economía de movimientos y la intensidad con que observaba la mansión dejaban adivinar, debajo de aquella tierna apariencia, al profesional experimentado.

Los lentes de los prismáticos habrían bastado, por sí solos, para avisar de la presencia de Shirillo a quien mirara desde la gran casona, pero una capa mate aplicada a los vidrios eliminaba el brillo delator.

Michael Tucker había ideado el truco, porque Tucker pensaba siempre en todo.

Cien metros mas abajo de Shirillo, a la izquierda y sentado sobre la maleza que bordeaba la parte superior del muro de piedra, Pete Harris sostenía en sus brazos una vieja metralleta Thompson, recuerdo de la Segunda Guerra Mundial.

Harris la había desmontado, engrasado, envuelto en tela y enviado en cinco paquetes desde París a su propia dirección en Estados Unidos.

Por aquel entonces, hacia el final de la guerra, aún era bastante viable hacer ese tipo de cosas.

Su intención no fue la de usar el arma con fines ilegales ni darle, de hecho, ningún tipo de uso, puesto que para él la guerra ya había terminado.

De regreso como civil, tuvo que aceptar su incapacidad para conservar un empleo normal y estable y, desesperado, inició su propia guerra contra el sistema y contra el tedio, la respetabilidad y la constante pobreza. Su incapacidad para adaptarse al sistema no nacía de una gran sensibilidad o inteligencia, pues la agudeza de Harris no iba más allá de la media. Era un hombre testarudo, sin embargo, de armas tomar y con gustos caros.

Tarde o temprano, todo ello lo hubiese conducido al crimen, ya que en otros campos no habría pasado de ser un simple oficinista.

Era el mayor de los cuatro hombres.

Con cuarenta y ocho años, le llevaba diez a Bachman, veinte a Tucker y veinticinco al joven Shirillo; pero, a diferencia de otros, no se valía de su edad y experiencia para detentar el poder dentro del grupo.

Sólo le importaba dar el golpe y conseguir el dinero, y sabía que Tucker era un óptimo ejecutante. Al pensar en el dinero se sintió incómodo y se removió en medio de la maleza, estirando sus enormes piernas para deshacerse de un calambre que le atenazaba los gruesos y musculosos muslos.

Cuando comenzó la vigilancia, se entretenía en sacarse los pinchos de la ropa, inmune a ellos gracias a la densidad callosa de sus dedos; pero, aunque sus callos seguían protegiéndolo, se encontraba ya demasiado nervioso para ocuparse de tales minucias, y sólo deseaba ponerse en marcha. A la derecha del camino, frente a Harris, el arcén de gravilla cedía abruptamente a una quebrada salpicada de rocas y con una caída de más de cien metros.

El único sitio seguro de ese lado era el trecho de unos cincuenta metros donde el Dodge y el Chevrolet, ambos robados, permanecían aparcados apuntando ligeramente hacia abajo.

Tucker y Bachman esperaban allí; éste al volante del Chevy, y aquél, invisible desde el camino, oculto por la mole del Dodge.

Bachman llevaba una pistola del calibre 32 en una funda de piel de camello sujeta al hombro, igual que Tucker.

A diferencia de él, en cambio, no dejaba de manosearla, como un salvaje con su amuleto. Con los dedos húmedos seguía el relieve de la sólida culata, desenfundaba el arma, probaba cómo se le ajustaba en la mano y buscaba posibles defectos, a pesar de que la llevaba consigo desde hacía años y sabía que jamás le fallaría.

Bachman tenía únicamente esa arma, mientras que Tucker contaba también con una escopeta de cañones recortados de tan sólo diecisiete o dieciocho centímetros y con las recamaras cargadas, además de seis cartuchos en los bolsillos de la chaqueta. Si la escopeta hubiera estado en manos de Bachman, éste no habría dejado de palparse los bolsillos para asegurarse de que los cartuchos seguían ahí. Tucker, por el contrario, permanecía quieto, moviéndose sólo lo necesario, a la espera.

-Ya deberían haber llegado -advirtió Bachman, asomándose por la ventana abierta del Chevy. Se pasó una mano delgada por el rostro, cubriendo de sobra sus pequeños y apretados rasgos, desprendió algo invisible -quizá su propia impaciencia- y lo sacudió de la punta de los dedos.

Se encontraba nervioso y estaba hablando demasiado, pero, cuando llegara el momento de actuar, lo haría igual que un engranaje perfectamente lubricado, como pudo constatar Tucker en los otros tres golpes que habían acometido juntos.

-Tranquilo, Merle -le dijo Tucker, a quien se le sabía dueño de sí mismo, celoso de conservar un aspecto sereno e inquebrantable ante la tensión del momento; si bien por dentro lo atenazaba un gran nudo, se le retorcían las tripas, como un animal cautivo en su interior, y el sudor le cubría todo el

cuerpo, a modo de velo simbólico de su terror reprimido.

Tucker ni había nacido ni se crió para ganarse la vida de esa manera, y jamás había entendido el mundo del hampa.

El éxito del que gozaba en su actual empresa era la manifestación de una voluntad casi fanática de lograr lo que se proponía y a menudo se convertía en el líder indiscutido de cualquier grupo simplemente porque los demás veían y admiraban la firmeza de sus decisiones.

En lo alto de la ladera, Jimmy Shirillo dejó los prismáticos, se tendió de espaldas y gritó haciendo bocina con las manos:

-¡Ya llegan!

La voz se le quebró en la última palabra, pero todos entendieron lo que había dicho.

-¡Vamos! -chilló Tucker, golpeando con la palma de la mano el capó del Dodge robado.

Bachman dejó bajo su axila la pistola enfundada y encendió el motor del Chevrolet, aceleró un par de veces y avanzó hasta bloquear el paso en diagonal. Sin perder un segundo, suave y tranquilamente, colocó la marcha en punto muerto, tiró del freno de mano, abrió la puerta y salió afuera.

Se situó detrás del parachoques, desde donde podía anticipar una colisión y saltar a un lado para protegerse a tiempo.

Luego, echó mano de la grotesca máscara de carnaval, que le colgaba del cuello sujeta por una goma, y se cubrió el rostro.

"Carnaval en junio", pensó.

No era el momento más propicio para llevar una máscara de goma, con ese calor y esa humedad.

Arriba de la colina, Jimmy había trepado hasta el borde del saliente de piedra caliza, preparado para saltar al camino detrás del Cadillac en cuanto éste hubiera pasado.

Se ajustó con torpeza la careta de duende, sintió el rocío y pensó -inexplicablemente- que eran gotas de sangre.

Miedo.

Miedo verde, nada más.

Molesto consigo mismo, acabó de ajustarse la careta. Abajo, en el trecho más ancho del camino, detrás del Dodge, con un solo movimiento de la mano, Tucker transformó su rostro en el de una vieja bruja surcada de cicatrices y esbozó una mueca de disgusto al oler el látex que respiraba con cada aliento. Luego, miró hacia la maleza del otro lado del camino por encima del muro de piedra. ¿Dónde se encontraba Harris? Allí estaba.

Teniendo en cuenta que era un tipo de ciudad, había sabido cubrirse, camuflándose perfectamente en la maleza.

Meciendo su Thompson, con el rostro transformado en el de un monstruo grotesco, parecía dos veces más grande y más peligroso que nunca.

Tucker levantó su escopeta y apoyó los cañones en el parachoques del Dodge, diciéndose que debía conservar la calma.

Le ardía el estómago, y la bilis le escocía en el borde de la garganta.

Tras la careta se permitió una mueca de malestar, ya que ninguno de los demás podría advertirlo.

Se oía ya el rugido del Cadillac.

Tucker se preguntó si no iría demasiado rápido para detenerse a tiempo e intentó calcular todos los movimientos posibles por si chocaba con la barricada.

Aunque el impacto del choque retardaría la reacción de los hombres de Baglio y aliviaría la tensión de tener que mantenerlos bajo control, también existía el peligro de las puertas atascadas.

Y del fuego.

Porque los hombres de Baglio podían perecer en las llamas, pero ¿qué sucedería con el dinero? El rugido del motor del coche crecía, sonando ya como llamas que devorasen fajos de dólares frescos.

Entonces apareció el Cadillac.

El conductor reaccionó con rapidez.

Pisó los frenos, desvió la gran máquina hacia un lado, aflojó para evitar el peligro de caída al precipicio y detuvo el coche a un par de metros de la puerta del copiloto del Chevy.

Una nube de humo azul alcanzó al Cadillac y pasó luego por encima, rasante.

De acuerdo a lo planeado, la Thompson de Pete Harris lanzó una andanada, apuntando por encima de las cabezas antes de que nadie pudiera acercarse a la limusina.

Los disparos recorrieron las laderas del monte como una serie de martillazos sobre un yunque.

El estrépito se oiría seguramente en el monte y atraería refuerzos desde la mansión.

En cinco minutos, el lugar se hallaría plagado de pistoleros de Baglio.

De todos modos, era la forma más rápida de hacerles saber a los ocupantes de la limusina que la cosa iba en serio, en plan duro, y que se encontraban en irremediable inferioridad.

Al morir el eco, Tucker ya estaba junto a la ventana del chófer, con la escopeta recortada apuntando al cuello del viejo.

Una sola descarga del primer cañón y la ventana volaría por los aires, despedazándole el cráneo al chófer antes de que éste lograra lanzarse al suelo.

El viejo cabrón lo sabía de sobra, así que permaneció donde estaba, inmóvil.

El segundo hombre del asiento delantero era Vito Chaka, el "contable" de confianza de Baglio; de unos cuarenta años, figura esbelta y casi femenina, y sienes que encanecían.

Chaka cultivaba un pequeño bigote, que cubría un tercio de su labio superior como una mancha de pintura.

En los años treinta, pensó Tucker, habría hecho enloquecer a las mujeres.

Y quizás aún lo lograba, gracias a su posición y a su cuenta bancaria.

Chaka le dirigió una mirada, midiéndolo, asintió con un gesto de la cabeza y colocó lentamente ambas

manos sobre la guantera acolchada, con las palmas hacia arriba; todo a la vista, como reconocimiento a su profesionalismo.

-¡Fuera!

A través de la fisura en la boca de goma, la voz de Tucker sonó dura y amenazante.

El chófer y Chaka obedecieron de inmediato y, como los dos matones de atrás vacilaron, Jimmy Shirillo golpeó la ventana trasera con el cañón de su pistola.

Había trepado sobre el maletero del Cadillac sin el menor ruido, y su careta de duende parecía sonreír abiertamente a los sorprendidos pistoleros.

Shirillo se sentía bien, mejor de lo que había esperado y menos atemorizado que antes de que aquello se pusiera en marcha.

Sudaba, y la máscara que le cubría toda la cabeza le escocía en el cuello, aunque eso era lo de -menos.

Treinta segundos después, los hombres de Baglio formaban una fila al lado izquierdo de la limusina, con las manos sobre el techo o en el capo, las piernas abiertas, inclinados hacia delante, para mantenerlos en desequilibrio, y con las cabezas hundidas entre los hombros; todo muy limpio, muy clásico.

Sólo Chaka parecía seguro de sí mismo, incluso más apuesto en aquel trance humillante.

Bachman se apresuró a abrir la puerta trasera del otro extremo.

-Tres valijas -anunció.

En su voz no quedaba rastro de la ansiedad anterior. Jimmy Shirillo lanzó una risotada de triunfo.

-No cantes victoria -dijo Tucker-. Échale una mano. Bachman tomó la maleta más pesada y se dirigió al Chevy, visiblemente encorvado por el lastre del peso.

No se habría contentado con ocuparse de una de las maletas más ligeras, desde luego, y por la misma razón por la que vestía pantalones de tiro largo: no quería que nadie viese en él a un hombre pequeño, a pesar de que sí era un hombre pequeño.

Jimmy dio la vuelta y se hizo cargo de las otras dos maletas sin mayor esfuerzo, las dejó caer en el maletero abierto del Chevrolet robado y cerró de un golpe, mientras Bachman se abalanzaba hacia la puerta delantera.

-Tranquilos -les advirtió Tucker a la fila de hombres al lado del coche, aunque ninguno de ellos se había movido.

Nadie respondió.

Bachman puso en marcha el Chevy, aceleró una vez, metió la marcha atrás, las ruedas chirriaron y el vehículo se situó en ángulo cuesta abajo.

-¡Calma! -gritó Tucker.

Para Merle Bachman, sin embargo, las advertencias estaban de más, puesto que el hombrecillo sabía juzgar la situación como era debido y operar con prudencia a la máxima velocidad.

Era un buen conductor.

Harris bajó del muro, gruñendo y con el jadeo de su respiración magnificado por la máscara.

Mientras Bachman hacía retroceder el coche, Harris se acercó a Tucker y dijo:

-Sin novedad.

-No cantes victoria -repitió Tucker.

Bachman puso la primera, pisó ligeramente el acelerador y empezó a bajar hacia la segunda curva, mientras del techo y del maletero se desprendía una reluciente cortina de calor.

-Ve a buscar el Dodge -le ordenó Tucker a Shirillo. El joven obedeció.

Pete Harris era el único que seguía observando el Chevy, mientras pensaba en todos esos billetes dentro del maletero y en su jubilación.

También fue el primero en darse cuenta de que la cosa iba a salir mal.

-¡Mierda! -exclamó.

Aún no había acabado su imprecación cuando Tucker escuchó el chillido agudo de los frenos del Chevrolet y se giró para ver qué había fallado. Todo había fallado.

Antes de que Bachman hubiera avanzado algo más de la mitad de la distancia hasta la curva de más abajo, un Cadillac apareció por delante del saliente calizo y continuó subiendo. El coche podía compararse con el que acababan de atacar y avanzaba demasiado velozmente para las condiciones del camino.

El conductor dio un brusco giro hacia la izquierda, intentando deslizarse por el borde.

A pesar de lo cual, la maniobra fue inútil, ya que la curva giraba abrupta, desembocando en el muro de Piedra que ascendía, sólido, hasta la cumbre del monte.

Un neumático reventó con el estruendo de un cañonazo.

El coche traqueteó y se sacudió de arriba abajo como bestia enfurecida.

Rechinaron los metales al comprimirse hasta la mitad la masa de uno de los parachoques.

El Chevrolet, que seguía frenando, se balanceó de un lado a otro mientras Bachman se empezaba en recuperar el control.

De pronto viró deliberadamente hacia el exterior.

-¡No logrará pasar al lado de un coche tan grande como el Caddy! -sentenció Harris.

Bachman lo intentó de todos modos.

Aún se encontraba en medio de una faena, conservando la calma y en perfecto engranaje, rápido, calculador.

Sabía que sólo contaba con una oportunidad para salir de aquello con éxito y, aunque se -tratase de una oportunidad entre mil, siguió adelante.

El Cadillac se había detenido por completo, seriamente dañado en uno de sus flancos, y el Chevy se hundió en su puerta trasera como un cerdo hociendo en la tierra, acto seguido pegó un brinco y enterró el eje frontal en la parte superior de la puerta destrozada, al tiempo que se deslizaba hacia el barranco de cien metros que se abría a la izquierda.

Las ruedas traseras pegaron un salto fuera del terreno y quedaron suspendidas sobre el vacío, girando en una nube de polvo amarillo. Durante un segundo, Tucker no dudó que el Chevy se desprendería y caería, pero luego vio que se mantendría, empotrado como estaba en el otro coche, más grande, cual perro montado sobre una perra. Bachman lo había intentado, y había fallado. Sin haber sufrido daños del lado del copiloto, la puerta del Cadillac se abrió. Bajó un individuo alto y de cabello oscuro, aturdido por el golpe. Sacudió la cabeza para despejarse, se volvió y se quedó mirando al Chevy destrozado que colgaba, balanceándose, por encima de él. Posteriormente, se inclinó adelante con ambas manos en las rodillas, para vomitar. De pronto, pareció pensar en algo más importante que esa urgencia vital, porque se enderezó de un golpe y miró hacia el asiento delantero. Desapareció en el interior y ayudó a salir a una mujer joven, que parecía encontrarse tan ilesa como el hombre, aunque no daba señas de la misma debilidad mortal que aquél. Vestía una blusa blanca y una minifalda amarilla; era una rubia alta y hermosa. Su larga cabellera se agitó como un pendón en la brisa cuando miró hacia arriba y observó a Tucker y los otros. -¡Venga! -chilló Jimmy Shirillo, que había hecho girar el Dodge en dirección a la cima del monte. -Sube al coche -le ordenó Tucker a Harris. El grandullón obedeció, sosteniendo tiernamente la Thompson en sus brazos. -No me obliguéis a dispararas por la espalda - advirtió Tucker, mientras retrocedía hacia la puerta abierta del Dodge. Los hombres de Baglio permanecían en silencio. Se deslizó en el interior del coche, sin dejar de darles la cara, alzó la escopeta y disparó hacia el cielo justo cuando Jimmy arrancaba quemando la goma

de las ruedas al partir, dio un portazo, con el coche ya en movimiento, y se dejó caer en el asiento por debajo del nivel de las ventanas hasta que sintió cómo giraban en la curva de arriba.

-¿Y vamos a dejar a Bachman tirado, sin más? -
inquirió Harris.

Tucker se desprendió de la careta y se apartó del rostro el cabello impregnado de un sudor pegajoso.

El estómago le estaba dando más guerra que nunca.

-Sería imposible sacarlo de ahí y a la vez mantener a raya a toda la guardia de Baglio.

Eructo, y saboreó el zumo de naranja que había desayunado.

-De todos modos... -comenzó a decir Harris.

Tucker lo interrumpió, y su voz fue tensa y amarga:

-Bachman tenía razón.

Deberíamos haber contado con un quinto hombre.

-Estamos atrapados -dijo Shirillo.

A partir de allí, el camino particular dejaba de bordear el barranco y se lanzaba a campo abierto hacia las vastas colinas del interior.

Flanqueado por pinos, conducía directo a la entrada circular de la enorme mansión de Rossario Baglio, visible a sólo un par de kilómetros, blanca, reluciente y con sus innumerables ventanales.

Un Mustang negro, que acababa de abandonar el acceso, se dirigía hacia ellos como una flecha.

-Atrapados no -indicó Tucker, señalando hacia delante a la izquierda-. ¿Eso es un desvío?

Jimmy lanzó una mirada.

-Sí, así parece.

-Ve por ahí.

El joven efectuó un brusco viraje a la izquierda cuando se acercaron al camino de tierra, freno, evitó a duras penas estrellarse contra una arboleda de gruesos pinos y continuó la marcha dando tumbos entre los surcos formados por las lluvias, todo con aparente naturalidad.

Aplastando con fuerza el acelerador, miró por el retrovisor y sonrió.

-No es mío el -coche.

-Tú mira por dónde vas, ¿vale? -comentó Tucker, riendo a pesar suyo.

Jimmy miró hacia delante, cruzó por encima de una gran piedra en medio del camino y siguió acelerando. El viento silbaba al penetrar por una de las ventanillas batientes, y los insectos se estrellaban contra el vidrio, con chasquidos de balines.

-Están justo detrás de nosotros -advirtió Harris-. Acaban de girar.

Tucker y Harris clavaron la mirada en el cristal trasero, mareados por la verde masa informe de árboles y malezas y por las zarzas y la hierba que azotaban el coche en ambos lados, esperando a que el Mustang apareciera de pronto.

Y ambos se sobresaltaron cuando Shirillo se detuvo en seco, ya recorrida más de la mitad del camino hasta la cima.

-¿Qué coño... ? -exclamó Tucker.

-Hay un tronco en el camino. O lo movemos, o seguimos a pie desde aquí.

-Bajad todos -ordenó Tucker, abriendo la puerta de un empujón-.

Lo moveremos.

Pete, trae la Thompson.

El tronco era el cadáver de lo que fue un poderoso pino de por lo menos diez metros de largo y unos ochenta centímetros de diámetro, con un par de gruesas ramas que un hacha diestra había convertido en muñones.

Parecía haber sido arrastrado hasta ahí para impedir que se pudiese transitar por el camino más allá de ese punto, aunque era igualmente probable que se tratara de un tronco caído de un remolque en los tiempos en que el bosque alimentaba una gran fábrica de papel o un aserradero.

Tucker dio las instrucciones para que agarraran los tres de un mismo extremo del tronco, a un metro escaso uno de otro y con un pie a cada lado.

Tiraron juntos, desplazándose hacia un lado con un curioso paso de danza, y lograron girarlo casi un metro.

-No es suficiente -dijo Shirillo.

-¿Y qué ha sido del Mustang? -preguntó Harris.

-Por estos caminos no irá igual de rápido que este coche nuestro tan pesado -explicó Tucker.

Volvió a tomar aliento-. ¡Otra vez!

Tiraron del obstáculo casi lo justo para que pasara el Dodge, pero, cuando se detuvieron para tomar aliento, con las espaldas desgarradas por un dolor que los quemaba como el fuego, advirtió Harris:

-Ahora oigo el otro coche.

Tucker aguzó el oído y también lo oyó; se frotó las manos irritadas contra los pantalones, para aliviar el escozor.

-Pete, toma la Thompson y prepárate para saludar a los señores.

Harris sonrió, recogió la metralleta y, de un par de saltos, se colocó detrás del Dodge, tendido en el polvo del camino.

Era un hombre grande, de más de un metro ochenta y casi ciento diez kilos, por lo que, al tumbarse, se alzó del suelo una breve nube de polvo.

Levantó el oscuro cañón y apuntó a la altura por donde el Mustang asomarla al girar en la curva de abajo.

El voluminoso cargador circular, que se destacaba del cuerpo de la metralleta, le daba a ésta un aspecto de bicho; de algo que parecía más bien un objeto que utilizaba, en lugar de ser utilizado; de una enorme sanguijuela que le vaciaba a Harris la sangre del cuerpo.

Tucker se inclinó y deslizó una vez más las manos alrededor del pino hasta dar con el mejor asidero posible en aquel tronco sorprendentemente suave y redondo.

Desde las axilas, el sudor le corría por los brazos y desaparecía absorbido por la camisa.

-¿Listos?

-Listos -respondió Shirillo.

Tiraron, sofocados y con los músculos del vientre tensados por el esfuerzo.

Tucker sintió que su espalda reventaba como una botella de gaseosa, y el sudor le brotó como un chorro de espuma; pero no aflojó, sin importarle que se le quedasen los músculos en el intento.

Levantaron el tronco unos centímetros y consiguieron arrastrarlo apenas hacia un lado, antes de dejarlo caer, desalentados.

Esa vez fue Shirillo quien se sentó encima para recobrar el aliento, jadeando como un perro después de una larga carrera con el calor de junio.

-Venga, gandul -dijo Tucker de inmediato.

Se sentía tan agotado como el joven y quizá más aun; después de todo le llevaba cinco años, pues había gozado de veintiocho años de vida fácil, si los comparaba con los veintitrés que Shirillo había vivido en los duros barrios del gueto.

Sabía, eso sí, que era él quien debía conducir a los demás, quien debía estimular a la acción y entregarles parte de su propio fanatismo para llevarlos hasta el final.

Lo de caer muerto no era lo que Tucker más temía.

Más que a eso, le temía al fracaso.

-¡Venga, Jimmy, por Dios!

Shirillo resopló, se incorporó y volvió a colocarse a horcajadas por encima del tronco.

Cuando se inclinaba para agarrarlo, Harris disparó una ráfaga con la Thompson, invadiendo el bosque que los rodeaba con un martilleo nervioso.

Shirillo levantó la vista, pero no logró ver nada a causa del Dodge y del recodo que el camino formaba más allá.

Volvió a inclinarse, agarró el tronco y, con toda la fuerza que le quedaba, dio un tirón final y desesperado. juntos, lograron desplazarlo más lejos que la última vez.

Al soltarlo, el árbol cayó sobre la tierra endurecida, con un ruido sordo y polvoriento.

-¿Suficiente? -preguntó Shirillo.

-Sí -contestó Tucker-.

Venga, de prisa, ¡Moveos!

Regresaron corriendo al coche.

Shirillo se deslizó tras el volante y arrancó el motor.

Aquello bastó para alertar a Harris, cuya Thompson no disparaba desde hacía casi un minuto.

El hombrón se levantó de un salto y volvió a meterse en el asiento trasero del Dodge. Delante, junto a Shirillo, Tucker manipulaba torpemente su cinturón de seguridad.

Lo enganchó en el momento en que Jimmy arrancaba y se volvió hacia Harris.

-¿Le diste a algún neumático?

-No -respondió Harris, molesto con su propia respuesta, porque respetaba a Tucker y deseaba que él le devolviese el mismo respeto.

De haber resultado bien, ésa habría sido su última faena; como habían fallado, debería volver a trabajar, y prefería hacerlo con Tucker antes que con algún otro, a pesar de ese golpe fallido-.

Los hijos de puta se dieron cuenta demasiado rápido y echaron marcha atrás antes de que me cargara los neumáticos.

Lanzó una sorda imprecación, demasiado sorda como para llegar a oídos de Tucker, y se limpió la suciedad del cuello.

-¿Los ves venir? -preguntó Shirillo.

-Como un poli con un palo de escoba en el culo -respondió Harris.

La respuesta hizo reír a Shirillo, que dijo:

-Sujetaos.

Aceleró de golpe y, durante un momento, los mantuvo clavados contra sus asientos, mientras se internaban en un tramo largo del camino, moteado de sombras.

-¿Por qué no nos dejan en paz? -preguntó Harris, con la mirada fija en el camino y la Thompson cruzada sobre las rodillas.

Su rostro estaba hecho de trazos duros, al igual que su cuerpo.

Bajo una frente enorme, los ojos se hundían profundamente, llenos de una inteligencia fría y sólida.

La nariz, quebrada en más de una ocasión, era protuberante, aunque no ridícula, y la boca, una línea sin labios y que remataba la parte superior de un mentón ancho y cuadrado.

Esa confluencia de crudos rasgos le daba la expresión de una amarga decepción-.

No nos hemos llevado el dinero.

-Pero lo intentamos -replicó Tucker.

-Incluso hemos perdido a Bachman. ¿No es suficiente?

-Para ellos, no.

-Mano de hierro -dijo Shirillo.

Hizo girar el coche en una curva, deslizándose hacia el exterior.

Las ramas de los pinos arañaron el techo, como unas bien afiladas, y la suspensión chirrió como una contralto desafinada.

-¿Mano de hierro? -se extrañó Harris.

-Así solía llamarlo mi padre -explicó Shirillo, sin desviar la mirada del camino.

-Parece un poco melodramático, ¿no?

-La Mafia misma no es precisamente una organización sobria y discreta; es igual de melodramática que un serial de sobremesa.

Se pasan la vida interpretando escenas de películas de tercera categoría: cargándose a los enemigos, cascando a los comerciantes que se niegan a pagar por su protección provocando incendios, chantajeando y pasando drogas a los chavales en los colegios.

El melodrama no lo hace menos real -concluyó Shirillo, encogiéndose de hombros.

#-Ya -dijo Harris, que miraba inquieto por el cristal trasero-. ¿Pero no te podrías dar un poco más de prisa?

El camino giraba lentamente hacia el este y se estrechaba entre los enormes pinos y los ocasionales olmos y abedules que se concentraban más juntos, como una multitud de espectadores nerviosos ante el desenlace del último acto.

De pronto, el camino volvió a bajar, y el polvo humedecido se convirtió en una fina película de lodo.

-Por aquí debajo corre agua -señaló Tucker.

Al pie del monte, el terreno se extendía a lo largo de casi cien metros antes de despeñarse por otra pendiente.

Abriéndose paso por entre el ramaje y flanqueado por muros de miles de capas de pizarra, el Dodge se ahogó, tosió y traqueteo, como un Demóstenes que discursara con la boca llena de guijarros, hasta que finalmente expiró sin gracia alguna.

-¿Qué pasa? -preguntó Harris.

Shirillo no se sorprendió en absoluto, porque hacía rato que esperaba que aquello sucediera.

Lo que le sorprendió, más bien, fue su propia tranquilidad.

-Había un agujero en el tanque de gasolina cuando nos metimos por el camino de tierra -les explicó-. Me he pasado la última media hora viendo cómo bajaba la aguja; debe de ser una fuga pequeña. Pensé que no tenía sentido inquietaras mientras no se agotara del todo.

Bajaron del coche y se quedaron de pie en la pequeña cañada.

Entre los árboles aún flotaba, perezosa, la huella de la bruma mañanera, como un fantasma sin castillo. Harris se colocó la Thompson en bandolera sobre el hombro izquierdo, sujetándola por la correa de cuero negro.

-Bueno, pues el camino es demasiado estrecho para que pasen.

Si nosotros tenemos que caminar, ellos también.

-No tiene sentido caminar mientras los tengamos detrás con un buen coche -lo contradujo Tucker, y su tono de voz no daba lugar a réplicas-.

Les quitaremos el Mustang.

-¿Cómo? -preguntó Shirillo.

-Ahora lo veréis. -Cruzó rápido por delante del Dodge, abrió la puerta del conductor y tiró la escopeta sobre el asiento.

Lanzó las máscaras de goma al camino, soltó el freno de mano y puso el punto muerto-.

Vosotros dos empujad por detrás.

Harris y Shirillo empujaron desde ambos lados del parachoques, mientras Tucker lo había apoyado contra el marco de la puerta, andando lentamente y con una mano en el volante para evitar que el coche se incrustara en las estrechas paredes de pizarra. Cuando el camino empezó a bajar, Tucker recogió la escopeta y saltó hacia un lado.

-¡Dejadlo ir!

Shirillo y Harris se detuvieron y observaron cómo la mole negra del Dodge avanzaba con torpeza y dando tumbos durante los primeros metros de la bajada. Cuando la pendiente aumentó, el vehículo ganó velocidad, se desvió hacia la izquierda, golpeó el muro de pizarra, produciendo chispas y rechinando, y luego fue hacia la derecha, como una bestia en busca de refugio, se dio contra el otro lateral, derrapó en un recodo del camino y rebotó en un bache, oculto para ellos desde lo alto.

Comenzó a girar como si hubiera llegado al final de su carrera y fuera a volver sobre sus pasos, hasta que de pronto se volcó con elegancia sobre un costado y con un estruendo ensordecedor que los barrió como una ola.

Aún resbaló otros sesenta metros antes de detenerse, con el chasis vuelto hacia ellos.

-Los ecologistas nos adorarían -bromeó Shirillo-.

Hoy hemos comenzado nuestra propia guerra contra los coches; como que nos hemos cargado tres en menos de una hora.

-¿Quieres que piensen que nos la hemos pegado? - preguntó Harris.

Tucker asintió con la cabeza.

-¿Y qué hay de las pisadas en el barro?

-insistió Harris.

-Esperemos que no se den cuenta.

Escucharon el zumbido del Mustang, a casi un kilómetro de distancia.

Tucker recogió las máscaras, las repartió y se colocó la suya.

-¡Venga, moveos! Por la orilla, junto al muro para que no se vean las huellas.

Seguro que las piedrecillas borrarán el rastro. Comenzó a bajar y los otros dos lo siguieron de cerca, deslizándose sobre los trozos de pizarra caídos, húmedos y escurridizos.

Tucker creyó resbalar en dos ocasiones pero conservó el equilibrio acelerando la marcha.

Lograron ocultarse tras el Dodge volcado justo en el momento en que el Mustang aparecía encima de la colina.

-¿Y ahora qué? -quiso saber Harris, que ya había echado mano de la Thompson.

Tucker miró hacia abajo y vio que a sus espaldas, a escasa distancia, la pizarra disminuía considerablemente.

-Agachaos y seguidme -dijo, y echó a andar rápido y en cuclillas, como un pato.

Cuando llegaron a un punto donde ellos pudieron subirse a los montones que habían cercado el camino a lo largo de la ladera, Tucker miró hacia arriba. Quería saber si podían ser vistos desde la cima; pero, mas allá del Dodge volcado, le fue imposible divisar el camino, así que parecía sensato pensar que a ellos tampoco los verían.

Dirigió a Harris hacia la izquierda y él se apartó junto con Shirillo hacia la derecha, escaló el pequeño borde, resbaló una vez y se hirió la rodilla al chocar con las piedras, pero ignoró la punzada de dolor.

Al llegar a la arboleda por encima del camino, miró hacia el otro lado y le hizo señas a Harris, que se las devolvió metralleta en mano.

Regresaron, sigilosos, donde había volcado el Dodge, se acercaron hasta el borde del muro de pizarra y miraron hacia abajo.

El Mustang estaba parado y con las puertas abiertas a unos cinco metros de los restos del Dodge.

Los dos ocupantes se aproximaban cautelosamente y con las armas desenfundadas.

-Que no se mueva nadie -les advirtió Tucker.

Pillados por sorpresa, supieron comportarse y escucharon-.

Sacad los cargadores de las pistolas, pero no dejéis de apuntar al suelo.

Estáis cubiertos desde ambos lados del camino.

Los dos hombres obedecieron a regañadientes, pero con la resignación evidente de profesionales que se saben atrapados.

Ambos eran de hombros macizos y vestían trajes ligeros y veraniegos que no acababan de sentarles bien.

Dos gorilas, en el sentido figurado y en el literal. Habrían gozado de un cuadro más familiar en un zoo, gruñendo a los visitantes desde el otro lado de los barrotes.

-Mirad hacia aquí -les indicó Tucker.

Los dos miraron hacia arriba, protegiéndose los ojos de la luz, y esbozaron una mueca ante la visión de la escopeta.

-Ahora, hacia el otro lado.

Se volvieron al unísono y se quedaron mirando la Thompson en manos de Harris.

Tucker no podía ver sus rostros, pero supo que estaban impresionados cuando los vio alzar los hombros en un movimiento instintivo de protegerse y echar a correr.

-Tirad las armas aquí arriba -les ordenó.

Después de enfundarse las pistolas en el cinturón, señaló al Mustang salpicado de tierra-.

-¿Quién conducía?

-Yo -contestó el más alto.

Embutió las manos en los bolsillos de los pantalones, como un niño amohinado, y observo a Tucker por debajo del ceño, a espera de lo que vendría.

¿Eres bueno al volante?

-No lo hago mal.

-¿Quién es el mejor?

El que no conducía señaló al otro y dijo:

-Él. Conduce el coche del señor Baglio cuando...

-¡Ya basta! -bramó el otro.

El más pequeño enmudeció, pálido.

Miró a Tucker, luego a su colega y se restregó la boca como si pudiese borrar las palabras que acababa de pronunciar.

-Vuelve al Mustang y tráelo hasta el Dodge -le ordenó Tucker.

-¿Por qué? -preguntó el conductor.

-Porque, si no, te mato -contestó Tucker.

Y sonrió-. ¿Te parece bien?

-Me parece bien -aceptó, y echó a andar hacia el vehículo.

-No intentes retroceder.

Ese señor que ves ahí podría hacer volar el coche antes de que avances tres metros -le advirtió Tucker-.

Tú, quédate contra la pared.

No metas las narices y pórtate bien -añadió, mirando al segundo gorila.

-De ésta no os salváis -amenazó el gorila.

Parecía evidente, sin embargo, que deseaba que sí se salvaran.

Aquel rostro de tez granulosa y narizota ancha llevaba sobre sí más que una simple pátina de derrota, y su expresión tenía un arraigo profundo. Era uno de esos hombres sin fe en sí mismos hasta que pueden echarle mano a su adversario.

La distancia le hacía sentirse muy débil.

-Venga, hay que moverse -dijo Tucker.

El conductor detuvo el Mustang con el parachoques a treinta centímetros escasos del chasis del Dodge volcado.

Asomó la cabeza por la ventana abierta.

-¿Y ahora qué? -preguntó.

-Sigue hasta que topes con él.

El conductor no hizo más preguntas.

Con un impacto sólido demostró que obedecía y volvió a asomarse por la ventana, a la espera de más instrucciones.

El segundo hombre, apoyado en la pared del otro lado del camino, aún no lograba entender qué sucedía, cuando el conductor ya había adivinado la intención de Tucker.

De todos modos, esperaba a que Tucker se lo dijera. Tucker bajó de un salto hasta la parte alta de la pared, manoteo contra una nube de mosquitos que se elevó desde la hierba que pisaba y apuntó al conductor con la escopeta en el rostro.

-Quiero que aceleres, lentamente, y dale hasta que suceda algo.

El Dodge no está del todo atascado y tiene que desprenderse.

Cuando se mueva justo para que puedas pasar el morro, hazlo.

de largo?

-¿Y si sigo Sonrío, como si se tratara de una broma entre los dos, y mostró su brillante dentadura.

-Te volaremos las ruedas y la ventana trasera, y seguro que te metemos una media docena de balas en la nuca.

Además, es probable que volemos el tanque de la gasolina.

Esta vez sonrió Tucker, y su dentadura no estaba nada mal.

-Me lo figuraba -dijo el conductor, y pisó más a fondo el acelerador.

Durante un momento no pasó gran cosa.

El ruido del motor creció hasta convertirse en un chillido.

Desde la maleza, a espaldas de Tucker y de Shirillo, voló un faisán de cuello negro, tomando por sorpresa al joven, aunque no al otro.

Saltó un perno del parachoques, y este se hundió en la rejilla.

El ruido del motor siguió creciendo.

El conductor apretó su magnífica dentadura, sabiendo que el Dodge podía caer hacia el lado contrario y que él podría deslizarse y dar un bandazo contra la pared de pizarra.

El Dodge comenzó a crujir, cediendo.

Una placa de pizarra se desprendió del muro, se precipitó sobre el coche ya destrozado y lanzó encima del Mustang una lluvia de piedras más

pequeñas que llegó hasta los pies del gorila al otro lado del camino.

Luego, el coche grande volcó hacia un lado y el techo se aplastó por completo contra el muro de pizarra.

El conductor deslizó el Mustang a través de la abertura, raspando todo un lado del coche contra las rocas.

Se detuvo donde se le había señalado, abrió su puerta y bajó.

-Vuelve acá.

Tucker no había tenido la certeza de que el Dodge se movería y, sin embargo, no se mostró sorprendido.

jamás se mostraba sorprendido.

Eso habría dañado su reputación.

El conductor volvió atrás, al lado de su colega, con un gesto de grave recriminación a sí mismo.

Estaba en su derecho.

Pero, a diferencia del otro gorila, no había intentado advertirles que de ésta no se salvarían.

Se miró los zapatos llenos de polvo y los frotó contra la tela de los pantalones, con una expresión de tedio bastante convincente.

-¿Adónde lleva este camino? -preguntó Tucker.

Los mantuvo en la mira de la escopeta mientras Harris bajaba hasta donde había escalado la ladera, volvía al camino y se dirigía hacia ellos.

-A ningún lado -respondió el conductor, -¿No tiene salida?

-No.

El más pequeño de los hombres de Baglio, el que no había tenido la sensatez de permanecer en silencio antes, miró al conductor, turbado.

Luego, sonrió y miró a Tucker.

Su rostro bien podría haber sido el de una gran pizarra negra, donde se leía en letras gigantes: "De esta no os salváis. El señor Baglio dará con vosotros tarde o temprano, porque este camino no tiene salida".

El conductor le lanzó una mirada de desprecio a su compañero, escupió en el suelo y suspiró, apoyándose en el muro a sus espaldas.

-¿Qué pasa, es que es el yerno de Baglio o algo por el estilo? -se dirigió Tucker al conductor.

-No -respondió éste-.

Pero hoy en día es difícil encontrar a alguien que te eche una mano.

-¿Yerno? -se extrañó el gorila más pequeño, mientras miraba a uno y a otro, pestañeando como un imbécil.

-Es evidente que no es un camino sin salida -señaló Harris, cuando los tres estuvieron en el Mustang y Jimmy Shirillo se había alejado del amasijo de hierros y de los dos pistoleros.

-Anda, explícanoslo todo -dijo Tucker.

La máscara de duendecillo de Harris le colgaba del mentón como un segundo rostro, y le tembló a la altura del pecho cuando habló:

-Un camino sin salida sería fatal, pero esto es peor. ¿Para qué vamos a seguir?

-Porque no podemos volver -contestó Tucker-.

Es evidente que Baglio sabe que vamos por este camino y habrá bloqueado la otra salida.

Pero quizá encontremos algo antes de toparnos con la barrera.

-¿Como qué, por ejemplo?

-No tengo ni idea, pero lo sabré cuando lo vea.

-Si tenemos a los hombres de Baglio por delante y por detrás -dijo Jimmy Shirillo-, ¿que hacemos ahora?

Había disminuido la velocidad del Mustang al mínimo y tenía ganas de detenerlo por completo.

Si pudiera congelar el tiempo de todos, fijar ese instante para la eternidad, no se verían obligados a enfrentarse a Baglio, nada malo podría ocurrirles. Para tratarse de su primera faena importante, había estado a la altura de las circunstancias, a pesar del fracaso total; pero también él tenía sus límites.

Recordaba a su hermano, recordaba las semanas en el hospital, la cojera, y no quería seguir adelante.

Tucker trazaba círculos sobre la culata de la escopeta con el dedo índice y se preguntaba qué responderle al joven.

Su propia reacción ante el fracaso era distinta a la de Shirillo; su ingenio aumentaba y su determinación se afianzaba.

-He visto unos caminos que arrancan de este. Hemos debido de pasar una docena desde que dejamos el asfalto.

Shirillo movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

-Yo también los vi.

Eran más estrechos y estaban llenos de baches y de maleza; un desastre total si no cuentas al menos con un Land Rover.

-No pretendía decir que nos metiéramos por uno de ellos con un bicho como éste -señaló Tucker, tranquilo.

No le agradaba ese pesimismo que veía asomar en el muchacho, pero no hizo comentarios.

La mejor manera de ganarse a Shirillo era mantenerse él mismo en calma, dar ejemplo-.

Podremos recorrer un kilómetro o dos por lo menos antes de tener que caminar.

-No me gusta la idea.

-¿Quizá prefieras enfrentarte a las barreras de Baglio? -El joven no dijo nada-.

Ahora ya deben de saber que uno de nosotros lleva una metralleta, y no se dejarán avasallar esta vez. Shirillo pensó un momento.

-¿Por qué no dejamos el coche y nos metemos en el bosque, lejos de los caminos que vigilan ellos? -preguntó.

-Porque jamás encontraríamos el camino, nos perderíamos en diez minutos.

Si no damos con el camino pavimentado, no sabremos dónde estamos.

Ninguno de nosotros conoce el bosque.

-Puñeteramente cierto -sentenció Harris.

Se agarraba a la Thompson más firmemente que antes, y con su pesimismo contenido bajo una máscara de

indiferencia estoica, aunque no tan buena como la fachada inescrutable de Tucker.

El pesimismo de Harris no nacía de la falta de experiencia, como en el caso de Shirillo, sino de la creciente certeza de haber permanecido demasiado tiempo en el negocio y de que se encontraba más cerca que nunca de pagar seriamente por sus deudas pendientes.

Recordó la breve temporada en la cárcel, a sabiendas de que ése no sería el camino en este caso; de que sería peor, mucho peor y más doloroso.

Baglio no lo mandaría a la cárcel, sino a la tumba.

-Está bien -aceptó Shirillo, resignado a lo peor-, pero el camino lo eliges tú, ¿vale?

Trescientos metros más adelante, Tucker señaló una pequeña brecha en la masa de gruesos pinos.

-Por ahí, a la derecha, debería llevar al camino que va a la mansión.

Shirillo se internó por el espeso sendero de zarzas, con todas las precauciones de un hombre convencido de que transita por un camino abundantemente sembrado de minas.

El Mustang suspiró y se hundió en la tierra humedecida y en el grueso lecho de agujas de pino, con la suspensión chirriando de mala gana.

De pronto, se estremeció juguetonamente, cayó y volvió a salir rebotando de un agujero tapado por el lodo, crujiendo al aplastar las zarzas, la hierba y las madreselvas, y avanzando lenta, pero resueltamente.

Siguieron en silencio durante más de un kilómetro y medio y, entonces, el coche se hundió en un charco de lodo negro y se negó a salir, a pesar de que Tucker y Harris ayudaron empujando.

Shirillo apagó el motor y bajó del coche.

-Está atascado, hasta que alguien lo saque de ahí con una grúa.

-Seguiremos a pie -dijo Tucker.

Shirillo se sentía ya mejor que quince minutos antes, porque nunca había esperado que un Mustang llegara tan lejos en ese tipo de terreno.

Su resistencia era quizás un presagio de que las cosas no saldrían tan mal, después de todo.

Tucker iba a la cabeza cuando se internaron en el bosque por el sendero cubierto de maleza. Shirillo, en segundo lugar, y Harris, cerrando la columna con su artillería pesada.

El veterano mantenía el cañón de la Thompson hacia delante y la culata en la cadera, alerta como un soldado en territorio enemigo.

De hecho, se parecía bastante a lo que estaba sucediendo.

Tucker permanecía atento al bosque y a la aparición de los hombres de Baglio, pero el problema del asalto fallido seguía acaparando su atención.

En los últimos tres años había llevado a cabo trece operaciones perfectas, y un par de ellas eran ya legendarias en el mundillo.

Cada trabajo tuvo sus dificultades, desde luego, pero al final todos terminaron con éxito. A los veintiocho años, comenzaba a ganarse entre sus colegas una reputación parecida a la de Clitus Felton en el momento de jubilarse. Se puede confiar en Mike Tucker.

Le gustaba cómo sonaba eso, aunque lo de Tucker era falso.

Lo usaba como alias desde hacía tres años y pensaba que, con otros cinco años de éxito ininterrumpido, no le importaría un comino ningún otro nombre que ese, el de su tapadera; y sólo sería Tucker.

De hecho, ya prestaba más atención a cuidar de la reputación de Tucker que a preocuparse de lo que se dijera contra su verdadero nombre y su familia.

No había de qué enorgullecerse de su verdadero nombre, de absolutamente nada.

El nombre de Tucker, en cambio, inspiraba respeto. Una faena estropeada... "¿Recuerdas el primer golpe fallido de Tucker, lo del asunto de Baglio? Después de eso fue de mal en peor, hasta aquella otra faena cuando... Y luego realizaron un buen trabajo; realmente bueno, salvo por aquella puñetera mujer del Cadillac.

Un puñetero Cadillac al que nadie esperaba.
Tucker odiaba más el fracaso que perder el dinero,
lo odiaba más que la posibilidad de violencia o de
muerte.

Y tenía toda la intención de que las cosas no
acabaran ahí.

"No, el fracaso no.

No dejaría que perdurara como fracaso, porque eso
significaría que se entregaba de lleno a los
designios de su padre; no el de Tucker, sino el
real.

Se negaba a eso.

No dejaría que nadie contara historias para
referirse al comienzo de su declive.

Antes de acabar recuperaría esas puñeteras maletas u
otras tres exactamente iguales, todas llenas de
dinero.

Miró su reloj, mientras avanzaba por aquel camino
desconocido, y se sorprendió al ver que, a pesar de
todo lo sucedido esa mañana, sólo pasaban unos
minutos de las once.

Aún podían lograr mucho, si tenían la suerte de
salir del monte sin ser vistos.

Diez minutos después de haber abandonado el Mustang,
la vegetación se hizo menos densa.

Los árboles eran más pequeños y escasos y la maleza,
más tupida.

Dedicó toda su atención a vigilar el terreno; los
planes podían esperar hasta más tarde.

El bosque parecía encontrarse desierto, aparte de
ellos; pero Baglio bien podría tener apostados
hombres en los alrededores.

Su suerte dependía tan sólo del número de pistoleros
que hubiese en la mansión los días de transporte de
dinero.

Desplegados uno al lado del otro, mas que avanzando
en fila, se acercaban lentamente a los árboles,
prudentes, con la certeza de encontrarse solos.

Al final del bosque, aún bajo las sombras de los
pinos, se detuvieron y miraron desde lo alto la
recortada pendiente del contorno de la ladera.

Allá abajo estaba la mansión, como un blanco destello en medio de todo aquel verde. Tirados en el suelo al borde del bosque, los tres observaron la actividad en la mansión de Baglio. A lo largo de la terraza de la gran casona, dos hombres habían tomado posiciones, uno en cada extremo, apoyados contra pilares blancos de madera. Desde ahí vigilaban la entrada circular y el césped al este y al oeste.

Tucker supuso que en el lado de la casa que él no podía ver estarían apostados otros matones.

Aparte de eso, todo permanecía en calma.

Las ventanas recibían la luz del sol y la devolvían redoblando su intensidad.

Las ramas delgadas de un sauce se mecían perezosas y en las cercanías un pájaro cantaba.

Tucker dejó los prismáticos.

-El Thunderbird aparcado en la entrada tiene matrícula de médico -observó.

-¿Un médico para Bachman? -aventuró Shirillo.

-Es lo más probable.

-¿Entonces creéis que lo sacaron de los restos del coche? -preguntó Harris.

Tucker asintió.

-Y no es probable que lo lleven al hospital más cercano, donde alguien se podría preguntar cómo y dónde fue herido.

-¿Como crees que se encuentra? -quiso saber Shirillo.

-Debe de ser algo más que un par de heridas.

Harris pareció recordar el Chevy incrustado en el Cadillac destrozado y esbozó una mueca amarga.

-¿Y por qué no lo mataron, así de simple?

¿Por qué molestarse en ir a por un médico?

Por lo que se dice, ese Baglio no es ningún benefactor de la humanidad.

Tucker se sacudió a una hormiga que había trepado resueltamente por la manga de su chaqueta.

-Bachman debió de perder el conocimiento o estaría sufriendo demasiado para hablar con coherencia - conjeturó-.

Baglio llevaría un médico para que lo pusiera en condiciones de poder hacerle algunas preguntas concretas.

-Sobre el trabajo -dedujo Harris.

-Sí.

Sobre el trabajo y sobre nosotros.

-Bachman no dirá nada.

-Una mierda que no dirá nada -objetó Shirillo.

Harris miró al joven, y su rostro cuadrado volvió a enrojecer.

-He trabajado con Merle Bachman media docena de veces y puedo asegurar que cerrará el pico.

-Si estuviera en manos de la policía, no me preocuparía para nada -arguyó Shirillo-.

Estoy seguro de que es capaz de soportar los interrogatorios nocturnos de esos polis, pero también estoy seguro de que nadie aguanta una de las sesiones de Baglio. Lo pondrán como nuevo de las heridas del accidente, le harán luego unas cuantas preguntas y le quebrarán todos los huesos del cuerpo, uno tras otro, hasta que cante.

Esos hombres tienen menos limitaciones técnicas que la policía.

Tucker volvió a echar mano de los prismáticos, miró hacia las puertas de entrada que se abrían sobre la terraza y siguió a los dos hombres que salían de la casa y se dirigían al Thunderbird blanco.

Uno de ellos vestía de traje y llevaba un maletín oscuro, sin duda el médico.

El segundo hombre era alto, moreno y de figura distinguida, con largas patillas y cabello largo y entrecano.

Aparte de los ocho kilos de más en la cintura, tenía buen aspecto, el aspecto de un diputado del Congreso o de un magnate del petróleo.

Debía de ser Baglio, y así lo confirmó Shirillo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Harris.

-Están discutiendo -respondió Tucker-, pero no demasiado acaloradamente.

Yo diría que el médico quiere que lleven a Bachman al hospital, y Baglio no está de acuerdo.

Ahora mismo es probable que le esté diciendo al doctor que todo ese dinero que le paga por sus consultas le da derecho a no hacerle caso cuando lo cree conveniente.

Un momento más tarde, el médico subió al Thunderbird y se alejó de la casa, mientras Baglio se despedía con un saludo amistoso.

Una tercera persona salió del interior en ese momento y se detuvo a su lado.

La rubia alta que se cruzó en el camino cuando Bachman escapaba.

Vestía pantalón corto y una camiseta sin mangas, y todo su cuerpo era rotundo y sexualmente atractivo, tan maduro que a los treinta años, cuando muchas mujeres alcanzan la plena lozanía, ella ya habría comenzado a decaer.

Pero de momento, a sus veintidós o veintitrés años, estaba perfecta, y lo sabía; se notaba en su andar, en su provocativa manera de inclinar las caderas cuando se detuvo junto a Baglio.

Tucker la observó mientras, con su brazo rodeando al hombre, volvía a entrar con él en la casona.

-¿Conoces a la chica? -le preguntó a Shirillo-.

La que conducía el Cadillac.

-No, pero será la última de la colección de Baglio.

-¿Vive con él?

-Normalmente sus mujeres viven con él.

Tucker observó la casa.

Nadie se movía, y los guardianes habían vuelto a adoptar posturas de aburrimiento.

-¿Hay alguna forma de saber con certeza cuánta gente pasa la noche en esa casa, además de Baglio y de esa mujer?

Shirillo lo pensó un momento y contestó:

-Me imagino que podría preguntar por ahí, con cuidado.

Pero de lo que estoy seguro es de que habrá por lo menos cuatro guardaespaldas.

Fuera de eso, no lo sé.

-¿Y qué importancia tiene? -quiso saber Harris.

Tucker volvió a sacudiese la hormiga de la manga, la expulsó tranquilamente con un golpe de la uña.

-Vamos a tener que entrar en la casa para sacar a Bachman.

-¿Estás loco?

Por un momento, el rostro de Harris ni siquiera fue rosado, sino que tomó el color de un queso amarillo pálido.

Se le veían todas las arrugas, y tenía el aspecto del hombre viejo y cansado que era.

Estiró el brazo y palpó la Thompson que descansaba en la hierba a su lado, pero por una vez aquello no le sirvió de nada.

-Pues dame una alternativa.

-Nos separamos y desaparecemos por un tiempo - sugirió Harris.

-Esta sí que es buena -exclamó Tucker, un tanto sarcástico-.

Eso estaría bien si nos estuviera buscando la pasma. Los polis tienen tanto trabajo que no te pueden seguir el rastro mucho tiempo; si no hay pistas durante un par de meses, archivan el caso y a otra cosa.

Pero esta gente, Pete, tiene tiempo y recursos. Baglio, por lo que se dice y por su aspecto, es uno de esos tipos que guardan rencor y lo alimentan. Le sonsacará a Bachman nuestros nombres, y el de Felton.

Presionará a Felton hasta conseguir la dirección postal de cada uno de nosotros.

Y, luego, sólo tendrá que esperar a que vayamos a recoger nuestro correo.

-¿Cuándo entramos? -preguntó Shirillo-. ¿Esta noche?

-Yo creo que mañana por la noche.

-Vosotros dos estáis chalados -se irritó Harris-.

Para entonces Bachman ya lo habrá cantado todo.

-Quizá no -replicó Tucker-.

Por la manera en que el médico le insistía a Baglio, yo diría que Bachman se encuentra muy mal en estos momentos.

Seguro que está dopado hasta los huevos, y todavía lo estará mañana por la mañana.

Incluso si mañana se le ha pasado el efecto, no estar en condiciones para un interrogatorio. ¿De qué sirve amenazar a un hombre con torturarlo si el dolor que ya sufre no le deja ni aclararse las ideas?

-¿Y qué pasa si no está tan hecho polvo como dices?

-insistió Harris-. ¿Qué pasa si logramos entrar y nos enteramos de que Bachman ya ha hablado, de que ya está muerto y ¿listo para que lo planten en el bosque?

-Entonces habremos llegado tan lejos como si abandonamos ahora.

Sea como fuere, Baglio nos perseguirá.

-Tucker tiene razón -lo apoyó Jimmy Shirillo.

Harris sacudió su cabezota.

Le había vuelto algo de color al rostro.

-Pues yo no lo sé.

Estoy acostumbrado a trabajar con sentido común.

Si un hombre cae, se le deja.

Es asunto suyo.

Todos corremos los mismos riesgos.

-Con la poli, sí -argumentó Tucker-.

Si Bachman hubiese caído en manos en la poli, yo me largaría. -Eso no era del todo verdad, puesto que estaban también la cuestión del dinero y que tenía que borrar el fracaso de su ficha personal-.

Yo sé que él no daría nuestros nombres.

Pero éstos no son polis, Pete.

Con estos tipos tienes que olvidarte de las reglas tradicionales y adaptarte a las circunstancias.

Harris miró hacia la casa, aún dudando.

-¿Y cómo lo haremos.

-Ahora mismo estoy solucionando algunos detalles -contestó Tucker, golpeándose con un dedo levemente la sien-.

Pero no quiero exponer nada hasta que no lo haya pensado bien. -Se levantó y se sacudió la tierra de la ropa-.

Lo que tenemos que hacer de inmediato es largarnos de estos malditos montes antes de que dejen de buscar por el interior y se dirijan hacia el camino asfaltado.

-¿Y qué hacemos en la autopista, autoestop para volver a la ciudad? -se resistió Harris-. ¿Con una escopeta y una Thompson?

-Todavía podemos usar el Corvette de Shirillo, como habíamos dicho, aunque seamos tres en lugar de dos. Está aparcado en el rea de descanso a un kilómetro del camino de Baglio.

Shirillo puede ir al este, tomar la primera salida, volver a entrar en dirección oeste y recogernos en un punto convenido.

-Eso es fácil -afirmó Shirillo-.

Aquí cerca de la ciudad las salidas están una al lado de otra.

-Esperemos que tengas razón, amigo -concluyó Harris. A Tucker le molestó la aparición de ese "amigo" con que Harris terminó su frase.

Aquel hombrón no era nuevo en el mundillo, y su nerviosismo constituía un peligro mucho mayor que la falta de experiencia de un aprendiz, porque sus raíces eran más profundas.

Tucker sabía que, cuando Harris estaba preocupado, se le acentuaba esa curiosa muletilla para dirigirse a las personas.

Verlo tan inquieto ya, antes de que hubiera sucedido gran cosa, no era buena señal.

-Venga, moveos -los apremió-.

Todavía tengo la tira de detalles por resolver.

El maletín en el que Harris llevaba la metralleta, de la forma más discreta y fragmentada, se encontraba en el Corvette de Shirillo.

Si todo hubiera marchado bien, Shirillo y Harris habrían dejado el Dodge robado y lo hubiesen cambiado por el coche deportivo para volver a la ciudad, mientras que Tucker, por su parte, habría abandonado el coche grande en alguna tranquila calle residencial, donde pasaría desapercibido durante un par de días.

Al no haber sido así, tuvieron que apretujarse en la pequeña cabina del coche, Shirillo y Harris en los asientos y Tucker atravesado en el diminuto compartimento de atrás y soportar los codazos de Harris mientras separaba las piezas y las colocaba en los moldes de poliéster pegados firmemente al fondo del maletín.

Tardó tres veces más de lo normal en llevar a cabo la operación, pero al menos se sintió más aliviado. Cuando terminó, le dirigió una sonrisa a Tucker y dio unos golpecitos sobre el maletín.

-Bonita herramienta, ¿eh?

-Bonita -asintió Tucker-.

Ahora entiendo por qué nunca te casaste y tuviste hijos.

Harris no entendió el sarcasmo, y creyó escuchar en él un cumplido dirigido a su arma.

Dejaron a Harris frente a su hotel, después de que éste prometiera no dejarse ver demasiado y permanecer en su habitación a partir de la mañana siguiente, esperando a la llamada de Tucker.

-Todavía no veo cómo vamos a entrar ahí -dijo Harris.

-Ya me lo pensaré -respondió Tucker.

Harris cerró la puerta y se alejó con la metralleta en el maletín, como si sólo llevara ropa interior y camisas.

Cuando Tucker bajó del Corvette frente a su hotel en Chatham Center, sintiéndose como si hubiera viajado dentro del bolsillo de alguien, dejó la escopeta con Shirillo y le dijo que esperara a su llamada y que volviera a casa.

Luego, subió a su habitación, se duchó, se vistió, hizo su única maleta y canceló la cuenta del hotel. Telefonó al aeropuerto desde la recepción, reservó un billete para el primer vuelo a Nueva York, pidió un taxi y abandonó la ciudad.

A las cuatro horas y treinta y seis minutos de esa tarde aterrizó en el aeropuerto de Kennedy, no del todo contento de volver a casa, ya que su regreso se debía a un fracaso provisional.

En la sala principal del aeropuerto, llena del murmullo de los pasajeros, entró con su equipaje en una cabina telefónica y cerró la puerta.

Marcó el número del banquero de su familia, esperando encontrarlo aún en su despacho.

El hombre, director del banco, estaba en su puesto.

Tucker se pasó la lengua por los labios secos, carraspeo se preguntó si no habría otra forma de tratar el asunto, decidió que no y se identificó, aunque no con el nombre de Tucker.

-¡Michael! ¿En qué te puedo ayudar? -preguntó el señor Mellio.

Su voz era cálida y sincera, demostraba interés. Tonterías.

En realidad, Mellio no era más que un cabrón calculador y estaba totalmente entregado a la voluntad del viejo.

Cuando colgara al cabo de unos minutos, marcaría inmediatamente el número del padre de Tucker y le informarla, palabra por palabra, de la conversación. Si se era titular de una cuenta como la del viejo, los banqueros rompían sus códigos profesionales y le granjeaban al cliente ciertos servicios adicionales.

- ¿Cuánto tiempo más estará en su despacho esta tarde, señor Mellio?

-Ahora me iba.

-¿Y a primera hora de la mañana?

-Estaré aquí a las ocho y cuarto.

-¿Me puede recibir a esa hora?

-¿De qué se trata, Michael?

-Quisiera pedir un préstamo a cuenta de mi herencia. La frase era bastante sencilla, pero difícil de pronunciar.

A su padre le agradaría escuchar el informe de Mellio; esa necesidad económica de Tucker, la primera en más de tres años, haría las delicias del viejo aquel día.

-¿Un préstamo? -se extrañó Mellio, como un banquero que jamás hubiese escuchado esa palabra-

Michael, está de más recordarte que tu firma en un pequeño recibo bastará para que puedas disponer de

la cantidad acumulada por tus asignaciones mensuales y...

-No tiene que recordármelo -lo interrumpió Tucker, con firmeza-. ¿Puedo verlo a las ocho y cuarto de la mañana para lo del préstamo?

-Por supuesto.

Les diré a los guardias que te dejen pasar a esa hora.

-Gracias, señor Mellio.

Tucker colgó.

Gotas de sudor se habían acumulado sobre su frente, aunque sentía frío en todo el cuerpo.

Se secó con un pañuelo de papel, abrió la puerta de la cabina, tomó su maleta y salió en busca de un taxi.

El portero del edificio (Park Avenue, a la altura del número ochenta, un apartamento de nueve habitaciones y con sauna incluida; todo un misterio para su padre, que no sabía cómo lo mantenía) lo saludó con una sonrisa y le hizo una seña al empleado de la recepción, que le preguntó a Tucker por su viaje de negocios.

-Bastante bien -contestó, aunque hubo algo amargo en la respuesta.

Nada más entrar en su piso de la décima planta supo que Elise estaba en casa, porque en el equipo de música se oía a Rimski-Kórsakov, interpretado por la Philadelphia Orchestra bajo la dirección de Ormandy; el compositor y la orquesta favoritos de Elise.

Dominó el impulso de buscarla en seguida y se ocupó antes de ciertos detalles importantes.

En la caja fuerte del armarlo del salón guardó la cartera con la documentación a nombre de Tucker; recogió la que contenía la suya propia y se la metió en el bolsillo.

Volvió a cerrar la caja fuerte e hizo girar el disco.

Sólo entonces fue a buscar a Elise.

En el pasillo se detuvo ante el fragmento de un escudo Edo de comienzos del siglo V, que había

llegado a sus manos tan sólo dos meses antes pero que ya parecía haberse integrado en el ambiente. Estuvo buscando con Elise durante horas el lugar más adecuado para colgarlo en la pared, y más tiempo aún dedicó él a examinarlo con detalle, lamentando que de aquella maltratada pieza de cobre no hubiera sobrevivido más que ese trozo irregular.

Por supuesto, si el escudo hubiese soportado intacto el paso de los siglos, habría resultado demasiado caro para sus posibilidades.

El trozo le había costado más de cuarenta mil dólares, y para él se trataba de dinero bien gastado.

Aquel escudo ovalado era una pieza exquisita, trabajada diestramente en cobre y guarniciones de plata y con pequeñas incrustaciones del más fino marfil talladas a mano, producto de un pueblo de soñadores africanos, antiguos habitantes de la ribera oriental del Níger, artesanos de elaborados escudos, pero escasamente aficionados a la guerra. Además, esa adquisición le había permitido dar solidez a su cobertura como marchante de objetos de arte primitivo, una cobertura que satisfacía a Elise y que resistía las indagaciones del viejo.

En realidad, aquello le dejaba pequeñas ganancias, pero sus archivos eran un asunto privado entre él y Hacienda, y los detectives de su padre jamás habían logrado averiguar el volumen de sus negocios como marchante.

Se había detenido ante el escudo para absorber esa paz que emanaba de él y para admirar su belleza. Una vez desprendido del estado de tensión que le exigía el personaje de Tucker, se encontraba con mejor ánimo para reunirse con Elise.

La encontró sentada en una silla de cuero negro en el estudio, con una bebida en la mesa de al lado y un libro abierto en el regazo. Incluso con aquella cómoda bata vieja, una talla demasiado grande, irradiaba sensualidad.

Era una mujer con un cuerpo espléndido de chica de cabaret, un par de centímetros más baja que Tucker,

con su metro setenta y tres, senos bien redondeados, fina cintura, caderas estrechas, aunque no de adolescente, y unas piernas que parecían no acabar nunca.

Las oportunidades que le había brindado el mundo del espectáculo, sin embargo, se debían a su rostro, no a su cuerpo.

Elise era una rubia natural, de ojos verdes y tez tan perfecta como la porcelana china.

Extrañamente, siempre la llamaban para dos tipos de anuncios de televisión: los de chica sensual y seductora, para asomarse a los hogares y pedir a los hombres que comprasen cigarrillos, cervezas o coches deportivos, y los que requerían una joven despampanante, pero ingenua, para la venta de cosméticos, refrescos, moda juvenil y champús.

Gracias a maquillajes diferentes y a distintas versiones del peinado, sumado a cierta destreza histriónica no exenta de méritos, podía aparentar ante una cámara edades y personajes diversos a lo largo de una misma sesión.

La besó, y el beso se transformó en algo más cuando ella le respondió.

-¿Cómo te ha ido? -preguntó Elise, mientras Tucker se preparaba una copa.

-Aún no he terminado.

Tengo que regresar por la mañana.

-¿Para cuánto tiempo?

-Un par de días o algo así.

-¿Tuviste algún problema con las campanas?

-Se trata de saber a qué siglo pertenecen, si a la segunda mitad del siglo V o a comienzos del vi.

Yo creo que son menos antiguas de lo que dice el vendedor, y le he pedido a Heinenken, de Chicago, que me haga un estudio.

Y, si es necesario, incluso me hará una prueba con carbono.

Las mentiras le salían con facilidad, a pesar de que Tucker odiaba mentirle.

Le había contado que viajaría a Denver a negociar la compra de un par de campanas originarias de un

templo religioso javanés, pero se fue a Pittsburgh para reunirse con Bachman, Harris y Jimmy Shirillo. En los demás aspectos, la suya era una relación honesta.

Ambos iban y venían a sus anchas, sin celos falsos de por medio ni mentiras ni engaños acerca de a quién veían, adónde iban y cuáles eran los planes para el futuro.

Todos los meses, ella le entregaba un cheque para cubrir su parte del alquiler y otros gastos; y cuando él no hizo efectivos los dos primeros cheques, Elise le dúo que si no compartían las responsabilidades, no podrían compartir nada más. Existía entre ambos un respeto y una confianza que Tucker jamás había conocido con otra persona. Y, sin embargo, cuando se trataba del verdadero objeto de sus negocios, debía mentirle; no porque no confiara en ella, sino porque no quería verla implicada en asuntos por los que un tribunal pudiera acusarla de cómplice o de encubridora.

Por otra parte, ninguno de los dos había proclamado sentir un gran amor por su compañero, sólo un dulce afecto.

Cuando llegase el final, si es que llegaba alguna vez, él experimentaría un gran alivio, sabiendo que ella Ignoraba por completo su reputación como criminal.

Se sentó a los pies de la Silla, sobre la gruesa alfombra, le besó las rodillas y tomó un sorbo de la bebida que se había preparado.

-¿Y qué pasa contigo y Madison Avenue?

-Recibí una llamada -contestó Elise, sonriendo-. jamás adivinarías lo que voy a vender esta vez.

-¿Ahora permiten pasar eso por televisión?

-Mente de cloaca.

-Lo siento. ¿Qué vas a vender?

-Pepinillos.

-¿Pepinillos?

-Los Pepinillos de Peter Piper -dijo ella, ahogando una risa.

A Tucker siempre le encantaban esas risas sofocadas, casi risillas, tan fuera de lugar en una mujer tan espectacular y sofisticado como Elise, risas que modificaban completamente su perfil.

-Yo pensaba que los pepinillos eran...

¿Cómo se las llama a estas cosas?

-Productos domésticos.

-Eso.

Siempre dices que no consigues trabajo para anuncios de productos domésticos, aunque hagas el papel de adolescente despampanante.

Elise le había explicado en una ocasión con todo detalle que las amas de casa eran las que compraban productos domésticos: comida, útiles de cocina, ceras, detergentes y similares.

Las amas de casa no deseaban ver mujeres estupendas y atractivas ni precoces adolescentes en flor vendiéndoles productos, porque eso les recordaba sus traseros desbordantes y sus propios michelines.

No querían rivalizar con las mujeres de los anuncios; de modo que esos productos domésticos los vendían mujercitas cursis o mujeres normales y corrientes.

A los bombones como Elise, sin embargo, los reservaban para los anuncios dirigidos a los hombres: cigarrillos, coches, cervezas y lociones para el cabello.

-En este caso han propuesto un nuevo enfoque -dijo ella.

-¿Quién lo ha propuesto?

-Marcus.

Marcus, Pliney y Plunket.

El nombre de esa agencia siempre le sonaba a Tucker como la primera frase de una rima infantil.

-¿De qué se trata?

-Felación -dijo ella.

A Tucker casi se le salió por la boca el trago de buen whisky que había bebido.

Cuando logró tragarlo, tosió y carraspeo.

-¿Cómo has dicho?

-Es otra de las grandes ideas de Plunket.

Mi agente ya me había conseguido antes contratos con Plunket, en dos ocasiones y cosas disparatadas ambas.

Plunket ha convencido a los de Pepinillos Peter Piper de que prueben algo distinto para hacer subir las ventas.

Ha puesto a punto un buen argumento para grabar un anuncio de Pepinillos que resulte sensual, aunque sea un producto doméstico.

-Me gustaría conocerlo.

-Plunket dice que, con la nueva ola de conciencia feminista, las amas de casa modernas están cada día menos satisfechas con sus maridos como compañeros de cama y, cada vez más, tienen el sexo metido en la cabeza, ya sea consciente o inconscientemente.

Plunket ha echado mano de encuestas, estudios sociológicos y miles de otros datos para sostener su punto de vista.

Y ha convencido a los productores de los pepinillos; dice que no pueden fallar mostrando un primer plano de una chica sensual que devora lentamente un bello pepinillo Peter Piper mientras se escucha la típica voz en off. -Volvió a soltar su risilla, acabó el trago y dejó el vaso-.

Plunket dice que eso creará en la mujer la idea de que los pepinillos de Piper son una experiencia sensual.

Ya sabes que un pepinillo es algo muy fálico.

-No me había dado cuenta.

-Ah, sí, ya lo creo.

-¿Tú crees que las amas de casa se lo tragarán?

Ella se encogió de hombros.

-Será restringido, sólo un anuncio en unas cuantas zonas seleccionadas.

No tendrá cobertura nacional hasta que se compruebe su eficacia.

Y yo no recibo porcentajes adicionales, pero sí un buen sueldo por un día de trabajo.

Tucker recordó la noche que, mientras veían un especial de dos horas en la televisión, patrocinado por un fabricante de jabones, pasaron tres anuncios

en los que aparecía Elise, cada uno tres veces; lo cual significaba quinientos cuarenta dólares adicionales, de acuerdo a las cláusulas residuales de su contrato. La mayoría de las semanas, los ingresos de ella se situaban entre mil y dos mil dólares, como uno de los rostros mejor cotizados; y todo por trabajos ya realizados y en antena desde hacía semanas.

Y cuando trabajaba en un anuncio nuevo, llegaba hasta duplicar sus ingresos semanales con el sueldo inicial.

Tucker pensaba que quizá debía abandonar el mundo del delito y ponerse a promocionar pasta dentífrica.

-Terminó su whisky, se levantó y dejó el vaso en la mesa.

La miró un instante.

- ¿Tienes ganas de practicar? -insinuó.

-¿Practicar qué?

-El anuncio de los pepinillos, por supuesto.

Mucho más tarde, después de aquella práctica y de otras tantas, después de haber cenado tarde y de practicar otro poco, y después de haberse dormido juntos en la gran cama del dormitorio principal, Tucker se despertó con el corazón golpeando como una cuña contra un yunque, el ritmo retumbándole en los huesos.

Lo había asustado una pesadilla que no lograba recordar.

Estiró el brazo, palpó las nalgas cálidas y desnudas de Elise y se concentró en ellas hasta que pudo ver sus curvas dibujadas bajo las sábanas.

Cuando esa proximidad lo apaciguó y él supo que no estaba solo, se le calmó el corazón y recuperó la humedad del paladar.

El miedo había desaparecido.

Al cabo de un momento fue capaz incluso de recordar el sujeto de la pesadilla: su padre.

Aun tratándose de un director de un banco de la Quinta Avenida, el despacho del señor Mellio era demasiado fastuoso, forrado con demasiados paneles

de teca y revestido de alfombras demasiado gruesas; todo un derroche de lujo en el estilo.

El cuadro de detrás del escritorio era, a ojos vistas, un Klee, a pesar de que seguramente no estaba allí más que como préstamo de la colección de arte del propio banco y no había sido adquirido exclusivamente para el señor Mellio.

Daba la sensación de que esa gente no administraba el dinero de las personas como era debido y que, de hecho, casi lo estaban tirando para pagarse su propia pompa, sus caprichos y sus lujos innecesarios.

El señor Mellio, sin embargo, era capaz de contrarrestar esa impresión tan cabalmente que uno podía olvidar por completo las exquisiteces del despacho y hasta el destino de la propia fortuna. Mellio era alto y de hombros anchos, irradiaba confianza y habilidad, y hubiera encajado perfectamente en las viejas películas de John Wayne haciendo de vaquero mudo, presto a dar un paso adelante para proteger a Duke, con los labios apretados, resuelto a todo en nombre del bien y del honor.

A sus cincuenta años, el pelo era más canoso que castaño, lo bastante tupido para peinarlo por encima de las orejas, aunque no exagerado.

El rostro era un bloque, con la frente plana los pómulos salientes y sólidos, la nariz recta y tiesa y el mentón tallado en granito por manos de un experto.

Con el mentón estirado hacia delante, estrechó la mano de Tucker.

Era una mano enorme, una mano que aplicaba justo la presión necesaria para eludir los extremos, tanto la sacudida lánguida como la del triturador de huesos. Al igual que el apretón de manos, todo lo que Mellio hacía parecía planeado.

Uno tenía la sensación de que no respiraba si antes no había calculado la necesidad de hacerlo.

A pesar de la decoración del despacho en que trabajaba, aquel hombre manejaba el dinero como un sacerdote la eucaristía.

-¿Cómo te ha ido? -preguntó, sentándose detrás del inmenso escritorio oscuro y vacío-.

No te he visto en... veamos...

-Ocho meses y medio.

Desde la última vez que les llevé, a usted y a mi padre, a los tribunales.

El señor Mellio esbozó una sonrisa, mostrando las fundas de los dientes.

-SI, l ya recuerdo, una tarde desafortunada.

-Para mí -asintió Tucker.

-Para todos nosotros, especialmente para tu padre. Ya lo sabes, Michael, tu padre no desea reñir contigo por este asunto.

Le causa un terrible dolor...

-A mi padre jamás le ha causado dolor nada, señor Mellio, y aún menos su hijo.

Intentó decirlo sin emoción en la voz, con la calma y la pausa de quien está leyendo un texto, como algo incuestionable.

Y creyó haberlo logrado.

-A tu padre sí le importas, Michael, le importas más de lo que...

Tucker alzó el brazo y rechazó el argumento con un movimiento de la mano.

-Si tanto le importo, maldita sea, ¿por que no me entrega mi herencia? Me simplificaría mucho las cosas si lo hiciera.

La expresión de Mellio fue de dolor, como un padre amante que debe enseñar a un niño una penosa lección.

Se reclinó en su asiento; el Klee, vigilante a sus espaldas.

-El testamento de tu madre declaraba tácitamente que tu padre seguiría siendo el administrador de tus fondos hasta el momento en que hubieras alcanzado una edad lo bastante madura para manejarlos por tu propia cuenta.

-Hasta el momento en que él me estimara lo bastante maduro -corrigió Tucker-.

Le arrancó eso a mi madre, con trampas, cuando ella estaba enferma, muy enferma, dos semanas antes de morir.

-Estás insinuando que tu padre intentó hacerse con el control de tu herencia para enriquecerse él. Considerando su fortuna, esa aseveración es absurda.

-No insinúo eso.

Se hizo con el control de mi herencia para dominarme a mí, pero perdió la partida.

-Michael -dijo Mellio, se inclinó hacia delante, puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos, intentando adoptar un aire pícaro, en lo cual fracasó patéticamente-, podrías ver a tu padre y remediarlo todo.

Estoy seguro de que, si intentas que entre vosotros dos las cosas se arreglen, no tardaría en entregarte la herencia.

-Qué va.

Quizá, después de hacer el lameculos durante ocho o diez años, me daría lo que éxito.

No le quiero dedicar tanto tiempo a un viejo corrupto y egoísta.

-¡Michael, estás hablando de tu propio padre!

Entonces fue Tucker el que se inclinó en su asiento, con el rostro ligeramente irritado.

-Señor Mellio, de ni -no yo vuela a mi padre un par de veces a la semana, una hora cada vez.

Una, durante la cena del domingo, cuando se me permitía comer con los adultos; la otra, el miércoles por la noche, cuando él me interrogaba sobre mis clases de la semana anterior.

Recibía clases de francés y de alemán, antes de empezar a ir al colegio, de una niñera que hacía a la vez de profesora, y mi padre quería asegurarse de que su gasto se justificaba.

Durante un periodo de dieciocho meses, cuando yo tenía doce y trece años, no vi a mi padre en absoluto, porque, por entonces, él estaba dedicado a consolidar sus empresas europeas.

Mi educación secundaria transcurrió en un internado bastante más lejos de mi casa de lo que lo estaba la academia militar a la que iba antes.

Veía a mi padre por Navidad, durante un par de horas.

Mientras fui a la universidad, me abstuve de volver a casa, por decisión propia. Ése es mi padre.

Por Dios, señor Mellio, ni siquiera conozco a ese hombre.

El banquero guardó silencio.

-Decidí muy temprano que lo último que quería era ser como mi padre -continuo Tucker-.

Si tener tanto dinero significaba pasarse todo el tiempo cuidando de él, sin tener ni un momento para gozar de la vida, entonces el dinero no era lo mío.

-Se reclinó en el asiento, y la intensidad de su voz disminuyó-: Yo creo que el dinero está para gastarlo.

Esto al viejo lo desconcertaba y, como él opinaba que yo era un irresponsable, incluyó esa cláusula en el testamento de mi madre.

Quería que yo fuese un constructor de imperios, como él.

Pero la vida es demasiado breve como para gastarla en una sala de juntas.

-Para tener dinero hay que ganarlo -dijo Mellio, como si estuviese leyendo la frase en una placa colgada de la pared-.

Se puede despilfarrar rápidamente una fortuna, Michael; incluso una fortuna como la de tu herencia o una mucho mayor, como la de tu padre.

-Mi madre dejó tres millones de dólares, unos miles arriba o abajo contando la calderilla.

Aun invirtiéndolos en bonos del tesoro libres de impuestos y con un modesto seis por ciento, eso nos da ciento ochenta mil al año.

Podría vivir con esa suma muy cómodamente, señor Mellio.

-Tu padre piensa que no podrías, que comenzarías a comerte el capital.

-Eso a mi padre le importa un puñetero comino - replicó Tucker-.

Lo que él quiere es tenerme bajo control para crear otro genio de los negocios.

En el próximo juicio, o en la etapa siguiente, habrá un juez que me dé la razón.

Mi padre no puede seguir sobornando a todos los magistrados que le salgan al paso.

Tarde o temprano dará con uno que sea honrado; sobre todo, en las instancias judiciales más altas.

Mellio abandonó su pose de pícaro y asumió el papel de banquero escandalizado, cogido de sorpresa por acusaciones infundadas.

Ese papel le quedaba aún peor que el de pícaro; tan digno de credibilidad como Elise en un anuncio de televisión pretendiendo ser una pobre ama de casa asexual y fatigada.

-No puedes estar insinuando que...

Tucker lo interrumpió secamente:

-¿Podemos hablar del préstamo, por favor?

Mellio movió los labios de arriba abajo, como intentando deshacerse de algo atascado en su garganta; finalmente, cerró la boca y ordenó sus ideas.

-Michael, hay una cuenta en este banco consistente en las asignaciones mensuales que tú no has recogido o cobrado en más de tres años.

Creo que en este momento hay treinta y siete depósitos en esa cuenta, cada uno por la cantidad de diez mil dólares.

No veo por qué querrías un préstamo si tienes esa cantidad disponible.

-Concédame, por favor, una pizca de inteligencia, señor, Mellio -dijo Tucker.

Había cansancio en su voz, y de verdad estaba cansado. No era ducho en ese tipo de escaramuzas y en cuanto a discutir, había perdido la práctica. Estaba ansioso por terminar aquel asunto con Mellio, con el banco y con la ciudad y ocuparse del problema más urgente de todos, el de sacar a Merle Bachman de

la mansión campestre de Baglio antes de que lo obligaran a soltar todo lo que sabía sobre ellos-. Sé que mi padre ha condicionado el pago de esos cheques, y sé perfectamente qué estaría perdiendo si me pliego a sus condiciones.

Tengo un buen abogado, y hemos conversado mucho acerca de todo esto; acerca de todos ustedes.

Mellio volvió a escandalizarse, decidió que ese no era su papel más brillante, lo dejó correr y continuó, con tono sumamente profesional:

-De acuerdo, si firmas los cheques de tu pensión, estarás respaldando el control de tu parte sobre la herencia.

Pero ¿qué importa eso, Michael? Después de todo, no es más que una formalidad.

En virtud del testamento de tu madre, tu padre ya tiene el control.

Tucker volvió a suspirar, se hundió en el asiento y miró su reloj.

Las nueve menos cuarto.

El Klee comenzaba a cansarse la vista, y los oscuros paneles de teca le parecían amenazantes.

-Si firmo los cheques de la pensión, estaría firmando mi renuncia al derecho de continuar con el pleito que ahora se encuentra en el tribunal federal.

Me estaría limitando a la condición de menor de edad para el resto de mi vida o, al menos, para el resto de la vida de mi padre.

-Pero acabas de decir que sólo te importa tener dinero para tus gastos -adujo Mellio, pausadamente-. Así podrías disponer de esa bonita mensualidad.

-Dije que me bastaban ciento ochenta mil al año, pero no creo que me llegue con ciento veinte mil.

Una de las cosas que heredé de mi padre es el gusto por lo caro.

-Es evidente que podríamos aumentar el monto de las mensualidades.

Tucker sacudió la cabeza.

-No, no es sólo eso.

Una vez firmada la renuncia, no tendría más armas contra mi padre, y su control sobre mí sería más férreo de lo que a mí me gustaría.

Incluso podría disminuir el monto de las mensualidades hasta que tuviera que darme por vencido y someterme al circo de aprender su arte de los negocios.

-Él no haría eso.

-A otro perro con ese hueso -replicó Tucker, sonriendo cortésmente.

-Debes de odiarlo.

-No sólo eso, abomino de él.

-Pero ¿por qué?

-Tengo mis razones.

Pensaba en muchas razones, pero sobre todo pensaba en las mujeres que había tenido su padre, todo un rosario de amantes que, haciendo gala de crueldad, jamás le había ocultado a su esposa.

De hecho, parecía experimentar cierto raro placer en hacer ostentación ante ella de sus adulterios.

Recordaba una ocasión en que volvió del internado a casa para pasar las vacaciones, y su madre, odiándose, le estuvo contando acerca de las mujeres de su padre.

Ella siempre había sido una mujer muy familiar, y aquello suponía un atentado contra su esencia, contra sus cimientos más sagrados.

Recogiéndose sobre sí misma, lloró en silencio, temblando, el rostro insensible al contacto de su hijo.

Si su madre hubiera tenido algo de lo que tenía Elise, una visión menos anticuada y una actitud más moderna, se habría enfrentado al viejo.

Lo habría dejado.

En cambio, se quedó, incapaz de admitir que todo había fracasado.

Y luego el cáncer, la lenta muerte en el hospital, cuando el viejo estaba demasiado ocupado para visitarla más de un par de horas a la semana y ella sabía que no eran sólo los negocios lo que lo mantenía tan atareado.

-Tu padre es un hombre fascinante y uno de los más bondadosos que jamás he conocido -dijo el señor Mellio-.

No me imagino qué razones te puede haber dado para que lo aborrezcas.

- Señal de que no lo conoce muy bien.

-Quizá lo conozco mejor que tú.

Tucker le lanzó una sonrisa glacial.

-Considerando que es usted banquero y que mi padre siempre tuvo mayor interés en el dinero que en su hijo, es posible que así sea.

Por primera vez, el hombre pareció escrutar a Tucker más allá de su fachada, vislumbrar por un instante al hombre oculto tras ella.

Bajó rápidamente la vista a la superficie vacía de su macizo escritorio, como si esa mera visión lo hubiera atemorizado.

-¿En qué cantidad estabas pensando?

-Sólo diez mil.

De pronto me he encontrado corto de efectivo para mis operaciones.

-¿Avales? -preguntó Mellio, levantando la mirada, recuperando su ánimo en el curso de esa conversación que debía de haber repetido miles de veces con miles de clientes.

La familiaridad siempre cultiva la confianza, sobre todo en los profesionales de las finanzas.

-El fideicomiso -dijo Tucker.

-Pero, en rigor, no tienes derecho a usar ese dinero como aval.

Eso sólo lo puede hacer el administrador del fideicomiso.

-Mi padre.

-Sí.

-Entonces, puedo usar la cuenta con las mensualidades no cobradas.

-Lo mismo sucede con esa cuenta.

Los cheques no son legalmente tuyos hasta que los hayas firmado.

Tucker se incorporó en su asiento, intuyendo que se avecinaba un enfrentamiento de voluntades que él debía ganar.

-Y, en ese caso, ¿qué me sugeriría usted como aval?

-Bueno, parece ser que administras un negocio muy rentable.

Vives según el estilo que te agrada, sin tocar tu herencia, lo cual quiere decir que debes de tener otros bienes.

-Olvídese de eso.

Mellio se reclinó una vez más, forzando hasta el límite los resortes del asiento, y miró a Michael a través de la curiosa perspectiva de su rodilla en el aire.

Era evidente que había recuperado una vez más el control de la situación.

-Escúchame, Michael, tu actitud no tiene sentido. Si me dieras una buena descripción de ese negocio tuyo de objetos de arte, el capital inicial y la estimación de ingresos, los recursos y los proyectos, te podríamos conseguir un préstamo basándonos en el alcance de tus logros hasta ahora. Y, me permito agregar, si le contaras a tu padre exactamente qué has estado haciendo, es posible que recibiese una impresión tan buena de tus dotes financieras que quizá liberase tu herencia.

-Ni hablar.

Mis negocios no van por el lado de la construcción de imperios.

Son erráticos y dependen mucho de la suerte.

Yo no asisto a reuniones de juntas, no me ocupo de la bolsa ni empleo a miles de personas.

Mi padre no se impresionaría lo suficiente como para echarme una mano con mi herencia.

La voz de Mellio adquirió un evidente tono de falso sentimentalismo:

-Al menos, deberías dejarle saber la naturaleza de tus transacciones o rendirle cuenta de tus éxitos más destacados, como un hijo que le concede a su padre una cortesía elemental. Él está muy satisfecho

de tu evidente éxito, pero es demasiado orgulloso para preguntarte cómo lo has logrado.

Tucker esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

-Le repito que a otro perro con ese hueso, señor Mellio.

Estoy seguro de que usted sabe cuántas veces mi padre ha contratado detectives privados para seguirme, intentando enterarse de con qué marchantes trabajo, los precios que he pagado por ciertos objetos y las ganancias logradas con determinadas ventas.

Desgraciadamente para él, he sido más listo que cualquiera de ellos.

Los he identificado a todos desde el primer momento. Mellio lanzó un suspiro, mirando aún por encima de su rodilla.

-Tu padre nunca te haría seguir, Michael -dijo-.

Pero, bueno, olvídate de tu trabajo.

¿Hay algún otro aval que puedas ofrecerle al banco por esos diez mil que necesitas?

-Mis muebles, mi coche, algunos objetos de arte.

-Me temo que eso es imposible.

-Tengo algunas piezas de colección MUY valiosas.

-El arte puede valer una fortuna hoy y mañana nada.

Los críticos y los expertos son caprichosos cuando se trata de dar su aprobación al talento.

-¿Y el banco se ha atrevido a abordar inversiones tan poco sólidas? -preguntó, fingiendo inocencia al señalar el Klee.

Mellio no respondió.

-En este caso no se trata de pinturas -añadió Tucker-, sino de restos arqueológicos; valiosos como antigüedades y, además, como arte.

-Tendría que pedir que los tasaran, y eso llevaría una semana, quizá mas.

-Puedo recomendarles un tasador de confianza que daría fe de su valor en media hora.

-Preferiríamos nuestro propio hombre, y necesitaríamos una semana.

-¡Por Dios! No puedo esperar hasta la próxima junta de accionistas para hablar de cómo ustedes derrochan

el dinero comprando cuadros de Klee y chorradas por el estilo.

Según sus propias palabras...

-No seas infantil.

-Y usted no sea deshonesto, señor Mellio.

Estoy seguro de que mi padre le dio instrucciones de que me negara este préstamo y me obligara a firmar los cheques.

Pero debe saber que, si no recibo los diez mil dólares ahora mismo, estoy en una excelente posición para introducir otra demanda contra usted, contra el banco y contra el administrador del fideicomiso. No habrá juez que se crea que usted realmente teme perder el dinero que me presta; ser de sobra evidente que su negativa no es más que una maniobra infame.

Mellio se incorporó y puso una mano sobre las teclas del intercomunicador.

Luego, miró a Tucker.

-Tendré que pedirte al menos que me firmes una nota.

-Siempre y cuando yo esté de acuerdo con lo que dice la nota -replicó Tucker.

-Desde luego.

Mellio dio instrucciones a la secretaria para que les llevara los papeles del préstamo, sin disimular el desagrado que le causaba verse obligado a ello.

-Lo quiero en efectivo -dijo Tucker-.

Ya le diré en billetes de cuánto.

-¿En efectivo? -se asombró Mellio, levantando la mirada.

-Sí.

Su cheque podría no tener fondos.

A las nueve y media, a cuatro manzanas del banco, con sus diez mil dólares en el interior de un discreto maletín, Michael Tucker hizo tres llamadas telefónicas desde la cabina de unos grandes almacenes.

La primera a Queens5 la segunda a un número más bien distante de Long Island y la tercera a Jimmy Shirillo en Pittsburgh.

Satisfecho de que todo marchase sobre ruedas, tomó un taxi que lo condujo a dos manzanas de la dirección de Queens5 bajo, pagó, observó cómo el taxi se perdía en el denso fluir del tráfico y, luego, recorrió andando el resto del trayecto. Quizá fuera una precaución innecesaria, aun cuando el taxista llevase un registro de los viajes que pudiera ser investigado, pero ya estaba acostumbrado a los detectives que lo seguían y se había vuelto indiferente a esa pequeña molestia.

Nadie lo siguió el resto del camino hasta el local de Mirie.

El local era una sala en una planta baja de una casa de tres pisos, en una tranquila calle secundaria de Queens.

Fuera, un rotulo, que se repetía con letras doradas en el vidrio esmerilado de la puerta, decía:

"Antigüedades y muebles usados."

Al entrar Tucker, sonó el estrépito de un timbre en la parte de atrás, entre los montones de sillas, mesas, estanterías desportilladas, lámparas, arcones, camas y toda una variedad de cachivaches. Al cabo de un momento, como atraído por el ruido contra su voluntad, apareció Mirie por el pasillo sombrío entre pilas de sillas, marcos usados y antigüedades.

-Déjeme ocuparme de la puerta y en seguida estoy con usted.

Se dirigió hacia la puerta.

Mirie pasaba de los cincuenta y su calvicie era total, excepto por una franja de pelo crespo y canoso que acentuaba la redondez de la parte superior de su cráneo, a la manera de un monje medieval.

No medía más de un metro sesenta, pero pesaba noventa kilos.

A pesar de que su tienda parecía una calle de Florida devastada por un huracán, y a pesar de que su estilo en el vestir se limitaba a ir cómodo, era un hombre pulcro cuando se trataba de su especialidad.

Y su especialidad eran las armas.

-Arriba -indicó, pasando al lado de Tucker hacia las pilas de objetos descoloridos y a punto de derrumbarse.

En la parte trasera de la tienda, después de cruzar una cortina de tela amarilla, subieron por unas escaleras estrechas, pasaron por la primera planta, donde vivía Mirie, y llegaron hasta el segundo y último piso, donde guardaba su colección de armas. Allí, al igual que en la planta baja, los tabiques habían sido derribados para dar lugar a una amplia y única habitación.

Sujetos al muro, ordenados en estanterías de madera, protegidos en maletines de terciopelo y -en el caso de las nuevas adquisiciones, aún no tocadas por Mirie- tirados negligentemente en cajas de cartón, se acumulaban más de dos mil rifles, escopetas y armas cortas, con un predominio notorio de estas últimas.

Contra la pared del fondo había también un grupo de máquinas para trabajar metal, incluyendo una pequeña fragua de gas y un recipiente de enfriado, donde el metal podía ser fundido y moldeado.

-Creo que tengo exactamente lo que necesita -dijo Mirie.

Abajo, en la tienda, su actitud había sido ausente, gris como su franja de pelo, apática, aunque no tanto como para parecer pintoresca; entre sus armas, revivió como una marioneta colgada de cuerdas y tocada de pronto por la gracia mágica de un hada madrina.

Los ojos sombríos y apagados del propietario de la tienda de antigüedades se habían abierto, brillantes.

La mirada se paseaba, inquieta, de un objeto a otro, sin ignorar las reacciones de Tucker a todo lo que decía y, un momento después, a todo lo que le enseñó.

Se detuvieron ante una estantería que ocupaba la mitad de la pared a la derecha de la puerta.

Mirie lanzó una mirada por encima de su tupida ceja entrecana.

Quizás estuviese avergonzado.

-Espero que me perdone estas maniobras tan de televisión, señor Tucker.

-Por supuesto -dijo Tucker.

Ya había visitado a Mirie en nueve ocasiones y, en tres de ellas, Mirie abrió el armario oculto en su presencia (señal de confianza y de respeto, de la que pocos clientes gozaban) y, en cada ocasión, se disculpó por el numerito.

-Hoy en día más vale prevenir -observó Mirie, y, con ambas manos, extrajo varios libros de poesía del quinto estante y se los pasó a Tucker, que los sostuvo mientras esperaba, paciente-.

Hubo una época, hace no muchos años, en que se podía dejar todo a la vista.

Si tenía que trabajar en un arma, haciendo modificaciones especiales, y me entraba el sueño, la dejaba sobre mi mesa de trabajo mientras me echaba una siesta, ¿me entiende?

Tucker dijo que entendía.

-Pero ahora uno no se puede fiar.

Todo este escándalo público acerca de las armas presiona mucho a la poli, y también a mí.

Se diría que esos fanáticos contra las armas creen que todas las que existen se usan en algún crimen.

Pero basta echarle una mirada a este taller.

Tengo mil doscientas, quizá mil trescientas armas; ¿cuántas de ellas venderé a clientes especiales como usted? ¿Treinta?

¿Cuarenta? No creo que más.

De la profundidad de su garganta se escuchó un carraspeo de indignación.

Mirie encontró el candado que se hallaba oculto detrás de los libros y, para abrirlo, echó mano de una llave que colgaba de su cadena.

Dio un paso a un lado, desplazó la estantería, se acercó a un armario casi cuatro veces su tamaño y tiró de un cordel corto para encender una bombilla de cuarenta vatios.

Dio con la caja de cartón que buscaba, apagó la luz y volvió a la habitación principal.

Dejó la caja en el suelo, cerró la puerta de la estantería, echó la llave, recogió los libros de poesía de las manos de Tucker y volvió a colocarlos en el estante.

-Hace que me sienta como un criminal -comento entre dientes, y volvió a gruñir en lo profundo de su garganta.

Parecía buscar a alguien sobre quien escupir.

En la mesa de trabajo, enseñó a Tucker lo que le tenía destinado.

-Tres Lüger de la Guardia Nacional de Portugal, registradas y en excelente estado.

-¿De imitación?

Mirie pareció ofenderse:

-Auténticas, se lo aseguro.

Una buena imitación, desde luego, bastaría para el uso que usted quisiera darle.

Pero éste es el artículo auténtico, de 1906, con cañón de 12 centímetros.

-¿De 7,65 milímetros?

Tucker manipuló la pistola, que estaba descargada.

-¿Y qué pasa con los silenciadores?

Recorrió con el pulgar el hilo torneado en el exterior del cañón de la Lüger.

Mirie sacó tres cilindros brillantes de la caja y entregó uno de ellos a Tucker.

-Continuidad del cañón garantizada.

-Desde luego.

Tucker enroscó el silenciador en la Lüger, y@ el resultado fue un cañón de más de veinticinco centímetros.

El efecto era a la vez ridículo y mortal.

-¿Cargadores?

Mirie los sacó de la caja y los colocó ordenadamente sobre la mesa.

Observó mientras Tucker ajustaba los silenciadores a cada una de las pistolas, las cargaba, las empujaba y hacía de todo con ellas, salvo disparar.

No lo ofendía el examen exhaustivo al que las sometía Tucker, ya que sabía que éste no ponía en duda su fiabilidad, sino que simplemente tomaba todas las precauciones posibles. De hecho, admiraba el profesionalismo de su cliente. Tucker desmontó las pistolas.

-¿Cuánto?

-Usted entenderá que una auténtica Luger de la Guardia Nacional de Portugal es una pieza de colección.

-¿Aunque esté modificada con un silenciador?

-Sí, así es.

-¿Cuánto?

-Pagué cuatrocientos cincuenta dólares por cada una, y eso hace mil trescientos cincuenta, precio de mercado.

Tucker sabía que no le había comprado las Luger a otro coleccionista, sino a distintos proveedores, ignorantes de su valor y probablemente por no más de entre cincuenta y cien dólares cada una.

Pero no dijo nada.

Mirie era tan bueno como para permitirle llevarse una ganancia todo lo succulenta que él razonablemente esperaba.

- Las he restaurado totalmente y las entrego con municiones, con bastante munición; y fabriqué los silenciadores, una operación delicada que lleva no poco tiempo...

- ¿Cuánto?

Pestañeando, miró a Tucker, luego las pistolas y, de nuevo, a Tucker; y supo que éste llevaba prisa y, por eso, hinchó un poco el precio.

-Dos mil doscientos por las tres.

-Dos mil -dijo Tucker.

-Además, está el problema de que estas armas fueron originalmente preparadas para otro caballero, un pedido ya hecho.

Pasará a buscarlas dentro de dos días.

Para cumplir con ese pedido, deberé cerrar la tienda y trabajar dieciocho horas diarias...

Tucker interrumpió de golpe el discurso del gordo:

-Me parece poco probable.

Los dos sabemos que usted siempre le lleva cierta ventaja a la demanda. Ésa es una de las razones por las que tiene el escondite del armario.

Seguro que tiene dos más como ésta, que quizá no sean Lüger, pero sí igual de buenas, listas para entregar, ahí en su armario.

-La verdad es que... -comenzó a decir Mirie.

-Dos mil.

- Querrá un maletín para llevárselas -supuso Mirie, apretando sus gruesos dedos.

-Dos mil por las armas y veinticinco por el maletín. Tucker sonrió.

-Es usted increíble.

- Al negocio de las antigüedades le ha afectado la recesión económica, de la que quizá haya leído algo en los periódicos -se excuso, y separó sus manos, enseñando las palmas como preguntando: ¿qué puedo hacer yo?

Tucker contó el dinero mientras Mirie colocaba las pistolas, los silenciadores y los cargadores en un maletín de color gris perla con un asa plateada.

Lo cerró y entregó las llaves a Tucker, a cambio de la cantidad debida en efectivo.

-Creo que estará satisfecho.

-Así lo espero.

-Hasta pronto, entonces.

-Adiós -dijo Tucker.

El gordo lo condujo escaleras abajo, hacia la penumbra de la tienda de muebles.

Cruzaron por un pasillo donde se amontonaban antiguas radios y un gramófono encima de una estantería de arce.

La trompetilla del gramófono, antaño dorada y ahora opaca, hizo pensar a Tucker en Elise Ramsey: en un anuncio aparecía sentada en un diván al lado de un antiguo gramófono.

Aquél era uno de sus anuncios preferidos, quizá debido a ese camisón de escote generoso y encaje que vestía ella.

Siempre tenía la sensación de que, como en los dibujos animados, el gramófono había cobrado vida y su boca se abría asombrada ante aquel escote formidable.

Mirie abrió la puerta de entrada.

Tucker salió y se alejó sin decir palabra.

Eran las once y seis minutos del miércoles por la mañana.

El pequeño aeropuerto donde Paul Norton y Nick Simonsen habían establecido su servicio aéreo múltiple contaba con dos pistas asfaltadas; una de ellas, nueva y lisa, y la otra, agrietada, erosionada y curvada en la mitad como el lomo de un gato rabioso.

Ambas estaban en uso.

Los tres edificios (un almacén, un hangar, y una combinación de despacho y de estacionamiento para tres aviones) habían conocido épocas mejores.

El tejado, de cinc acanalado, estaba seriamente oxidado, y las paredes de madera necesitaban una mano de pintura.

Tucker pagó al taxista, incluyendo una buena propina por haber llegado a aquel lugar tan apartado, donde seguramente no conseguiría un pasajero de regreso, y entró en el edificio más cercano, en el que Norton tenía su despacho.

Allí se encontraba, detrás de una vieja mesa a punto de desmoronarse e inclinado totalmente hacia atrás en una silla, con las botas sobre el gran secante lleno de manchas y de anotaciones de todo tipo.

Era un hombre grande, unos trece centímetros más alto que Tucker, con veinticinco kilos más de peso y un rostro ancho y llano, ya que durante su estancia en Vietnam, le aplastaron la nariz y le dejaron cicatrices en las mejillas. jamás le había contado a Tucker cómo o por qué le ocurrió aquello, y ni siquiera si ambos daños tenían el mismo origen.

Quizá unos recursos ilimitados y varias operaciones, además de un cirujano plástico muy ducho, pudieran dejarle la nariz como nueva, pero la apariencia de su rostro no experimentarla mejora mientras no se

hiciera algo con las blancas cicatrices que le surcaban ambos pómulos.

Al observarlo, Tucker tenía la curiosa impresión de que un gato gigantesco se hubiese acercado a Norton por la espalda, le hubiese clavado las garras en el rostro y le hubiera despedazado la piel con un poderoso tirón.

A pesar de la desfiguración, Norton no era un hombre particularmente feo; sólo tenía un redomado aspecto de malvado.

Cuando hablaba, sin embargo, esa impresión se modificaba como los vidrios de color en el fondo de un caleidoscopio.

La voz era suave, el tono, regular, y las palabras, medidas y cálidas; la suya era la voz de un hombre que había visto demasiado y que había sufrido más de la cuenta, la voz de un hombre que no quería tener que matar o herir nunca más en su vida.

-¿Una cerveza?

-¿A esta hora del día?

-Ya son más de las doce -justificó Norton, retirando los pies de la mesa para levantarse.

Se movía lentamente, con gracia.

De una vieja nevera en un rincón de la habitación sacó dos cervezas frías, las abrió y las colocó encima de la mesa, sin ofrecer un vaso.

Tucker se sentó en la silla de los clientes, con los dos maletines a su lado.

Norton no les prestó atención.

Sabía que, si en algo le concernían, sería Tucker quien se lo dijera.

Vietnam no sólo lo había convertido en un ser afable, sino también en un hombre sumamente cauto.

-Ballantine's India Pale Ale -dijo, levantando su botella-

Las he probado todas y esta es la única que me hace feliz.

Bebió un tercio de su cerveza de un trago largo que le dejó la nuez agitándose como una barcaza en una tormenta.

Tucker dio un sorbo a la suya, indicó que estaba de acuerdo con el juicio de Norton y dijo:

-Necesito un piloto.

-Eso me has dicho por teléfono.

- ¿Tienes listo el helicóptero?

-Me llevó sólo un momento.

-Eso es eficiencia.

-Ése es mi estilo.

Tucker bebió de su cerveza, suspiró, dejó la botella, levantó el maletín más ligero, abrió las cerraduras y levantó la tapa.

-Lo único que debes saber para fijar tu tarifa es el destino -dijo-.

Pittsburgh.

Y el tiempo que me hagas falta.

Quizá no volvamos aquí hasta mañana al mediodía; quizá esta misma noche.

Tu complicidad no va más allá de alterar las señas en el helicóptero.

Es poco probable que la Administración Federal del Aire lo descubra y, además, ya estás acostumbrado a tomar ese tipo de riesgos.

-Bastante acostumbrado -asintió Norton-.

Pero no olvides que, según la ley, te estaré ayudando y seré tu cómplice en lo que sea que estés tramando.

Entiéndeme, Mike, no pretendo saber de qué se trata, sólo quiero señalar que me pueden colgar cargos criminales.

-Esta operación no está dirigida contra nadie a quien la ley se apresuraría a defender -dijo Tucker, y Norton frunció el ceño, cogió botella y de un trago se bebió el otro tercio-.

Eso es lo último que debes tener en cuenta.

Estamos montando algo contra un tal Baglio, contra toda su maquinaria.

-¿Organizado?

-Llamémoslo un empresario.

-¿Hombre de éxito?

-Mucho.

Norton consideró las posibilidades durante Un momento, rascando inconscientemente las tres delgadas marcas blancas de su mejilla derecha.

-Je parece bien tres mil?

Tucker pagó sin comentarios y volvió a cerrar el maletín.

Aquello le parecía un precio razonable por todo lo que iba a exigir de Norton y de su máquina.

El hombrón guardó el dinero en la pequeña caja fuerte del cajón inferior de un archivador de detrás de su mesa, cerró la caja y el cajón con la llave, que guardó en su bolsillo, y volvió a la mesa.

-Alguien se podría llevar todo el archivador - observó Tucker.

-Está sujeto al suelo con pernos.

Bebieron el resto de las cervezas en silencio.

-¿Estás listo? -preguntó Norton cuando terminaron.

-Sí.

Salieron de la oficina y caminaron hasta la tercera ala del mismo edificio, donde un helicóptero gris descansaba en una plataforma de arrastre sobre ruedas.

Era el mismo aparato de cuatro plazas y hélice cuádruple que Norton había utilizado en las dos ocasiones anteriores en que Tucker solicitó sus servicios, si bien los indicativos verdaderos estaban hábilmente ocultos con cinta adhesiva de color.

Unos números nuevos, también dibujados con cinta adhesiva de color, rotulaban las placas correspondientes en el morro y en ambos costados.

El escudo del Estado de Pennsylvania, con los dos caballos alzados sobre los cascos, se encontraba pegado firmemente en ambas puertas del aparato.

Debajo del escudo, en letras blancas, se leía:

"Policía del Estado de Pensilvania."

Todo parecía muy auténtico.

Así debía ser, puesto que las insignias eran copias fieles de las que usaban las autoridades.

Se las había entregado a Norton uno de sus amigos que, durante el día, trabajaba en una agencia

publicitaria y siempre se buscaba otros empleos, y le dibujó nueve escudos, aunque Tucker aún no había tenido la oportunidad de trabajar en tantos sitios distintos.

Norton tenía otros clientes.

-¿Je parece bien? -preguntó Norton.

-Muy bien.

Un coche de golf ya estaba enganchado a la plataforma rodante del helicóptero, y Norton subió de un salto.

Lo puso en marcha y avanzo lentamente hacia el exterior.

Fuera del hangar, se detuvo, desenganchó de la plataforma el coche, regresó con él al interior y lo aparcó.

Subieron al helicóptero.

-¿Llevas el equipaje?

-Lo preparé apenas llamaste.

-Bien.

-Incluso antes de revisar el helicóptero.

-Muy bien.

Minutos más tarde, avanzaban por la pista agrietada.

Tucker y Norton iban en los asientos delanteros.

En la parte de atrás, un par de asientos plegados formaban un gran espacio para la carga.

La mayor parte del transporte de carga de Paulnik Air se ejecutaba con uno de los dos Apache bimotores con que contaban.

Sin embargo, en la región de Nueva York, densamente poblada, a menudo se requería un helicóptero para aterrizar donde no existían pistas de aterrizaje. Además, el helicóptero era el más lucrativo de los tres aparatos de Paulnik, gracias a Tucker y a gente como él.

Al elevarse hacia el cielo de primera hora de la tarde, Tucker se preguntó dónde se escondería Simonsen. Este decía no saber absolutamente nada de cómo Norton violaba la ley por cuatro perras. Él no se ocupaba de las operaciones ilegales, aseguraba, sin embargo Norton sabía que su socio siempre miraba a hurtadillas por la ventana la marcha de ese tipo

de operaciones, como si envidiara secretamente lo que imaginaba como una peligrosa misión. Ahí abajo estaría, observando ahora, un tanto comido por la envidia y otro tanto atemorizado. Luego, las pistas y los hangares desaparecieron al girar hacia la ciudad, al oeste. Eran las dos y doce minutos de la tarde cuando el helicóptero, que contaba con estanques de combustible auxiliares, dio comienzo al tramo más largo del día.

Tucker se preguntó si Baglio habría tenido la oportunidad de interrogar a Merle Bachman, que llevaba ya más de un día en la mansión. Si no había quedado gravemente herido, a todas luces parecía tiempo suficiente para que Baglio lo hubiese destrozado, tiempo suficiente por lo tanto para que Bachman soltara todo lo que sabía sobre Tucker y todos los demás.

En ese momento Norton acababa de decir algo que Tucker, absorto en sus pensamientos, no había escuchado.

-¿Qué dices?

-He dicho que está bonita la contaminación hoy, ¿no te parece?

Señaló con un movimiento de su ancho brazo el panorama.

Una bruma amarilla y lechosa ascendía desde todos los rincones de la ciudad, mezclándose en lo alto y enroscándose como un ovillo de serpientes, de serpientes de humo.

Norton mostraba aquel paisaje desolador gesticulando como un guía ante el esplendor inconfundible de las Cataratas del Niágara.

-Bello.

-Habrá una bonita puesta de sol.

-Preciosa.

-Es una pena que no podamos verla.

-Una pena.

Pero Tucker no podía entretenerse con puestas de sol y contaminaciones del aire.

Quizá los hombres de Baglio no pudieran rastrear el nombre de Tucker más allá del apartado postal. Tenían contactos, no cabía duda, pero no eran omniscientes.

Y, de todos modos, aunque no llegasen más allá del apartado postal, él tendría que olvidarse de la identidad de Tucker para siempre y adoptar otra, comprar documentos de identificación nuevos y evitar rigurosamente a todos aquellos que lo hubieran conocido como Tucker.

Eso exigiría un desembolso de dinero y un período de relativa inactividad, lo cual sería, dicho vulgarmente, un coñazo.

Además, no podía esperar que un cambio de identidad le garantizara seguridad durante mucho tiempo.

Tarde o temprano, cuando uno de aquellos hombres echara mano a su vez de una nueva identidad, terminaría por encontrarse con algún viejo conocido que estuviera al tanto de la de Tucker.

Sería necesario entonces proceder a un segundo cambio de nombre, y después a un tercero, y a un cuarto.

Imposible ver el final.

Era preferible pensar que el chófer aún no había hablado.

Si Baglio no comenzaba a interrogar a Bachman en las siguientes doce horas, se podían considerar salvados.

Tucker observó el mapa que sostenía abierto en sus rodillas, echó una mirada a través de la ventana frontal del helicóptero, cuando Norton sobrevoló el camino, y gritó:

-¡Ahí! Ésa es la carretera de donde arranca el camino que va a la finca de Baglio, y creo que la casa se encuentra por allá, en esas colinas.

Si no me equivoco, la salida debería encontrarse un poco mas adelante.

Así era.

-¡Buen trabajo! -le gritó a Norton, sonriendo.

Quizá no había necesidad de gritar tanto, dado que la cabina estaba relativamente bien aislada de los motores que rugían por encima de ellos.

Sin embargo, después de varias horas de vuelo escuchando aquel estrépito ensordecedor, sus oídos zumbaban como el interior de una colmena, así que gritaba, sobre todo, para escucharse a sí mismo.

Norton asintió con la cabeza y preguntó:

-¿Podríamos aterrizar ahí?

Señaló hacia el otro lado de la carretera, casi justo delante de la entrada a la propiedad de Baglio.

A menos de un kilómetro del borde del camino, el bosque se interrumpía a lo largo de cien metros, dejando un espacio abierto y cubierto de césped, ligeramente empinado entre dos flancos del bosque.

-Me parece bien -dijo Tucker.

Se alejaron en esa dirección y, cinco minutos más tarde, tocaban tierra.

Norton apagó los motores y dejó que las hélices se detuvieran.

El zumbido comenzó a abandonar los oídos de Tucker, hasta desaparecer, y así él pudo volver a oír.

-¿Y ahora qué? -preguntó Norton.

-Ahora me esperas aquí mientras voy a telefonar a un colega.

Se desabrochó el cinturón y el arnés de los hombros, que se le había clavado en el cuerpo.

Norton estiró las piernas todo lo que le permitía el pequeño espacio bajo el tablero de mandos y miró los pinos a su alrededor.

-Ya sé que eres bueno organizando operaciones, Mike. He trabajado para ti en dos de las buenas y puedo dar buena fe de tu eficiencia, aunque no tengo ni puñetera idea de lo que sucedía; pero no me puedo creer que hayas instalado una línea telefónica en este bosque, en previsión de que algún día tuvieses que llamar a alguien desde aquí.

Tucker sonrió.

-Nada de líneas telefónicas.

Hay un área De descanso no muy lejos de aquí, al lado de la carretera principal, y tiene una cabina telefónica al otro extremo.

No te muevas hasta que regrese.

Abrió la pesada puerta de la máquina, saltó a tierra y volvió a cerrar la puerta de un golpe. Quince minutos más tarde llamó desde la cabina.

Una hora después, apareció Jimmy Shirillo en el aparcamiento con su Corvette rojo, apagó el motor y bajó, sonriendo.

Un segundo hombre bajó del coche.

Tenía al menos veinte años más que Tucker, mas o menos la edad de Pete Harris, si bien era delgado y de aspecto frágil, como Shirillo, nada semejante al tosco Harris.

Llevaba gafas de montura gruesa y cristales gordos, y el pelo peinado hacia atrás.

Del cuello para arriba, su aspecto era el de un maestro de escuela de fines de siglo; del cuello para abajo, no era muy distinto de un hippy, con sus vaqueros acampanados y una camisa azul de trabajo, arrugada y con las mangas remangadas.

Miró a Tucker, sonrió levemente y se inclinó para sacar su equipo del Corvette, que llevaba en un bolso en bandolera, de cuero, y en una pequeña maleta metálica.

Shirillo hizo las presentaciones -Ken Willis, fotógrafo- y ellos se estrecharon la mano.

La actitud de Willis al saludar era de indiferencia, como si pensara que ese tipo de formalismo no suponía mas que una pérdida de tiempo.

De cerca, Tucker vio en él cierta impaciencia, cierta necesidad de estar en movimiento, cualidad que se parecía inquietantemente a la suya.

-¿Ya sabes lo que queremos? -le preguntó a Willis.

-Jimmy me lo ha contado casi todo.

Tucker miró a Shirillo.

-¿Estás seguro de él?

-Desde luego.

Es tío mío por parte de madre, por matrimonio.

-De todos modos -adujo Willis-, aunque quisiera entregarte, no sabría ni dónde hacerlo.

Lo mío son sobre todo las bodas y los desnudos, trabajando por libre, para las revistas de hombres.

-Me parece bien -aceptó Tucker. Son quince minutos de camino hasta el helicóptero. Jimmy, quédate aquí en el coche hasta que regresemos.

Puedes decir que tenías sueño mientras conducías y te detuviste a echar una siesta, si viene algún poli y quiere saber si andas merodeando por aquí.

Estaremos de vuelta antes de que oscurezca, espero. Shirillo volvió al coche.

Tucker recogió la pesada maleta metálica de Willis.

-Es al otro lado de la carretera.

Esperaremos a que no haya coches antes de intentarlo, no debemos atraer la atención de nadie.

El gran sol rojo de verano ya había tocado lo alto del monte donde estaba situada la mansión de Baglio; acarició, con dedos luminosos, el suave perfil de los árboles y, lentamente, comenzó a desaparecer.

No obstante, aún faltaba más de una hora para que se hiciera noche cerrada, y la verdadera puesta de sol se hallaba oscurecida por la montaña.

De todos modos, tendrían que darse prisa si querían terminar todo lo que habían ido a hacer.

Norton sobrevoló el tejado de la inmensa casona blanca, a unos diez metros por encima de la antena de televisión, se inclinó hacia la derecha al llegar al final del césped, giró en círculo y pasó rozando en dirección contraria la parte superior de la casa, mucho más cerca esta vez.

-¿Lo puedes conseguir así? -le preguntó Norton.

Willis sacudió la cabeza enérgicamente para indicar que no.

-Tendré que descolgarme por la puerta o disparar por esta ventana de aquí.

Se inclinó por encima del estrecho tablero y golpeó con los nudillos el cristal.

El sonido fue un hueco toc, toc, toc.

-Puedo ponerme un poco de punta -le propuso Norton.

- Y hazlo alejándote del sol -le dijo Willis-, para que no se refleje contra el vidrio.

En tanto que ambos hacían sus preparativos, Tucker estaba sentado justo detrás de Norton, observando

atentamente la mansión y a la espera de la primera señal de los matones de Baglio.

Se preguntaba qué dirían cuando salieran corriendo y se encontraran con un helicóptero de la policía zumbando por encima de sus cabezas.

Norton inclinó el helicóptero sobre el morro en un ángulo de treinta y cinco grados, y el vuelco los impulsó a todos hacia delante en sus asientos, poniendo a prueba los cinturones que los sujetaban.

-Así esta bien -aprobó Willis.

El fotógrafo tenía cargada la cámara, se había desabrochado el cinturón y estaba levantado de su asiento, inclinándose sobre el tablero, con el rostro cerca del vidrio, mientras enfocaba y disparaba una foto tras otra.

A Paul Norton no le agradaba en absoluto la idea de que Willis se hubiera desabrochado el cinturón, pero no dijo nada al respecto.

Permaneció concentrado en mantener el vuelo del helicóptero lo más suave y estable posible para que Willis no se viera lanzado de un lado a otro.

Abajo salieron dos hombres de la entrada principal de la casa blanca, miraron el aparato que los sobrevolaba y se llevaron las manos a la frente para protegerse los ojos de los últimos destellos del sol que daban contra el lustre del cromado y del vidrio, mientras el helicóptero evolucionaba girando en un pequeño círculo.

Tucker pudo ver que aquellos tipos no eran más que un cero a la izquierda, dos especímenes musculosos, con las americanas abiertas para facilitar el acceso a sus armas.

Se inclinó hacia delante, casi rozando los oídos a Norton:

-El cristal no es blindado, ¿verdad? -le inquirió al piloto.

- Plexiglás -contestó Norton-.

Aguanta bastante bien un disparo de pistola, aun cuando estuviéramos lo bastante cerca para que las usaran.

Incluso, si se agrieta con una bala de rifle, rechaza el proyectil.

Tucker siguió inclinado en su asiento, abrazado a la parte trasera del asiento de Norton y mirando hacia abajo a través del vidrio del morro del aparato.

-Creo que ya hemos hecho suficientes fotos de adelante atrás.

Ahora intentemos ir de un extremo al otro.

Norton obedeció, dio la vuelta, con el motor del helicóptero relinchando, y sobrevoló el costado de la casa mientras Willis disparaba su cámara sin cesar.

El propio Baglio había salido de la casa y miraba hacia el helicóptero desde la terraza con pilares de la entrada circular.

En ese momento se estaría preguntando si sabían que Bachman se encontraba en la casa o si sólo se trataba de un acoso rutinario de la policía.

También estaría barruntando cómo sacar a Bachman de allí bajo sus narices, si es que aterrizaban con una orden de allanamiento.

Tucker confiaba en que, cuando Norton los sacara de ahí sin haber aterrizado, Baglio no sucumbiera al pánico y ordenara matar a Bachman y enterrarlo.

No le costaría nada mandar cavar una tumba bajo los pinos en el monte de más arriba de la casa.

Desde luego, cabía la posibilidad que Bachman ya estuviera muerto.

Quizá hubiese hablado y le habían hecho dormir sin rendirle los honores necesarios.

-¿Puedes bajar y volar en paralelo a la casa - preguntó Tucker-, para que Willis saque.: unas cuantas fotos a ras de suelo de los cuatro costados?

-Claro que si -asintió Norton.

Enderezó el aparato, y, cuando se encontraron detrás de la mansión, bajó hasta un poco mas de un metro del suelo mientras el fotógrafo tomaba sus fotos por la ventana lateral.

Cuando dieron la vuelta para situarse frente a la entrada, donde Baglio y sus dos hombres observaban, los tipos se apresuraron a retroceder para alejarse

del alcance de las aspas, que seguían girando por encima de sus cabezas, pero que no dejaban de parecer amenazadoras.

Estaban demasiado ocupados en ese momento para percatarse de los ocupantes del helicóptero.

-Ahora hacia arriba -ordenó Tucker-.

Hemos de tomar algunas fotos de la casa en perspectiva, de todo el césped y de los bordes del bosque.

Cuando terminaron esa maniobra, Norton se volvió hacia Tucker.

-¿Y ahora qué? -preguntó.

-Eso es todo.

Volvamos a nuestra base.

En el momento en que descendieron en el césped que cubría el claro del bosque, a unos tres kilómetros de la mansión de Baglio, Willis ya había guardado todo su equipo y estaba listo para partir.

Cuando el ruido de los rotores comenzó a desvanecerse, abrió la puerta y saltó a tierra, se volvió y recogió sus dos bolsas con el equipo.

-Espera un momento -dijo Norton cuando Tucker empujaba el asiento de Willis hacia delante y se disponía a seguir al fotógrafo.

-¿Sí?

-Es evidente que vais a entrar.

Como me dijiste que seríais cuatro pasajeros, hasta ahora sólo sé de tres, lo más probable es que vayáis a buscar a uno de los vuestros. -Tucker no dijo nada-. ¿No estarán esperando una movida como esta, con helicóptero y todo?

-No.

Sólo esperan alguna táctica de poca monta, si es que en realidad esperan algo.

Están muy seguros ahí arriba, o al menos eso piensan.

Además, creo que la insignia de la policía en el helicóptero los ha despistado por completo.

-Esa es otra cuestión -objetó Norton-.

¿No les parecerá extraño que los vayan a acosar de este modo? ¿Acaso no le pagan a la policía para librarse de este tipo de hostigamiento?

-A la policía del Estado, no.

En todas las fuerzas policiales cuecen habas, y lo más probable es que tengan a un par de muchachos en la nómina de pagos, sin embargo no pueden comprar a una de las fuerzas más duras y mejor preparadas del país.

El precio sería demasiado alto.

-De acuerdo, no quería ser tan entrometido -se disculpó Norton-.

Sólo quería saber a qué atenerme la próxima vez que tenga que entrar con este aparato por ahí.

Si ya me tienen identificado y me están esperando, preferiría saberlo.

El piloto se estiró de nuevo, arqueó la espalda y se apretó hacia arriba, contra el cinturón.

-No te están esperando -lo tranquilizó Tucker-.

Te lo garantizo.

-De acuerdo, aquí estaré cuando me necesites.

Tucker saltó a tierra y cogió los dos maletines que le entregó Norton: uno, con menos de cinco mil dólares en efectivo; el otro, con las pistolas.

También le entregó una pequeña bolsa, de color caqui, que llevaba en su interior una carga pesada.

Se trataba de un equipo especial que Tucker le había pedido cuando telefoneó por primera vez aquella mañana desde los grandes almacenes.

Tucker se llevó los maletines en una mano, ya que ambos eran delgados, y el bolso caqui en la otra.

Condujo a Willis de vuelta al bosque y, quince minutos más tarde, llegaron hasta el Corvette rojo, donde Jimmy Shirillo todavía fingía estar dormido. Hacia las diez menos cuarto de la noche se hallaban de vuelta en la ciudad.

Merle Bachman llevaba ya algo más de treinta y seis horas en manos de Baglio.

En el sueño, se encontraba tendido en un colchón blando, con la ropa de cama apartada, y una almohada de plumas le mantenía la cabeza erguida.

A excepción de las franjas de leve luz azul que dejaban estrías en la gruesa alfombra y curiosas sombras en la pared, la habitación estaba casi totalmente a oscuras.

Buscó la fuente de la luz, pero no se dejaba ver. Elise Ramsey apareció en el extremo de la habitación, inmóvil un instante en un haz azulado, como una pieza de coleccionista en exhibición, y luego avanzó hasta sumergirse en una sombra. Estaba desnuda, y caminaba hacia él con la seguridad de una leona.

Volvió a salir de la sombra a la luz, los pechos sostenidos en el hueco de ambas manos, ofreciéndoselos a él, un ofrecimiento que estaba dispuesto a aceptar de inmediato.

Se metió de nuevo en zona de sombra y reapareció bajo la luz, toda curvas gráciles y sinuosas. En otros momentos lo habría excitado hasta alcanzar la plenitud de su capacidad, pero vio la increíble mano que se alzaba a la espalda de ella, aquella mano que visiblemente ignoraba y que, aunque la previniese, se movía demasiado rápido como para que ella lograra evitarla.

Era tan grande que Elise le cabía en la palma, una mano gigantesca que se perdía en la oscuridad del techo, un poco más allá de la ancha muñeca. Los dedos se extendían para atraparla, y tenía la piel gris, fría, rígida.

Era un puño de hierro y, en un momento, la aplastaría.

El sueño se convertía en pesadilla no porque ella iba a ser aplastada como un insecto y ni siquiera porque Tucker sabía que la mano iría a por, él cuando acabase con la chica, sino por la certeza de que la mano no pertenecía a Baglio.

Era la mano de su padre.

Sombras y luz azul, pechos desnudos, pezones tiesos y, luego, el abrazo convulsivo de las falanges de hierro...

- ¡Eh!

Tucker parpadeó.

-Te encuentras bien? -preguntó Pete Harris, sacudiéndole los hombros suave, pero insistentemente-. ¿Te encuentras bien, amigo?

-Sí -dijo Tucker, sin abrir los ojos.

-¿Seguro?

-Seguro.

Se sentó y se frotó los ojos, se masajeó el cuello por detrás e intentó descifrar qué bicho se le había introducido en la boca durante su breve siesta en la cama del hotel de Harris.

Chasqueó la lengua de un lado a otro y no encontró cuerpos extraños.

Acabó por pensar lo había tragado y que tendría que lavarse bien los dientes para deshacerse de las últimas huellas del mal sabor.

-Ha llegado Jimmy -anunció Harris-.

Trajo todo lo que dijiste.

Tucker levantó la mirada y vio a Shirillo al otro lado de la cama, sentado en una silla al lado del convencional escritorio del hotel.

A su lado, en el suelo, había unas cuantas bolsas de papel con nombres de diferentes tiendas.

-¿Qué tal el trabajo de tu tío con las fotos?

-Excelente -contestó Shirillo-.

Ahora te las enseño.

-Prepáralas -dijo Tucker.

Se levantó, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta a sus espaldas.

Se sentía fatal; rígido y cansado, a pesar de que sólo había dormido una hora y media.

Miró su reloj.

La una de la madrugada.

Quizá dos horas, pero no era posible que se sintiese tan mal.

Se salpicó el rostro con agua, se secó, encontró el dentífrico de Harris, lo apretó hasta dejar un poco de pasta en su dedo índice y se frotó los dientes sin gozar del privilegio de un cepillo.

No hizo gran cosa contra el sarro acumulado desde la mañana, pero le refrescó el aliento y le hizo sentirse algo más humano que al despertarse.

De vuelta en la habitación, vio que habían colocado las tres sillas alrededor de la mesa y que una pila de fotografías en papel brillante de veinte por veinticinco esperaban su inspección.

Se sentó en la silla del medio, que le habían destinado, tomó el montón de fotos, las revisó atentamente, seleccionó unas doce y le devolvió el resto a Shirillo.

El joven las guardó en un sobre marrón que dejó a un lado.

-Estaremos listos para partir en media hora -les dijo Tucker-, si ponéis atención a todo lo que os explique.

-¿Ya te lo has pensado todo? -preguntó Harris.

-No, no todo -respondió Tucker, consciente de la vena tozuda de Harris.

El hombrón había cumplido con todo lo que le había ordenado, pero pudiera ser que tuviese sus límites. Era preferible hacerle pensar que él jugaba un papel igual de importante en la última etapa del plan-. Quiero vuestros comentarios y sugerencias para que podamos afinar los puntos clave.

-¿Qué pasa si Bachman está muerto?

-quiso saber Harris.

-Pues que desperdiciaremos nuestro tiempo, pero no perderemos nada.

-Nos podrían matar -objetó Harris.

-Mirad las fotos, por favor -les ordenó Tucker-.

Me han costado cerca de trescientos dólares.

Harris se encogió de hombros y se reclinó en su silla, en silencio.

Miró las fotos y escuchó lo que Tucker tenía que decir; todo, con el aire de querer montar su Thompson para acariciarla un instante.

Luego, hizo algunas sugerencias y recuperó su ánimo. La verdad era que se estaba volviendo viejo, después de veinticinco años en el negocio, y nadie podía culparlo por tener los nervios más tensos que sus colegas.

A ellos les sucedería igual en veinte años más, si vivían para contarlo. Salieron de la ciudad con un

Buick robado que Tucker había recogido a sólo unas manzanas del hotel.

Shirillo iba al volante y Harris detrás, con la Thompson sobre las rodillas.

Tucker devoró a dentelladas dos barras de chocolate mientras miraba pasar el brillo impreciso de los faros de otros coches a los lados.

No había comido desde el desayuno, y el chocolate le detuvo los retortijones del vientre y le mejoró el pulso de las manos, que temblaban ligeramente.

El dulce, sin embargo, no logró calmar el temblor en su interior, y Tucker tuvo que dominar el impulso de abrazarse en busca de calor.

- Finalmente llegaron al área de descanso que ya les era familiar, a un kilómetro del camino privado de Baglio, y se detuvieron detrás de otro coche.

-Esta vacío -dijo Shirillo.

Harris se había inclinado hacia delante.

-Habrá una pareja -comentó.

Shirillo sonrió y sacudió la cabeza.

-Si fuera así, las ventanas estarían llenas de vapor.

-¿Qué hacemos? -preguntó Harris.

Tucker lamentaba no tener otra barra de chocolate.

-Nos quedaremos aquí y esperaremos, eso es todo -dijo.

-¿Y qué pasa si no llega nadie, amigo?

-Ya veremos.

Transcurridos unos segundos, dos hombres negros, altos y bien vestidos, aparecieron de entre los árboles de más allá del área de descanso y se dirigieron con calma al coche estacionado; uno de ellos, aún subiéndose la bragueta.

-La llamada de la naturaleza -observó Shirillo-.

Y uno diría que el Estado ya podría costear algún que otro lavabo en una autopista como esta.

Los dos negros se limitaron a lanzarle al Buick una mirada de soslayo, sin temer la presencia de extraños en un lugar apartado como aquél, subieron a su coche, encendieron el motor y se alejaron.

-Vale -dijo Tucker, y salió del coche.

Harris bajó su ventana.

-Quizá deberíamos esconderlo más allá de lo que habíamos pensado, por si vinieran otros con problemas de vejiga -le sugirió a Tucker.

-Tienes razón -asintió.

Con la linterna en la mano, revisó los bordes del bosque, encontró un lugar entre los árboles por donde el Buick podía deslizarse y le hizo señas a Shirillo.

El joven condujo el coche hacia allí, siguiendo a Tucker, que escogía cuidadosamente un camino que llevaba a matorrales cada vez más tupidos.

Quince minutos más tarde le hizo señas a Shirillo para que se detuviera.

Se encontraban a más de cien metros de la última mesa del área de descanso y a más de doscientos de la carretera, cubiertos por varios matorrales de espesos laureles de monte.

Bajaron del coche.

-Cualquiera que sea tan mojigato como -para venirse hasta aquí desde la carretera, nada más que para echar una meada, se tiene bien merecida una bala en la cabeza -comentó Harris.

Shirillo y Tucker sacaron rápidamente el equipo del Buick y lo dejaron encima del techo, donde todos tuvieran acceso.

Se fueron desvistiendo y cambiando sus ropas por las que Shirillo había comprado aquella tarde, de acuerdo con las tallas que le habían pedido.

Cada uno tenía sus propios zapatos y calcetines negros, vaqueros negros lo bastante amplios para moverse con facilidad en cualquier circunstancia, camisa azul marino y un anorak oscuro con grandes bolsillos y una capucha.

Los tres se subieron la capucha y la sujetaron por debajo del mentón con un doble nudo para que no se aflojase.

-Tienes un gusto pésimo -le dijo Harris a Jimmy.

-¿Eso crees?

-¿Para qué la insignia del cocodrilo en el anorak?

Shirillo se tocó el suyo y pasó los dedos por encima del relieve del cocodrilo en la parte izquierda del pecho.

-Todos tenían el mismo -explicó.

-Me siento como si fuera un crío -refunfuñó Harris.

-Tranquilo -dijo Tucker-.

Podría haber sido peor que un cocodrilo, podría haber sido un gatito o un canario o cualquier cosa.

-Tenían gatitos -se animó Shirillo-.

Pero los descarté.

También tenían elefantes y tigres, y no lograba decidirme entre éstos y los cocodrilos.

No te preocupes, Pete si no te gustan los cocodrilos, te esperaremos aquí mientras vas a cambiar el tuyo.

-Quizá me habría gustado el del tigre -comentó Harris, pensativo, dejando que la idea rondara por su cabeza al decirlo.

-¿Qué pasa con los elefantes? -preguntó Tucker.

-¿Los elefantes? Bueno.... parecen siempre un poco estúpidos, ¿no te parece? Desde luego, no tienen aspecto de bestias feroces ni asustan a nadie. Si Baglio me ve llegar con el anorak del elefantito, creería que soy el payaso del pueblo o un vendedor de pañales o algo así.

Además, he sido del Partido Demócrata toda mi vida, y como es de suponer los elefantes no figuran en mi insignia.

-¿Tú votas? -se asombró Shirillo.

-Desde luego que voto.

Tucker y Shirillo lanzaron una risotada.

Harris, que parecía perplejo, se frotó el cocodrilo del pecho.

-¿Y qué hay con eso? -preguntó.

-Sólo que parece raro -contestó Tucker que un criminal buscado esté inscrito para votar.

-A mí no me buscan -replicó Harris-.

He estado en busca y captura dos veces, pero me tiré menos de dos años en chirona en los dos casos.

Ahora soy un ciudadano en toda regla, y pienso que es mi deber votar en todas las elecciones.

Se los quedó mirando, es decir, lo que lograba ver de ellos en la oscuridad.

-¿Y vosotros dos no votáis?

-No -respondió Shirillo-.

Yo puedo votar desde hace sólo unos pocos años y jamás lo he hecho.

No le veo el sentido.

-¿Y tú? -ahora Harris se dirigió directamente a Tucker.

-Jamás me interesó la política -contestó éste-.

Conozco a gente que se pasa la mitad de la vida preocupándose de cómo todo se va al diablo, aunque todo termina yéndose al diablo de todos modos.

Me imagino que sobreviviré, y no me importa quién sea el próximo idiota de turno en el poder.

-Eso es una lástima -observó Harris, sorprendido sinceramente por la indolencia patriótica de ambos-. Es una suerte que ninguno de los dos tengáis hijos. Como padres, seríais un ejemplo lamentable.

Tucker y Shirillo volvieron a reírse.

-Vamos -cortó Tucker, abriendo la tapa de un pequeño tarro de maquillaje-.

Ven que te pinto la cara.

-¿Para qué? -preguntó Harris.

-Para empezar -le explicó Tucker-, serás más difícil de ver en la oscuridad.

Además, con la capucha sobre la cabeza y la pintura oscura sobre el rostro, será difícil para Baglio o para cualquiera de allí identificarte con certeza más tarde.

Cámbiale a un hombre el color del rostro y lo alteras tanto como si le pusieras una máscara.

Y, para el trabajo que vamos a hacer esta noche, una máscara no serviría, no sería más que un estorbo.

Sin embargo, esto te oculta y te da mejor movilidad, te permite mover los ojos.

Con un gruñido de descontento, Harris se sometió a aquel ultraje, sin dejar de rozar con los dedos los relieves del cocodrilo verde de su pecho.

Diez minutos más tarde, los tres con los rostros ya cubiertos, escondieron el tarro con la ropa que se habían quitado.

-¿Y ahora? -quiso saber Harris, que aun esperaba sufrir otras ignominias.

-Os enseñaré las armas -fue la respuesta de Tucker.

-Yo siempre uso la Thompson -se opuso Harris, levantándola del costado del coche, donde estaba apoyada.

-La llevarás contigo pero sólo la usarás si te ves obligado a hacerlo.

Mientras sea posible, la llevarás al hombro y usarás esto.

Sacó las tres Lüger y los tres silenciadores, los montó, las repartió junto con los cargadores, cuatro para cada uno, y vigiló que las cargaran como era debido.

-Muy bonita -gruñó Harris.

Tucker se tranquilizó al ver que el hombrón se colocaba la metralleta al hombro y sopesaba la pistola en su mano.

-Mantened los cargadores en el bolsillo derecho del anorak.

-¿Fundas? -preguntó Harris.

-No hay.

-¿Nos metemos la pistola en el bolsillo izquierdo?

-No, tenedla siempre en la mano.

-A veces se necesitan las dos manos para otras cosas

-objetó Harris.

-Esta noche creo que no.

Tenemos que mantener la pistola lista en todo momento.

Para empezar, sacar ese enorme cañón con silenciador de una funda te podría jugar una mala pasada, y, además, una vez dentro de la casa, en cualquier momento podrían dar con nosotros y dispararnos. Debéis recordar que Baglio tiene por lo menos a cuatro hombres armados en esa casa, cuatro profesionales.

Y ellos se mueven en terreno propio, nosotros no.

Shirillo no había podido informarse al de talle de cuántas personas vivían en la mansión. Tucker-sacó un cinturón especial, del cual colgaban varias herramientas en delgadas fundas de plástico. Se subió el anorak, abrochó el cinturón alrededor de su cintura y volvió a colocarse la prenda en su sitio.

-¿Shirillo te consiguió eso? -se interesó Harris.

-Sí -Parece un buen equipo.

-Y lo es -afirmó Shirillo-.

Yo mismo escogí cada pieza, las trabajé durante un par de semanas para dejarlas a punto y, luego, hice el cinturón y los bolsillos en la tienda de calzado de mi hermano.

Harris se frotó el mentón pintado, se miró las uñas de los dedos y comentó:

-O sea que pensáis que tendremos que forzar la entrada.

-Si todas las puertas principales y todas las ventanas sin llave parecen sospechosamente abiertas -le explicó Tucker---, encontraremos nuestra propia entrada.

Harris asintió en silencio.

-Otra cosa más -añadió Tucker.

Después de lo cual, cogió el bolso caqui que Norton le había entregado aquella tarde, lo abrió y sacó dos pequeños walkie-talkies.

Le dio uno a Shirillo y se quedó con el otro, lo enganchó de su hombro y lo dejó colgar contra el bíceps del brazo derecho.

A continuación, le explicó a Shirillo cómo funcionaban, insistió en que los probaran y se dio por satisfecho cuando vio que el chico sabía lo que estaba haciendo.

-¿Y a mí no me das uno? -inquirió Harris.

-Tú ya tienes la metralleta -le señaló Tucker---.

Quizá sea necesario que nos separemos y no podamos vernos.

Pero no quiero que nos separemos en tres unidades.

Tú estarás siempre o con Jimmy o conmigo, y cuando tomemos direcciones distintas, nos mantendremos en contacto con estos aparatos.

Más tarde, claro, los necesitaremos para ponernos en contacto con Paul.

-¿El del helicóptero? -preguntó Harris.

-Sí.

-Tengo muchas ganas de conocerlo.

-Muy pronto lo conocerás.

Recogieron todo lo que no se encontraba en el Buick en el momento en que lo robaron (las ropas que se habían quitado, el maletín que contenía las tres pistolas, el bolso en el que estuvo la ropa que se habían puesto, el maquillaje negro, las etiquetas de las compras) y lo introdujeron todo en el bolso de donde habían sacado los walkie-talkies.

El bolso estaba lleno a reventar.

-Vuelvo en un momento -dijo Tucker.

Caminó durante cinco minutos bosque adentro, mucho más lejos de lo que habían llegado con el coche, y cuando creyó encontrarse lo bastante apartado del Buick, lanzó el bolso lejos, que rebotó en un pino, chocó contra algo, aterrizó con un golpe sordo en un espeso follaje y no se movió.

Eso bastaba.

Luego, volvió con los otros.

Tardaron diez minutos en limpiar el Buick, por dentro y por fuera, hasta estar seguros de que nadie recogería huellas.

No se habían preocupado de borrar las huellas del Chevy y del Dodge, abandonados en la propiedad de Baglio un día antes, porque sabían que éste se desharía de ellos y la policía no tendría jamás la oportunidad de examinarlos.

Pero el Buick se quedaría allí, y era probable que, con el tiempo, fuera devuelto a su propietario.

Si bien las huellas digitales de Harris estaban fichadas, las de Tucker y Shirillo permanecían aún ausentes de los archivos públicos.

Shirillo era demasiado joven para haber sido detenido, y Tucker simplemente era demasiado astuto.

Además, a Tucker jamás le habían tomado las huellas por su verdadera identidad, la del hombre del ático de Park Avenue, y seguramente nunca se las tomarían. A los ricos rara vez se los somete a ese tipo de humillaciones, salvo si el caso en su contra lleva el sello de un puro implacable, y Tucker tenía toda la intención de ser un fiel observante de la ley en su identidad verdadera.

Así, en el caso de que lo detuviesen como Tucker, su verdadero nombre y sus antecedentes podrían seguir siendo secretos, aunque lo detuviesen y lo condenasen.

Una vez liberado bajo fianza enterraría el nombre de Tucker para siempre y volvería al mundo de Park Avenue sin preocuparse de que le siguieran la pista y lo detuvieran.

De todos modos, tener sus huellas registradas bajo el nombre de Tucker, limitarla seriamente su movilidad.

Cerró la última puerta abierta del Buick, usando su pañuelo para mantenerla limpia, guardó el pañuelo en el bolsillo y se volvió hacia Shirillo.

-¿Qué hora es?

Shirillo miró su reloj a la pálida luz amarillenta de la linterna.

-Las tres menos cuarto.

-Tenemos tiempo suficiente -dijo Tucker A su alrededor, la oscuridad fue total cuando Shirillo apagó la luz.

El tupido ramaje entrecruzado de los pinos lograba ocultar el leve brillo de las estrellas.

-¿Estáis seguros de que no nos olvidamos algo? - preguntó Tucker.

Sabía que no habían dejado nada, pero quería darle a Pete Harris la sensación de que colaboraba en llevar adelante la expedición.

No respondió nadie.

Se ajustaron los finos guantes quirúrgicos de goma que todos se habían puesto al cambiarse de ropa.

-Pues entonces, andando.

Tenemos un buen trecho que caminar y sólo podremos usar la linterna durante la mitad del camino -les advirtió Tucker.

Partieron hacia la mansión de Baglio, con la noche cerrándose en torno a ellos, y sólo cuando se hubieron alejado del Buick los grillos, silenciosos hasta entonces, comenzaron a cantar.

Marchaban en fila y en paralelo a la autopista principal, aunque los tres se mantenían ocultos. Al cabo de un rato llegaron al camino privado de Baglio.

Se internaron en el bosque, aún orientándose con la luz de la linterna, siguieron la sinuosa senda hacia el interior y comenzaron a subir la falda de la montaña, de desgastada piedra caliza.

La arboleda era espesa, y también lo eran las zarzas.

Sin embargo, los ciervos, los animales más pequeños y el agua de las lluvias habían abierto senderos sobre la vegetación más tierna.

Estos senderos naturales, serpenteantes, recorrían grandes distancias entre un punto y otro, pero suponían el terreno más llano que se podía escoger entre la profusión de arbustos, rocas, torrenteras y zarzamoras a ambos lados.

Para no perder tiempo por esa distancia adicional, medio corrían durante treinta pasos por cada diez que caminaban: corrían todo lo posible durante tres minutos, caminaban durante un minuto, volvían a correr durante otros tres y vuelta a caminar.

Tucker quería encontrarse cerca de la casa a las tres y media y en el interior no más tarde de las cuatro menos cuarto.

Eso les daría tiempo de sobra para llevar a cabo todo lo que fuera necesario antes del amanecer. Corriendo en la oscuridad, con el haz de la linterna que bailaba buscando el estrecho sendero, Tucker recordó la pesadilla en la habitación de Harris: la mano que surgió de entre las sombras, moviéndose, sigilosa, a través de las franjas de oscuridad y de luz azulada, acechando a la desnuda Elise.

No lograba sacarse de encima la absurda idea de que la misma mano estaba en ese momento a sus espaldas, que ya había dado cuenta de Harris, de la forma más brutal, y se cernía sobre Shirillo y estaría atenazándolo a él, con dedos de hierro, en cualquier momento.

Corrió, caminó, volvió a correr; escuchando a los dos hombres que lo seguían al mismo ritmo.

En dos ocasiones se detuvieron a descansar, cada vez dos minutos exactos, pero no se dirigieron la palabra.

Lo único que importaba era recuperar el aliento. Se quedaban mirando el suelo, se limpiaban el sudor de los ojos y, cuando llegaba el momento, volvían a ponerse en marcha.

La respiración de Harris era la más pesada, aunque Tucker no sabía si eso se debía únicamente al cansancio, o a una mezcla de miedo y desgaste físico.

Sólo los jóvenes podían soportar los rigores físicos de una vida delictiva.

Quince minutos después de haber iniciado la marcha, Tucker apagó la linterna y disminuyó el paso.

A las cuatro menos veinticinco llegaron al límite entre el bosque y el exquisito césped de Baglio.

En el bosque, mientras subían desde el área de descanso donde se habían cambiado de ropa, una delgada capa de niebla se había adherido a los troncos, a la altura del suelo, y se desplazaba entre la maleza como tenues velos fríos, húmedos y pegajosos, bajo los cuales desaparecía y volvía a aparecer el sendero.

En el campo abierto, la arboleda impulsaba la dirección de la niebla que los envolvía, y la derramaba sobre el césped salpicado de arbustos.

Ahí permanecía quieta, como sucesivas capas de gruesos edredones.

En el camino de la entrada, se difuminaba la luz de los pilares y la otra, más débil, de algunas ventanas de la primera planta.

El resultado era una tétrica iluminación amarillenta que abarcaba el césped circundante de la casona, sin iluminar nada; una luz que descansaba sobre la espesa penumbra sin dispersarla.

Tucker, Harris y Shirillo observaron desde el límite entre el bosque y el césped, escrutando la quietud reinante en aquel comienzo del amanecer.

Esperaban que allá arriba no hubiera movimiento, pero estaban más o menos resignados a ello.

No parecía haber guardianes en los alrededores, aunque quizás un par de ellos, apostados en puntos fijos, dominaran toda la extensión del césped.

Tucker sabía que existían muchas probabilidades de que así fuera, -pero en seguida se sacudió esa idea de la cabeza. Baglio no esperaba que regresaran, de modo que no tenía motivo para montar una vigilancia extraordinaria aquella noche, a menos que se hubiera llevado una gran impresión con lo del helicóptero. Era una posibilidad, pensó Tucker, pero no demasiado probable.

La calaña de Baglio no se mostraba amiga de la policía, aunque no reaccionaba ante ella con la paranoia de un maleante de menor categoría, de un simple caco o de un matón.

Para Ross Baglio siempre había sobornos que repartir, influencias que comprar.

Y, si eso fallaba, estaban los abogados de primera, los pagos de fianzas o una eventual desestimación de los cargos por un motivo o por otro.

-Probablemente estén dentro de la casa a estas horas de la madrugada y con este frío -susurró Harris.

-Desde luego -asintió Tucker.

-Entonces, ¿lo hacemos como lo planeamos?

-Como lo planeamos.

Harris fue el primero en avanzar.

Se agachó, hasta reducir su altura casi a la mitad de lo normal, y corrió hacia una hilera de arbustos que rodeaban el interior del sendero circular.

Desde aquel punto se podía detectar la presencia de guardianes en las ventanas sin peligro de ser visto.

Durante un momento se escuchó el ruido de pisadas que retrocedían, suaves, silbando húmedas al contacto con el césped lleno de rocío.

Luego, el ruido cesó.

La niebla se lo tragó por completo.

-Ya debe de haber llegado a su lugar -murmuro Tucker.

-Sí -dijo Shirillo.

Echó a correr él a su vez, haciendo aún menos ruido que Harris y todavía más agachado. La espesa niebla le abrió paso y se lo tragó también de un golpe, y Tucker se quedó completamente solo.

Y, cuando estuvo solo, recordó la pesadilla, más vívida que nunca: las sombras y la luz, la mano acechante.

Sintió un escozor en la espalda, un dolor pesado y frío de expectación, que le subió hasta la nuca. Se levantó y, a gachas, fue a reunirse con los otros dos.

Se tendieron detrás de la hilera de arbustos en el interior del sendero de entrada, a unos cincuenta metros de las puertas de la mansión.

Podían ver con claridad a través del follaje.

La niebla no era lo bastante espesa como para cubrir toda la casa a tan corta distancia, pero sí desdibujaba los contornos del techo y suavizaba las juntas de los saledizos, lo cual le daba a la construcción el aspecto de una sola pieza de alabastro, labrada por manos expertas.

Desde su posición llegaban a divisar todas las ventanas de la fachada: en la primera planta, cuatro de ellas aparecían iluminadas por un amarillo tenue y otras seis estaban totalmente a oscuras; en la segunda, las diez ventanas se encontraban a oscuras.

-He estado vigilando -dijo Harris.

-¿Y?

-Me parece que no hay nadie en las ventanas.

-Eso es poco probable.

-De todos modos... Fíjate y verás.

Pasaron otros cinco minutos.

-Yo tampoco veo a nadie -observó Shirillo.

-Hay luz en cuatro ventanas -objetó Tucker.

-Yo no he dicho que dentro no haya nadie despierto -replicó Harris-.

Sólo creo que no hay nadie mirando por las ventanas. Ser por la niebla.

Pensarán que, de todas maneras, no verían nada, aunque hubiera algo que ver.

Al cabo de unos minutos, Tucker acabó por reconocer que nadie los observaba.

Era indudable que, si hubiese un hombre de Baglio apostado junto a una de las ventanas frontales de cualquiera de los dos pisos, en un cuarto a oscuras sería visible como un bulto gris contra la oscuridad más densa de la habitación a sus espaldas.

Solo había media luna, y la niebla difuminaba su luz.

De todos modos, una persona ante la ventana se delataría por la luz reflejada en el rostro, y eso lo podría notar cualquier observador avisado.

Las ventanas con luz, desde luego, habrían revelado cualquier figura vigilante.

Aquellas ventanas estaban vacías, y las habitaciones, aparentemente mudas y tranquilas.

-¿Y bien? -preguntó Harris.

Nervios.

Un tipo nervioso.

Después de todo, tenía en su haber veinticinco años en el negocio y dos condenas en prisiones federales. Estaba ya demasiado viejo y desgastado para arriesgarse a caer, abatido por un pistolero, en la búsqueda de un objetivo tan quijotesco como el de esa noche.

Lo sepultarían más arriba de la casa, en el bosque. De su cuerpo, corrupto en la tumba, se filtrarían minerales que irían cerro abajo a regar y abonar la finca de un maleante.

En la tumba, sólo sus huesos sobrevivirían a la carne; sus huesos y el anorak con la insignia de cocodrilo. O sea que Harris sufría una crisis de nervios.

Por supuesto, todos estaban nerviosos, si bien esa definición de su propio ánimo resultaba imprecisa. De todos modos, algún día Tucker se sentiría como Harris, con la tensión a punto de estallar, y se prometería que esa vez se jubilaría, siempre después de aquella "última faena", una y otra vez, hasta que la crisis de nervios lo llevara a una postrera equivocación.

No. Para Tucker no sería así, porque para entonces ya habría conseguido su herencia.

Su padre estaría muerto y sus problemas, resueltos. Aquélla era, pensó, una triste manera de vivir: esperando a que tu padre la palme.

Estudió la casa una vez más para asegurarse de que sabía lo que iba a hacer.

Las cuatro ventanas de la primera planta en las que se veía luz estaban a la izquierda, y las seis ventanas a oscuras de ese mismo piso se encontraban todas a la derecha de las enormes puertas de la entrada.

Tucker señaló con un gesto de la cabeza hacia ese sector y dijo:

-Una de éstas.

-¿Y por qué no las puertas? -preguntó Harris.

-Estarán cerradas.

Intentémoslo con la penúltima ventana.

Los cables del teléfono también pasan por ahí.

Con la metralleta sujeta a la altura de la cadera con una mano, el dedo en el gatillo, y empujando la Luger en la otra, Harris se levantó y corrió con cortos pasos rápidos hasta situarse en el muro a la izquierda de la segunda ventana.

No se escuchó nada.

-Ahora tú -indicó Tucker.

-Shirillo siguió con ellos y, de acuerdo a lo planeado, cortó los cables del teléfono con un par de pinzas que llevaba en su anorak.

Se había detenido justo delante de la ventana que debía abrir, pero no creyó necesario ocultarse.

Si había alguien en la habitación, no tardaría en percatarse de la presencia de Tucker cuando éste cortara el vidrio.

"Venga, mueve el culo", se dijo.

Se desabrochó el cinturón de las herramientas y se lo entregó a Shirillo.

Tenía la intención de entrar en la casa, él mismo, ya que confiaba en su propia destreza para hacerlo sin ruido, pero se le ocurrió de pronto que Shirillo sería ducho en aquellos lances (¿cómo se explicaba, si no, que fuera dueño de ese equipo de herramientas fabricado a la medida?) y les facilitaría una entrada rápida.

Los instrumentos eran suyos, y los conocía mejor que Tucker.

-¿Lo has hecho alguna vez? -preguntó innecesariamente, en un susurro lo más leve posible, pero que les permitiera a ellos escucharlo.

-A menudo.

Tucker asintió con la cabeza, se retiró, tomó la Luger de Shirillo y lo observó arrodillarse delante del cristal oscuro.

Pete Harris se volvió y miró hacia el trecho más largo de la fachada de la mansión, vigilando por si alguien asomaba al otro lado de la terraza o salía por la puerta principal.

Si aparecían por la puerta, estarían lo bastante próximos como para ser neutralizados con la pistola; en cambio, si lo hacían por el otro extremo de la casa, un disparo de pistola no daría en el blanco y la Thompson sería más útil.

Mantuvo ambas armas, sueltas, al lado de sus piernas, con el fin de no fatigar los brazos y estar preparado para levantarlas rápidamente si la situación lo requería.

Y era muy posible que la situación lo requiriera.

Tucker hubiera deseado que el lugar estuviese menos iluminado. justo sobre su cabeza, `en el techo de la terraza, brillaba una bombilla de cien vatios, protegida por un armazón de alambre.

Se volvió, de espaldas a Harris, miró en sentido contrario y pensó que sería una buena idea acercarse a la esquina de la casa, desde donde podría vigilar el ala lateral del césped y del sendero de entrada. Había dado sólo un paso en esa dirección cuando apareció uno de los hombres de Baglio.

Era un tipo alto y delgado, ancho de hombros, de aspecto no redomadamente estúpido, pero marcado por el mismo sello que los que viajaban en la parte trasera del Cadillac, aquellos a los que Tucker y los suyos habían emboscado en el monte sólo dos días antes.

Quizá fuese uno de ellos.

Caminaba distraído por sus pensamientos y recogido en sí mismo como si estuviese doblado por la mitad. Miraba al suelo ante sus pies.

No sospechaba nada.

De pronto, sin embargo, como si se lo advirtiera un sexto sentido o una fugaz visión, levantó la cabeza de un golpe, con las pupilas dilatadas, y deslizó la mano bajo la americana con un movimiento suelto y seguro, con la economía de movimientos de un profesional diestro.

"No.

No me obligues.

Tranquilo.

No tienes ninguna posibilidad, y lo sabes", hubiera querido decir Tucker.

El hombre tenía la pistola a medio desenfundar cuando Tucker le descerrajó un tiro en la parte superior del pecho, cerca del hombro derecho.

El pistolero dejó caer su arma.

Se escuchó un rebote sordo sobre el cemento de la terraza.

El disparo le había hecho girar medio cuerpo, y el hombre se afirmó contra el muro.

Cuando hizo el ademán de palparse el hombro, cayó hacia delante y quedó inmóvil.

A pesar de los graves riesgos afines a su profesión, sólo en dos ocasiones Tucker no había tenido más remedio que matar a un hombre.

Uno de ellos era un poli corrupto, que intentó echar mano de su arma para imponer su punto de vista; el otro, un hombre que, después de haber dado un golpe con Tucker, decidió que no tenía sentido repartir las Ganancias, que, con un solo disparo de su pequeño revólver de empuñadura nacarada, podía eliminar esa banal molestia financiera y hacerse doblemente rico.

El poli era gordo y lento.

El socio del revólver de empuñadura nacarada resultó ser tan afectado en todos sus actos como lo era en su elección de revólveres.

No se decidió a disparar a Tucker por la espalda, lo cual habría sido la decisión más inteligente; en cambio, prefirió explicarle todas sus intenciones montando una escena melodramática e histriónica.

Dijo que deseaba ver el rostro de Tucker ante la muerte, y se mostró sumamente sorprendido cuando Tucker le arrebató el arma y aún más sorprendido cuando ésta se disparó durante el breve forcejeo.

Ambas muertes fueron limpias y rápidas en apariencia, pero ambas dejaron tras de sí un desagradable recuerdo que duró hasta mucho después de que los cuerpos estuvieron enterrados y hubieron comenzado a descomponerse.

Durante los meses que siguieron a esas muertes, Tucker sufrió horribles pesadillas, en las que se le aparecían los muertos bajo una variedad de aspectos; unas veces, amortajados; otras, envueltos en la materia corrupta de la tumba; y algunas, con una parte de animal (cabra, toro, caballo, buitre), pero siempre con cabeza de ser humano.

En ocasiones, asumían el aspecto que tenían cuando vivos, o, también, como niños con cabezas de adultos, o como voluptuosas mujeres con cabezas de hombres o como bolas de luz o como nubes de vapor, y algunas otras cosas innombrables que, de todos modos, podía identificar como los hombres que él había matado.

En los meses que siguieron a cada una de las muertes se despertaba casi todas las noches con un grito

atenazándole en la garganta y las manos aferradas a las sábanas húmedas.

Elise siempre estuvo a su lado para aliviarlo.

Él, puesto que no podía contarle la causa de los sueños, fingía no entenderlos e, incluso, a veces aseguraba no recordarlos.

Ella no lo creía.

Tucker sabía de su incredulidad, si bien Elise no lo demostraba nunca en su actitud ni en su expresión y jamás indagó con las preguntas de rigor.

No podía saber -y no podría sospecharla- la verdadera causa, así que se limitaba a no ocuparse de ella.

Su único objetivo era ayudarlo a superar las pesadillas.

Había noches en que lo arrullaba contra sus pechos.

Él acostumbraba a aferrarse con la boca a uno de los pezones, como un niño, y

como tal, al cabo de un rato se calmaba.

Eso a Tucker no lo avergonzaba, y lo saludaba más bien como una fuente de alivio.

No dejaba de sentirse hombre por abrazarla de ese modo.

A menudo, cuando el pánico se desvanecía, sus labios se desprendían del pezón, y cambiaba entonces el alivio que ella le ofrecía por otro que le proporcionaba él a su vez.

Tucker se preguntaba cómo otras personas que habían matado se enfrentaban a las consecuencias, al resabio de vergüenza y culpa, al profundo desasosiego del alma.

1 ¿Cómo lo hacía Pete Harris, por ejemplo?

Este reconocía haber matado a seis hombres en los últimos veinticinco años, no falto de motivos, y muchos otros antes, durante la guerra, cuando hacía uso de la Thompson indiscriminadamente. ¿A Harris lo asaltaban los demonios por la noche? ¿Los muertos? ¿Los minotauros y las arpías con esos rostros humanos tan familiares? Si así era, ¿dónde encontraba alivio o quién se lo proporcionaba?

Resultaba difícil imaginar a aquel hombrón con cuello de toro y cuerpo de leñador en los brazos de una mujer como Elise.

Quizás nadie lo hubiese consolado ni lo hubiera amamantado después de sus pesadillas.

Quizás aún las llevaba todas dentro, un pozo de aquel oscuro residuo viscoso de la muerte.

Eso explicaría sus nervios tanto como cualquier otra cosa.

-Creo que tiene el hombro roto -dijo Shirillo, que se había agachado a mirar al pistolero herido.

-¿No está muerto?

- No era ésa tu intención, me imagino -supuso el joven.

-No.

Pero un cacharro con silenciador puede errar, aunque esté bien ajustado.

-Está sangrando.

Pero no es una arteria, no lo matará.

-¿Y ahora qué -preguntó Harris.

Tucker se agachó y miró la herida del matón, le levantó los párpados y buscó hasta encontrar el acelerado latido de su corazón.

-Ya volverá en sí, pero estará conmocionado.

No representa ninguna amenaza si lo dejamos por el camino.

-Podría dar la alerta -advirtió Harris.

-No tendrá fuerza aunque sea capaz de pensar con claridad -opinó Shirillo.

-Lo podríamos amordazar.

-Y quizá matarlo si la mordaza le provoca convulsiones -objetó Tucker---.

No, lo llevaremos adentro, lo metemos en un armario y a esperar lo mejor.

Shirillo asintió, tranquilo, mucho más tranquilo de lo que Tucker habría esperado en una situación como ésa; volvió a la ventana, acabó de pegar la cinta en el vidrio del centro, cortó un círculo, lo retiró, metió la mano y palpó cuidadosamente con los dedos.

-Cables -anunció-.

Una alarma.

-¿La conoces? -susurró Tucker.

-Quizá.

La linterna, por favor.

Tucker sacó la suya del bolsillo del anorak y se la entregó.

Shirillo la encendió y la introdujo por el agujero que había abierto en el cristal, iluminó a ambos lados y gruñó sordamente, como confirmando algo que ya hubiera sospechado; apagó la linterna y se la devolvió a Tucker.

-¿Y...?

-La conozco.

-¿Va oculta?

-No.

El cable pasa a través de dos anillas de metal en el marco de la ventana.

Levanto la ventana, tiro del cable y se dispara la alarma; si soy idiota.

L-Tú no eres ningún idiota -dijo Harris.

-Gracias, necesitaba que me lo confirmaras.

-¿Cuánto tardarás en acabar? ¿Dos, tres minutos? - quiso saber Tucker.

-Menos.

-Adelante, entonces.

Con mayor rapidez de la que Tucker habría sido capaz, Shirillo pegó cinta y cortó otro de los vidrios de abajo, lo retiró y, con ayuda de sus herramientas, desprendió las anillas de la madera. El cable permanecería en su lugar sin importar la altura a la que se levantara la ventana.

Devolvió las herramientas a sus fundas, se abrochó el cinturón por debajo del anorak, buscó en el interior con ambas manos, soltó el pestillo y levantó la ventana hasta una altura que permitiera el paso de un hombre.

El marco quedó encajado y la ventana permaneció abierta.

-Tú primero -ordenó Tucker, y Shirillo se dobló y entró-.

Ayúdame con éste -se dirigió a Harris, señalando al herido, aún inconsciente sobre la terraza.

Ambos dejaron sus armas, levantaron al pistolero y lo pasaron por la ventana a la habitación oscura. Shirillo los ayudó a depositarlo con suavidad en el suelo.

Tuvieron que dedicar al hombre más tiempo y cuidado de lo que hubiera requerido estando muerto, pero eso estaba bien, estaba muy bien; al menos, así no tendría pesadillas.

-Ahora tú -le indicó a Harris.

Éste pasó su Thompson por la ventana y la siguió con rapidez, como si no fuese capaz de funcionar cuando el arma abandonaba sus manos y desaparecía de su vista durante más de unos breves segundos.

Con dificultad, se retorció para poder pasar su enorme cuerpo a través del estrecho marco, pero no protestó ni hizo el menor ruido.

Tucker recogió los trozos de vidrio recortados, despegó la cinta de los cristales alrededor de los agujeros y se lo entregó todo a Shirillo.

Luego, buscó con la mirada otras huellas que delatasen su paso por el lugar.

Sangre.

Examinó la mancha de sangre en la terraza, donde estuvo tumbado el hombre herido.

No era mucha, porque la sangre había fluido en un goteo espeso y no a borbotones, y la ropa del guardián la había absorbido casi toda.

La poca que quedaba se estaba oscureciendo y comenzaba a secarse.

Aunque alguien pasara por ahí -lo cual parecía poco probable si era el sector de vigilancia del herido-, que no lograría adivinar de qué era esa mancha.

De todos modos, no se podía hacer nada con ella.

Observó una vez más el césped envuelto por la niebla, los blanquecinos arbustos, la bruma que deambulaba entre los árboles, la hierba descolorida por las tenues luces de la casa.

Nada.

Escuchó la noche.

Silencio.

Aparte -del hombre herido, nadie los había descubierto.

Tenían la suerte de cara, terminarían la faena como era debido, Tucker lo presentía más allá del intelecto, más allá de la razón.

El éxito estaba en sus manos.

Casi.

A menos que Merle Bachman hubiera hablado; en tal caso, se podían dar por acabados.

Siguió a Harris.

Entró en la casa y cerró la ventana.

-Es una biblioteca, amigos -dijo Harris mientras Tucker dejaba vagar el haz de la linterna sobre las grandes y cómodas sillas de lectura, el enorme escritorio de roble y los cientos de libros en las estanterías.

-Un bandido ilustrado -comentó Shirillo.

Tucker recorrió sigilosamente la habitación hasta asegurarse de que estaba vacía.

Encontró un armario, y junto con Shirillo trasladó al herido al interior.

-Ahora ya no podemos echarnos atrás -observó Harris.

-Así es -asintió Tucker.

Abrieron la puerta principal de la biblioteca, con cuidado, y salieron uno tras otro al vestíbulo apenas iluminado de la primera planta.

Cerraron la puerta a sus espaldas.

Al otro lado del vestíbulo, una segunda puerta daba a unas escaleras que descendían hacia la oscuridad.

-El sótano -explicó Shirillo.

-¿Qué hay ahí?

-Piscina, sauna y gimnasio.

-¿Ésta es la única entrada?

-Sí.

A esta hora, y a oscuras, seguro que no hay nadie. No hay peligro.

Tucker escudriñó la penumbra de abajo y sacudió la cabeza.

-Echa una mirada de todos modos -indicó.

Shirillo no discutió.

Tomó la linterna y desapareció por las escaleras que conducían al sótano.

El silencio de la casa resultaba opresivo, tan profundo e inmóvil que se podía palpar, Y a los tres, en el estado de ánimo en que se encontraban, les parecía sutilmente falso, como si alguien hubiera preparado su llegada y observara cada uno de sus gestos.

No habían pasado ni tres minutos, desde que Shirillo llegara al último escalón, cuando Harris abandonó su puesto de vigilancia en el pasillo, se acercó a la puerta abierta del sótano y escrutó la penumbra. Tenía el rostro enrojecido y bailado en gotas de sudor, y temblaba ligeramente.

-Venga, amigo.

-Tranquilo -le dijo Tucker.

-¿Dónde se ha metido?

-Dale unos minutos.

Visiblemente descontento con la espera, Harris volvió al pasillo con la metralleta y la pistola en ristre.

Tucker confió en que nadie diera con ellos por casualidad, porque no se fiaba de que Harris usara primero la pistola con silenciador; abriría fuego con la Thompson, por la fuerza de la costumbre, de la necesidad, del miedo.

Desperdiciaría cualquier factor de sorpresa.

Dos minutos más tarde, Shirillo regresó.

-No hay nadie allá abajo -anunció.

Harris sonrió y, con la empuñadura de la pistola, se enjugó el sudor del rostro.

Se preguntó si sudaba solamente porque tenía miedo o porque además empezaba a agotarse físicamente.

Dios, qué viejo se sentía, se sentía mucho más viejo de lo que era en realidad; perdido el dinero, ése ya no sería su último golpe, pero el siguiente sí lo sería.

-Démonos prisa -dijo Tucker.

Temía que, si no se movían pronto, sería incapaz de conservar su famosa compostura.

Para acabar de hundir la operación, solo faltaba que Harris y él perdieran la calma y el joven aprendiz fuera el único que conservara la sangre fría. Abrieron las puertas de ambos lados del pasillo y confirmaron que todas las habitaciones se hallaban vacías.

Era indudable que, al otro lado de la entrada principal y de la escalera, más allá del vestíbulo con su papel mural estampado de águilas, en el ala de las habitaciones iluminadas de la primera planta, las cosas resultarían bastante más difíciles.

Harris vigiló las dos puertas cerradas que daban a las habitaciones con luz, sosteniendo la Lüger y la Thompson en posición de fuego.

Lo bailaba el sudor, y su respiración era más rápida y ruidosa que las de Tucker y Shirillo.

Mientras él vigilaba, los otros dos abrieron las cuatro puertas del otro lado de la casa y examinaron las habitaciones: un pequeño taller de pintura, sin ventanas, con óleos originales que colgaban de las paredes; una cocina ultramoderna; una despensa llena de comida enlatada y de cajas de vino y de whisky, apiladas unas sobre otras; un cuarto de baño completo, con alfombra blanca.

No había nadie.

Cerraron las últimas dos puertas casi al unísono y miraron a Harris, que tenía todo el aspecto de estar sufriendo una tortura.

Las venas del cuello se le habían hinchado y las arterias parecían gruesas cuerdas; estaba con la cabeza inclinada hacia delante y hundida entre los hombros hasta las orejas, los pies separados entre sí, las piernas tensas, dobladas a la altura de las rodillas, y los brazos abiertos a los lados, con los nudillos blancos, empuñando un arma en cada mano.

Tucker le hizo señas a Shirillo para que lo acompañara hasta la puerta del fondo, y a Harris para que vigilara la primera.

Cuando dio la señal, los dos hombres dieron un paso adelante hacia las puertas de las habitaciones y las

abrieron bruscamente de par en par, sin golpearlas contra la pared.

Vio entrar a Harris en la habitación de la izquierda.

El hombrón se movía rápido, como si hubiera visto a alguien con quien debía saldar cuentas, pero Tucker no espero a ver que sucedía.

Cuando la puerta del final del pasillo volvía a cerrarse lentamente por su propia inercia, Tucker se adelantó a Shirillo y encontró a un hombrecito regordete, calvo y bigotudo, sentado en una cama inmensa y con un libro abierto en las manos.

-¿Quién eres tú? -preguntó el hombre.

Tucker levantó la Lüger hasta la calvicie brillante del viejo.

-A callar -dijo.

El tipo guardó silencio, y Tucker ser volvió hacia Shirillo.

-Yo me encargo de éste.

Anda a ver si todo marcha bien con nuestro amigo.

Shirillo desapareció.

Tucker cogió una silla, la colocó frente al hombre de la cama y preguntó:

-¿Quién eres?

-¿Quién eres tú? -preguntó a su vez el desconocido.

El libro que leía era un popular estudio sociológico sobre la mentalidad criminal, y ocupaba desde hacía poco tiempo un lugar entre los éxitos editoriales.

A Tucker le divirtió el detalle, pero no se rió.

-¿Quién eres? -repitió, acercando la pistola.

El hombre pestañeó.

-Keesey.

Soy el cocinero.

-No te muevas, Keesey.

Y no intentes dar la alarma.

Si abres la boca una sola vez sin que te lo haya pedido, será la última que lo hagas.

Keesey entendió.

Se quedó inmóvil, tieso, pestañeando y sin apartar la vista de Tucker hasta que Harris y Shirillo entraron en la habitación unos minutos más tarde.

-¿Y? -preguntó Tucker.

-Ya está todo controlado, amigo -contestó Harris-. Aquí al lado hay una habitación grande que comparten dos hombres de Baglio.

Uno de ellos estaba bebiendo café cuando abrí la puerta.

Parecía que se hubiera tragado una rana cuando me vio entrar.

-¿Y?

-Le di en el mentón con la culata de la Thompson. Creo que no le he roto la mandíbula, pero tardará en volver en sí. Jimmy lo ató con las sábanas, ya sabes, como seguridad.

-¿Y su compañero -preguntó Tucker.

-Debe de ser el que encontraste fuera -respondió Harris.

Se volvió hacia Keeseey y sonrió sin humor-. ¿Y aquí qué tenemos?

Tucker notó que Harris se encontraba en un tris de perder los estribos.

Se estaba volviendo agresivo sin motivos.

-El cocinero.

-Y ¿qué dice?

Tucker se volvió hacia Keeseey.

-¿Cuántos pistoleros tiene Baglio en la casa?

-Ninguno -respondió el hombre.

Tucker se inclinó sobre la cama, retiró suavemente el libro de las manos del cocinero, marcó la página con la solapa de la cubierta, lo dejó sobre la cama, se inclinó y le asestó un golpe al hombre en la cabeza con el cañón de la pistola.

Keeseey alcanzó a recordar que no debía gritar y se dejó caer en la cama, restregándose la cabeza golpeada y respirando entrecortadamente, atemorizado.

-¿Cuántos pistoleros tiene Baglio en la casa?

-Sólo dos.

-¿Los dos que estaban en la habitación de al lado?

-Sí -¿Qué hacen, el turno de noche?

-Sí -¿Y no hay turno de día?

El cocinero se rascó la calva y se miró la mano, como si esperase encontrar sangre.

-La mayor parte del tiempo no necesitamos guardianes de día.

El señor Baglio sólo los tiene los lunes y los martes de cada dos semanas.

-¿Tú qué crees? -preguntó Shirillo, que estaba apoyado contra la pared, a los pies de la cama, y parecía dos veces más delgado e inútil que de costumbre.

Tucker se encogió de hombros.

-Si miente, no sabría decírtelo.

-¡Yo no mentiría! -exclamó el cocinero, y se llevó una mano a la maltrecho calva.

-¿Quién está arriba en este momento? -le preguntó Tucker.

El cocinero dejó de sobarse la cabeza.

-El señor Baglio, Henry Deffer, Louise y Martin Halverson, y la señorita Loraine.

-¿Deffer es el chófer?

-Sí.

-¿Quiénes son los Halverson?

-La sirvienta y el factótum.

-¿Qué edad tienen?

-¿Cincuenta? -se preguntó el cocinero a sí mismo.

Luego, movió la cabeza en sentido afirmativo y se llevó una mano al cuello cuando el dolor le impidió seguir asintiendo-.

Sí, cincuenta y tantos.

-¿Él está armado?

-¿Quién? ¿Halverson? -preguntó el cocinero, incrédulo.

-Sí, Halverson.

Claro que no respondió, soltando una risilla-. ¿No has visto nunca a Halverson?

-No.

-Entonces...

-¿Quién es esa señorita Loraine?

El cocinero se sonrojó y, por un momento, se olvidó de sus dolores.

El sonrojo le inundó el rostro hasta teñirle la parte superior de su brillante cráneo.

-Es una joven muy simpática, una chica muy amable. Es la.... la... Es la chica del señor Baglio.

-¿Duermen -Sí.

-¿Es una muy rubia, con buen cuerpo y alta? - preguntó Tucker, acordándose de la chica que descendió del Cadillac cuando el choque.

El cocinero volvió a sonrojarse y dirigió una mirada a los otros dos hombres, como si ellos fueran a decirle que no estaba obligado a contestar.

Daba la impresión de no haber oído gran cosa sobre sexo y, desde luego, que jamás lo había experimentado.

Ni Harris ni Shirillo, lógicamente, respondieron a sus esperanzas.

-Sí, es ella -terminó por responder.

Tucker sonrió.

-Pues, si me dijeras dónde están esas habitaciones, te estaría profundamente agradecido.

-¿Qué vais a hacer con ellos?

-Eso a ti no te importa.

-Sí que me importa.

Quizá me quede sin trabajo. -Se llevó una mano al vientre, como para ilustrar las privaciones que habría de sufrir si perdía su empleo-. ¿Vais a matar al señor Baglio?

-No.

A menos que nos obligue a hacerlo.

Keeseey los volvió a mirar, uno tras otro, y pareció formarse una opinión sobre ellos.

Luego, asintió con la cabeza y les explicó brevemente la distribución de las habitaciones de la segunda planta.

Deffer, Halverson y su esposa estaban todos juntos encima.

Baglio y la chica dormían solos en el ala más amplia de la casa, lejos de la escalera principal.

-Vale, y ¿qué pasó con el hombre que resultó herido en el choque? -preguntó Tucker, todavía sonriendo, aunque no para sus adentros.

Tenía la Lüger lista para propinarle otro golpe a Keesey.

La siguiente vez utilizaría el lado de la mira y le arrancaría un pedazo de pellejo al cocinero.

-No sé nada de él.

-Sí que lo sabes.

-No.

-¿Cocinaste para él?

Keesey negó con la cabeza y contestó-Sólo se le ha permitido tomar líquidos.

-¿Está arriba?

-No.

-Acabas de insinuar que sí cuando hablaste de su dieta.

-Lo trasladaron esta mañana.

-¿Está vivo?

Keesey se retorció y asumió el aire de quien ha recibido un insulto.

-Por supuesto.

Por supuesto que est vivo.

-¿Dónde se lo han llevado?

Volvió a rascarse la cabeza.

Se restregó el bigote.

-No sé nada de eso -dijo.

-¿No preguntaste?

-Jamás le pregunto nada al señor Baglio.

Tucker asintió en silencio, se quedó un momento mirando al hombrecillo, suspiró y le hizo una seña a Shirillo.

-Átalo y amordázalo.

Shirillo acabó en menos de cinco minutos y se reunió con Harris y Tucker, que lo esperaban fuera, en el pasillo.

-¿Subimos de todos modos? -preguntó.

-¿Por qué no?

-Si Bachman no está aquí...

-Lo está.

Estoy seguro -afirmó Tucker-.

Ese cabrón de Keesey miente.

-¿Tú crees?

La sonrisa de Tucker fue generosa, visible incluso en la penumbra.

-¿Acaso no te parece que ese Keeseey sea capaz de darnos una pista falsa?

-En realidad, no.

-¿Por qué? ¿Porque es gordo y se sonroja fácilmente?

-Tucker sacudió la cabeza y miró a Shirillo de arriba abajo-.

Según eso, yo diría que tú eres demasiado delgado y joven y que no vales un puñetero comino para este tipo de asuntos.

Sin embargo, aquí estás, y no se puede decir que lo hagas mal.

-De acuerdo -aceptó Shirillo-.

Bachman está arriba.

Es una buena señal, ¿no creéis?

Significa que aún no ha hablado.

-Quizá.

-Amigos, estamos perdiendo mucho tiempo -se impacientó Harris.

-Ya lo creo -le dio la razón Tucker-.

Subamos a saludar al señor Baglio.

Subieron a la segunda planta por las escaleras de servicio y llegaron al ala donde se encontraban las habitaciones de Deffer y de los Halverson.

Tucker escudriñó el pasillo silencioso que se perdía en las sombras.

Con señas indicó a Harris y a Shirillo que se ocuparan de la puerta de la izquierda, donde, según Keeseey, dormían la sirvienta y su marido, el factótum, y él se fue a la puerta de la derecha y apoyo la oreja, pero no escuchó ni el más leve sonido.

Si Henry Deffer estaba sobre aviso por la sordina de las voces en la habitación de Keeseey, justo debajo de la suya, se lo estaba tomando con mucha calma. Giró el pomo hasta el tope y abrió lentamente la puerta del dormitorio.

Como si ésa fuera la señal, Harris y Shirillo entraron en la habitación de los Halverson al otro lado del pasillo, encendieron la luz y, por un breve

instante, iluminaron a Tucker, de modo que pudo dar con el interruptor en el interior de la habitación de Deffer.

Con el súbito fogonazo de luz, el viejo se incorporó como si le hubieran aplicado un golpe de corriente, se deslizó rápidamente hasta el borde de la cama e introdujo sus pálidas extremidades en un par de zapatillas andrajosas, al tiempo que hacía ademán de ponerse de pie.

-Siéntate -le ordenó Tucker.

Deffer parecía un pavo desplumado, con su delgado cuello al rojo vivo, y los pelos de la barba crecida parecían el plumaje aún no arrancado.

Fulminó a Tucker con la mirada y chasqueó los labios como si estuviera pensando en dar a su enemigo un picotazo en los ojos.

-Siéntate y estáte callado.

Deffer lanzó una mirada de deseo hacia el primer cajón de la cómoda, a sólo un par de metros.

Levantó los brazos como si fueran alas y los dejó caer, resignado ante su incapacidad de volar.

Consciente de su mirada fija, dejó de observar el cajón y volvió a mirar a Tucker.

-Cabrón -espetó.

Fue evidente que le gusto como sonaba.

Llenó de arrugas su rostro gris y lo repitió-:

¡Cabrón!

Parecía satisfecho de no haberse acobardado del todo y permaneció sentado en la cama como se le había ordenado.

Tucker fue hacia la cómoda, abrió el cajón de arriba y extrajo una Marley del 38 que había sobre dos montones de ropa interior pulcramente doblada.

Era una bella arma, bien cuidada.

Y el cargador estaba lleno.

-¡Es mía! -dijo el hombre, nervioso.

Tucker se volvió hacia él y se llevó el canon de la 38 a los labios, como un inmenso dedo, indicándole a Deffer que debía callarse.

-Cállate, o tendré que usarla para matarte -le advirtió en un leve susurro.

Deffer intentó disimular su nerviosismo.

Tucker descargó la Marley y admiró su acabado y su diseño, incluso en un momento así, cuando la situación exigía concentrarse exclusivamente en la marcha de la operación.

Guardó el arma y las balas en el bolsillo vacío de su anorak y le dio un tirón al cierre.

-No tienes la menor posibilidad, cabrón -amenazó Deffer.

Tucker impostó una sonrisa, se acercó al chófer y le apoyó el frío metal del silenciador en la frente.

-Te dije que hablaras en voz baja.

Deffer arrugó el ceño.

Su dentadura flotaba en un vaso de agua sobre la mesita de noche, sonriéndole a Tucker como un fragmento del gato de Cheshire.

Sin la dentadura, el hombre parecía mas viejo.

-¿Qué andas buscando? -preguntó en un susurro.

-¿Por qué no te relajas y te tiendes en la cama?

-Porque no me da la gana -replicó el viejo pavo, volviendo a alzar las alas y haciendo chasquear los labios.

-No era una pregunta -dijo Tucker, en un tono cansino y presionando con el cañón de la Lüger.

Deffer se tendió de espaldas.

Tucker cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó.

En esa posición se sentía menos nervioso porque no notaba la debilidad de sus piernas.

-Yo voy a hacer las preguntas y tú vas a dar las respuestas.

Como me mientas, me aseguraré de que no tengas la suerte de cobrar tu pensión a la organización.

Deffer se mantuvo en silencio.

Siguió mirando a Tucker con la misma ira, con los ojos encendidos y tendido rígidamente como sobre una cama de tablas.

-¿Qué ha hecho Baglio con el hombre que chocó en el Chevrolet el martes por la mañana?

Los ojos de Deffer brillaron.

Era evidente que no había establecido ninguna conexión entre este asunto y lo sucedido el martes por la mañana.

A Tucker esa señal le bastó para comprender por qué Baglio, un hombre mucho más joven, era quien conducía el coche en sentido figurado, mientras que el viejo lo hacía en carne y hueso.

El chófer carraspeo y esbozó una generosa sonrisa.

-No os saldréis con la vuestra.

Cabrones.

Una buena banda de cabrones.

Hay guardianes cubriendo toda la casa.

-Mientes.

-Ve y compruébalo con tus propios ojos.

-Ya he hablado con Keeseey.

Dos guardianes.

Uno abajo, amordazado y bien atado, y el otro fuera de combate con una herida de bala.

-¿Está muerto? -preguntó el pavo.

Su sonrisa comenzó a desvanecerse.

-Todavía no.

Volvió a preguntar sobre Bachman.

-Lo han trasladado -contestó Deffer.

De su rostro gris, surcado por arrugas, había desaparecido toda expresión.

Parecía un viejo cansado; sólo que aquello no era auténtico, sino una inescrutable cara de póquer, y no había manera de saber lo que ocultaba.

Quizá Deffer no fuese un genio, pero, para ser viejo, tenía agallas y una astucia que no sería fácil neutralizar.

-¿Lo han matado?

Deffer observó el silenciador de la Lüger con más respeto que el demostrado hasta ese momento, aunque bien podía tratarse de una farsa parecida a su expresión de cansancio.

-No.

-¿Dónde se lo han llevado?

-No lo sé.

-Tonterías.

Tú eres el chófer.

-No se lo llevaron en coche.

-¿Cómo?

-En ambulancia.

-Estás mintiendo.

Lo último que querría Baglio son pruebas de que ese hombre estaba herido.

Si la policía mete las narices en el hospital, quizá le convenga a nuestro amigo soltar todo lo que sabe acerca de la conspiración del martes.

Baglio no querría que salieran a la luz esos envíos quincenales de pasta.

.

-Era una ambulancia privada -graznó el pavo.

Daba la impresión de que empezaba a tener miedo; sólo un poco, un temor a todas luces inventado.

-¿Y qué?

-Quizá no se lo llevaron a un hospital.

-Y, entonces, ¿adónde?

-No lo sé.

-Es todo una sarta de mentiras -intervino Harris. Había entrado en la habitación sin que Tucker lo advirtiera y estaba de pie al lado de la silla, apuntando de lleno a Deffer con la metralleta. A éste le costó trabajo tragar saliva. Quizá respetaba de verdad un arma de la categoría de la Thompson.

Imposible saberlo.

-¿Interrogaste a los Halverson? -le preguntó Tucker.

-Todavía no. -Agitó la metralleta apuntando a Deffer-.

Pero este vejestorio, amigo, le mentiría a Dios y a la Virgen.

Se ha pasado la vida trabajando para la organización y para Baglio, y hace tiempo que debe de haber olvidado qué coro es la verdad.

-Creo que tienes razón -asintió Tucker-.

Nuestro hombre aún está en la casa. 0 est muerto.

Harris seguía teniendo rojo el rostro, y sudaba.

-Tengo algo que decirte acerca de eso.

-Espera un poco -le pidió Tucker-.

Antes tengo que encargarme del abuelo.

-Eso está hecho -dijo Harris.

Dio un paso adelante, agarró la metralleta con ambas manos y descargó un golpe en la parte inferior del mentón de Deffer.

El viejo murmuró algo, cayó hacia un lado y quedó inmóvil.

Una ligera espuma sanguinolenta le cubrió los labios partidos y una herida color granate comenzó a dibujársela en el mentón, tiñéndole de sangre el escuálido cuello.

-No había necesidad de hacer eso -señaló Tucker.

-No tenía dientes que perder, amigo.

Estaba utilizando su muletilla favorita con demasiada frecuencia, mucho más nervioso que nunca.

-Pensaba atarlo y amordazarle.

Harris miró al viejo y, luego, lo movió con el cañón de la metralleta.

-Sólo está inconsciente.

No nos pondrá ninguna pega y nos ahorrará tiempo.

Tucker se levantó de la silla y volvió a sentir la temblorosa debilidad detrás de las rodillas.

-Dijiste que me querías hablar de algo.

-Así es -susurró Harris.

Se acercó a la ventana, miró hacia fuera, se volvió, dio unos pasos y se apoyó contra la pared-. ¿Qué pasará si Bachman ha hablado? ¿Qué pasa si lo han matado?

-Nos largamos y nos escondemos durante un tiempo, hasta que se cansen de buscarnos.

Harris sacudió enérgicamente la cabeza.

-No, no me puedo permitir ese lujo.

No le he sacado nada a esta faena y necesitaba la pasta.

Tengo otra idea muy distinta.

Tucker sabía de qué se trataba, pero preguntó de todos modos.

-Si hicieron hablar a Bachman, si le sacaron algo, cualquier cosa, tendremos que matar a Baglio, quizás a Deffer y quizás al guardián de abajo.

-¿Y la chica, Lorraine, qué?

Harris pareció realmente cogido por sorpresa.

-Sí, ¿qué pasa con ella? -preguntó a su vez.

-Baglio duerme con ella -explicó Tucker, paciente-. Es un hombre de cincuenta años, y ella no tiene ni la mitad.

Esa pava está buenísima y es de aquellas que a veces despiertan un sentimiento de gratitud en hombres maduros.

Quizá para el viejo sea algo más que un simple polvo y le haya contado más de lo que debiera acerca de sus negocios.

Se ha sabido de otros que han quedado en ridículo por la misma razón.

Harris pensó un momento, y sus ojos se hundieron aún más en sus cavidades.

-No me gusta nada, pero, si es necesario, también nos la cargamos.

-¿Y los Halverson?

-Ellos no sabrían decir nada -respondió Harris, seguro-.

Un hombre como Baglio no andaría contándole sus asuntos a una criada y a un mayordomo.

-Factótum, no mayordomo.

-Lo que sea.

Tucker sacudió la cabeza, con tristeza, y se acercó a la cama, tomó el pulso de Deffer y comprobó su respiración.

Comenzó a rasgar la funda de la almohada en tiras, para atarlo.

-Vas por mal camino, Pete.

Te recomiendo que te jubiles apenas puedas.

-¿Conque sí, eh?

Tucker asintió, sin molestarse en mirarlo, intentando así evitar una escena de mal genio.

Comenzó a atarle los tobillos a Deffer.

-Si matas a Baglio y a los demás, la policía tomará cartas en el asunto.

El maquillaje que llevamos en el rostro no nos vuelve invisibles.

Nos bastaría para evitar que Baglio diera con nosotros, pero, en cuanto la policía tenga las descripciones de los Halverson y de Keesey, podrán

identificar esa fotografía tuya que aparece en mil archivos.

Y, aunque admitamos que la probabilidad de que te encuentren sea escasa, es lo bastante grande como para preocuparse. ¿Y qué quieres entonces, que matemos a todos los de la casa, incluidos la sirvienta y su marido?

Harris carraspeo suavemente y se aparto de la pared, aunque no se le ocurrió nada que decir.

Había hecho el ridículo ante Tucker, y eso era un lujo que no podía permitirse.

Tucker tumbó a Deffer boca abajo, le colocó las manos a la espalda, se las ató y volvió a ponerlo boca arriba.

No parecía haber necesidad de amordazarle, aunque al volver en sí el viejo pudiera hablar en algo más que un susurro; cuando eso sucediera, todos los habitantes de la casa sabrían ya que ésta había sido invadida.

-De todos modos... -comenzó Harris, intentando romper el silencio.

-Aunque mataras a todos los de la casa -lo interrumpió Tucker-, ¿cómo sabes que Baglio no comunicó a otros lo que Bachman le contó a él, incluso a ese petimetre de Chaka, el contable? Si lo hizo, tu matanza no habrá servido de nada.

-Hay un cabo suelto en tu razonamiento, y es que esto ya es un asunto de la policía.

Desde que le disparaste al guardián de fuera.

-Mentira, y tú lo sabes bien.

Baglio conseguirá su propio médico para sanar a ese muchacho.

Harris lo sabía, pero no se dio por vencido.

-No puedo permitirme el lujo de esconderme durante todo un puñetero año -gruñó.

Tucker sabía que debía poner fin a esa discusión.

-Quizá cuando salgamos de aquí tengas un gran fajo de billetes para esconderte durante un año o más.

-¿Cómo?

-Ten paciencia -dijo Tucker, que no tenía la respuesta a mano.

Salieron de la habitación de Deffer, apagaron la luz y cerraron la puerta.

Jimmy Shirillo esperaba con los Halverson.

Se encontraba justo al otro lado del umbral, y ellos estaban sentados contra la cabecera de bronce de la cama, amordazados y con las manos atadas a los barrotes.

La mujer era delgada y algo atractiva, aunque su mirada abatida la señalaba como una mujer cansada y casi vencida por la vida.

Su marido, un hombre alto y delgado, de rostro amarillento, cejas abundantes y orejas que parecían un injerto de mastín, tenía un aspecto aún más deteriorado por los años, y se mostraba servil y dispuesto a complacer.

Y también aterrorizado.

-¿Alguna pregunta? -dijo Shirillo.

Tucker volvió a mirar a los Halverson y entendió perfectamente lo que Deffer había dicho.

-Nada de preguntas.

Me sorprendería que supieran quién es Baglio.

Tengo la impresión de que nuestro hombre podría haber llegado a esta casa hace un mes y estos dos ni se habrían enterado.

Shirillo asintió con la cabeza y comentó:

-Estaban tan complacientes que pensé que se iban a atar el uno al otro.

-Echemos una mirada en las demás habitaciones de este lado.

Sólo para asegurarnos.

En las últimas dos habitaciones de aquella ala, la más pequeña de las dos, encontraron pruebas de que Keeseey y Deffer habían mentido: dos habitaciones ocupadas y con los armarios llenos.

Una rápida mirada bastó a Tucker para convencerse de que había otros dos guardianes en las cercanías, dos hombres que hasta ese momento no habían tenido en cuenta.

-No pensé que el cocinero pudiera mentirnos -observó Harris.

Había guardado la Lüger en el bolsillo y con la mano libre acariciaba las aristas de su metralleta.

-Pues lo hizo -dijo Tucker-.

Y cuando Deffer indicó que había más de dos guardianes, supuse que así era.

-Pero ¿dónde están -se extrañó Harris, y se volvió, inquieto, hacia la escalera en penumbras y observó el trecho más largo del pasillo y luego el más corto.

-Seguro que aún están fuera -apuntó Shirillo, que no mostraba alteración.

Se había sorprendido a sí mismo, y había sorprendido a Tucker, con su capacidad para adaptarse.

Si Harris se descontrolaba, Tucker podría seguir contando con Shirillo.

-Deben de habernos visto -insistió Harris.

Su voz se había vuelto ronca y vacilante-.

Y hemos estado de un lado a otro, encendiendo y apagando las luces por toda la casa; cualquiera desde fuera...

-No ha sido tanto, en realidad -intervino Shirillo-. Hemos usado sobre todo las linternas y, con las cortinas, eso no se puede ver desde fuera.

Sólo hemos encendido las luces en el taller de pintura, en la despensa y en la habitación de los Halverson.

Los dos primeros no tienen ventanas, y la luz del dormitorio no tendría por qué despertar sospechas. Yo creo que los guardianes están detrás de la casa, así que no cuento las luces que encendimos en las habitaciones de la fachada.

Eso era razonar, claro y rápido.

Tucker ya sabía que, si salían de allí, recurriría a Shirillo en otra ocasión.

Sabía también que no volvería jamás a trabajar con Harris.

Se giró hacia él:

-Creo que Jimmy tiene razón.

-Bueno, amigos, aunque así sea, no cambia nada.

Por mucho que esos dos guardianes que andan sueltos no sepan que estamos en la casa, siguen ahí abajo.

En cualquier momento concluirá su turno o decidirán entrar en la casa para tomar una taza de café.

Y cuando lo hagan, esto se habrá acabado.

Harris había pronunciado esas últimas palabras como si, de su garganta, una tela las hubiera destilado en un delgado hilo de zumo.

-Por otro lado -contrapuso Tucker-, quizás acabemos antes de que se hayan enterado.

-Poco probable -replicó Harris.

Y luego modificó su opinión-: Imposible.

-Lo mismo da -determinó Tucker-.

Lo mejor que podemos hacer es movernos de prisa, terminar esto y avisar al helicóptero.

Vamos a ver a Baglio.

Apagaron las luces de la habitación de los Halverson, cerraron la puerta y se dirigieron a la escalera principal.

Tucker se detuvo y se volvió hacia Harris.

-Quédate aquí con la Thompson.

Estás en buena posición para cubrir las escaleras, e incluso las escaleras de servicio, en caso de que alguien quiera llegar al pasillo.

-¿Me das un walkie-talkie?

-No lo necesitarás.

Si tienes problemas, escucharemos el tableteo de la Thompson donde sea que estemos.

-De acuerdo -convino Harris.

Desapareció en la oscuridad.

Para ser un hombre tan grande, sabía ocultarse, y se hacía casi invisible.

Tucker y Shirillo exploraron el resto de las habitaciones, excepto aquella en que, según Keeseey, dormían Baglio y la joven Loraine.

No encontraron nada en ninguno de los dormitorios y, desde luego, ni rastro de Merle Bachman.

Llegaron juntos a la última puerta, echaron mano del pomo, lo giraron, abrieron la puerta y encendieron la linterna.

Durante un rato largo Tucker pensó que la habitación estaba vacía y que Keeseey les había mentado una vez más, porque dentro reinaba un silencio sepulcral.

Y, de pronto, el amasijo de sábanas y mantas, cruzado por una intrincada filigrana de sombras, se revolvió y fue lanzado violentamente hacia un lado de la enorme cama.

Reaccionando ante la presencia de la luz, la mujer se dio media vuelta y de un salto se puso de pie. La tensión se le dibujaba en el rostro, como un boxeador aturdido que saliera de su delirio para descubrir que está a punto de caer inconsciente y perder la pelea.

-¿Qué coño es esto?

Llevaba un camisón de franela que le llegaba hasta los pies, viejo y desgastado, y probablemente muy cómodo.

Una señal de que su relación con Baglio era algo más que pasajera; si sólo hubiese sido una compañera de cama, habría dormido desnuda o con una diminuta pieza de biquini, calculada para que un hombre como Baglio la mantuviese a su lado más tiempo.

El camisón de franela era un símbolo de su independencia y de su seguridad en la mansión de Baglio.

No necesitaba proclamar su sexualidad; estaba segura de que Baglio la tenía siempre presente y de que era algo más que su atractivo físico lo que hacía que él se interesara por ella.

Permaneció con las manos medio alzadas a los lados, como si estuviera midiendo su posición y las posibilidades que tenía para ponerse a salvo echando a correr.

-No tienes ninguna posibilidad -le advirtió Tucker.

-Cuidado con Baglio -avisó Shirillo.

El hombre se había levantado de la cama por el otro lado e intentaba abrir el cajón de la mesilla de noche.

Cuando sacó una pistola pequeña y maciza, Tucker disparó apuntando en dirección a la mano.

Le daba igual arruinar de por vida el puño con el que Baglio sostenía su palo de golf.

Pero el silencioso disparo no dio en el cuerpo, sino que hizo saltar hacia un lado la funda de la pistola.

Baglio lanzó un grito y dejó caer el arma.

La mujer no estaba del todo convencida y hacia la puerta.

Cuando Tucker disparó dos veces más al suelo, avanzó a medio metro de sus pies, se detuvo en seco, con una idea más cabal de la situación, y se contentó con lanzarle una mirada cargada de odio.

Incluso con aquella prenda de franela amarilla era una mujer espectacularmente atractiva, y a Tucker le recordó a Elise Ramsey.

El parecido no se debía al físico ni a la estatura, sino a la manera que tenía Loraine de estar de pie, a su actitud de autocontrol, a ese aire de confianza y seguridad que le daban un innegable atractivo.

Ese era el rasgo que advirtió en ella y le hizo distraerse, hasta el punto de no ver a Baglio buscando la pistola.

Al otro lado de la cama, vestido sólo con unos calzoncillos azules, Baglio se frotaba la mano dolorida.

-Podrías haberme dado, pedazo de imbécil.

Lo dijo con el tono de un maestro que regañara a un niño imprudente e irresponsable.

-Imposible -replicó Tucker-.

Soy un excelente tirador. -No sabía si Baglio se creería que alguien pudiera pensar en darle a la pistola en aquella habitación a oscuras, a esa distancia y con un silenciador, pero pensó que no estaría de más darse un poco de bombo-: Y no vayas a creer que tendría el más mínimo reparo en perforarte la mano si vuelves a intentar coger algo.

-No sé qué andáis buscando -dijo Baglio, que no parecía amedrentado por la bravata de Tucker-, pero habéis cometido un error al entrar en mi casa.

¿Tenéis idea de quién soy yo?

Un verdadero maestro de escuela.

-El famoso Rossario Baglio -contestó Tucker-.

Y, ahora, acompáñanos.

Baglio respondía a la situación con admirable sangre fría, para nada atemorizado por aquellos espectros encapuchados, con la cara pintada y armados con silenciadores, y tampoco se sentía humillado porque lo hubieran sorprendido en calzoncillos.

Ya tenía una idea general de quiénes eran, y sabía que la amenaza que esgrimían no era mortal.

Además, con su cuerpo tenía menos de qué avergonzarse que muchos hombres quince años más jóvenes; desde sus anchos hombros hasta el vientre, algo flácido, pero relativamente liso, estaba en buena forma.

Era evidente que usaba la piscina, la sauna y el gimnasio del sótano.

Por otro lado, esa mujer constituía seguramente una buena motivación para mantenerse en forma.

Era precisamente ella, pensó Tucker, la que le infundía la fuerza para enfrentarse fríamente a la situación; Baglio parecía uno de esos hombres que no toleran que se los ponga en ridículo ante la mujer con la que se acuestan.

-¿Acompañaros? ¿Adónde?

-Al otro lado del pasillo.

-En cuanto me vista -dijo, y se volvió hacia el armario.

Se movía bien, con la espalda recta y la cabeza erguida.

Si hubiera tenido tiempo para pasarse un peine por su cabello plateado, casi hubiera quedado lo bastante presentable para salir por televisión en todo el país, quizá como candidato a presidente.

-No tenemos tiempo para eso -lo detuvo Tucker.

En el estudio del otro lado del pasillo, Shirillo cogió dos robustas sillas y, las colocó una al lado de la otra en medio de la habitación, las señaló con un movimiento de la Luger y se apartó para que la pareja se sentara.

-Aún no me habéis dado explicaciones -exigió Baglio, que conservaba su actitud de maestro de escuela, con los labios apretados, los ojos acusadores, las fosas nasales levemente infladas por la indignación y a

punto de imponerles un castigo si no aclaraban las cosas con la rapidez requerida.

-Buscamos a un amigo -le informó Tucker.

-No entiendo.

La risa de la mujer apenas se oyó, aunque Tucker no sabía si el objeto de la risa era él o Baglio. O quizás ella misma.

-El que iba en el coche el martes por la mañana -puntualizó-

El que conducía.

Lorraine levantó la mirada y sonrió; no de un modo antipático, tampoco irradiando amistad, sino como si un resabio de placer se despertara en ella por el recuerdo del choque, como si la agitación perdurara, excitando aún los centros de placer de su cerebro.

-Lamento que hayáis llegado tan lejos para nada -observó Baglio.

-¿Ah, sí?

-Sí, el que conducía murió.

-Habrá sido de vicio -insinuó Tucker, sonriendo.

-El choque lo dejó muy mal -adujo Baglio.

Había una buena dosis de indiferencia en su tono-. Murió ayer.

-¿Y el cuerpo?

-Enterrado.

-¿Dónde?

-Tengo un gran cementerio ahí fuera. -Su dicción era perfecta.

Aquel hombre o había sido educado en los mejores colegios cuando era pequeño o había contratado a tutores privados en su madurez.

La segunda posibilidad era menos remota que la primera.

Parecía profesar cierto orgullo en su elección de las palabras, en la conciencia que tenía de su propia astucia, en su clara pronunciación; como un joven universitario-.

Los pinos son las marcas -añadió-, y todos tienen la inscripción correspondiente.

Miró a la mujer y sonrió de buena gana, e incluso le arrancó una risilla.

A pesar de que Tucker se esforzaba en reaccionar emocionalmente, su siguiente decisión fue fruto únicamente de su intelecto.

Era evidente que ni Baglio ni la mujer temían sufrir daño y que ninguno de los dos sería un buen sujeto de interrogatorio mientras se creyeran protegidos por esa presunción, así que dejó escapar un gruñido, se inclinó hacia Baglio y le asestó un golpe en el rostro con la mira de la Lüger.

El filo dejó una marca desde la sien hasta la barbilla, y la sangre afloró en un surco largo y brillante.

-Basta de juegos para impresionar a la dama.

Más vale que te des por enterado de que estás en clara situación de desventaja.

Se preguntó si por su manera de hablar y su tono de voz Baglio se daría cuenta de que le estaba imitando.

Baglio se llevó la mano al rostro, que sangraba, se miró los dedos manchados con una mirada de incredulidad.

Transcurrió un minuto antes de que volviera a mirar a Tucker, con la expresión mudada por la concentración del odio.

-Acabas de ganarte una de esas tumbas marcadas por un pino -dijo, sin cambiar en absoluto el tono de su voz: el maestro le impedía castigos al gamberro.

A pesar de lo desagradable que encontraba aquel gesto, Tucker volvió a empuñar la Lüger contra Baglio y le asestó otro golpe, que le surcó la otra mejilla.

El hombre empezó a levantarse de la silla, con la cabeza gacha como un toro presto a embestir, soltó un aullido y se desplomó hacia atrás, alcanzado por el brutal golpe que Shirillo le propino con la pistola en el hombro derecho.

Cerró su mano sobre los músculos magullados y se inclinó hacia delante, como preso de náuseas.

Poco a poco había empezado a aparentar su verdadera edad.

La chica también parecía haber envejecido.

Se pasó la lengua por los labios y miró a su alrededor como si esperara ver algo que cambiara de improviso el signo de la suerte.

Aquella fantasía no duró más que un instante, porque recordó, como lo habría recordado a menudo en el pasado, que su mejor arma era ella misma, su cuerpo y su propio ingenio.

Levantó la vista, sabiendo que Tucker la estaba mirando, y, sin que fuera demasiado evidente, su cuerpo se movió dentro de aquel holgado camisón amarillo y acentuó sus formas en puntos estratégicos.

Una oferta.

Pero envenenada.

Él le sonrió, porque le rondaba la idea de que la necesitaría más tarde, y se volvió a Baglio.

-Estábamos hablando de un amigo mío.

-Vete a la mierda -le espetó Baglio.

Sin que nadie se lo insinuara, Shirillo dio un paso adelante, calculando la posición de los riñones de Baglio a través del respaldo de la silla, y le hundió el cañón de la Lüger en el costado izquierdo. No solía recurrir a aquel tipo de técnicas, pero en ese momento no dejaba de pensar en su padre.

Y en su hermano. En la zapatería.

En la cojera de su hermano.

Baglio dejó escapar un gruñido, tragó aire, retrocedió y terminó por derrumbarse bajo el segundo y certero golpe de Shirillo en el hombro.

Cayó de la silla al suelo.

-¿Y mi amigo? -preguntó Tucker.

Baglio se llevó las manos al vientre y, fingiendo más debilidad de la que tenía, hizo amago de levantarse y se giró hacia los pies de Tucker.

Fue un gesto poco inteligente para un hombre en su situación, la primera señal de que se había asustado y estaba reaccionando con las tripas.

En esa ocasión, cuando cayó ya estaba inconsciente.

-Ve a buscar un vaso de agua -le indicó Tucker a Shirillo.

Cuando el joven desapareció, Loraine le sonrió a Tucker.

Él le devolvió la sonrisa.

Ninguno de los dos habló.

Shirillo regresó con el agua, pero, antes de que pudiera lanzársela a Baglio, recibió una advertencia de Tucker:

-Nada de venganzas muchacho.

No nos podemos permitir ese lujo.

Pensaba en el monólogo de Shirillo de hacía un par de semanas, cuando se conocieron, y recordaba lo del padre agotado y lo del hermano que recibió la paliza.

-Yo ya he terminado -aseguró Shirillo-.

Al principio pensé que lo mataría, pero he decidido no pagarle con su propia moneda.

No quiero llegar a ser como él.

-Bien. ¿Crees que te reconocerá?

-No, sólo me vio cinco minutos una vez, hace un año y medio.

-Venga, despiértalo.

Shirillo lanzó el agua sobre aquel rostro ensangrentado y magullado y volvió a situarse detrás de las sillas.

Baglio parpadeó y miró hacia arriba.

-Estábamos hablando de mi amigo -dijo Tucker.

Tenía los labios hinchados, pero eso no explicaba su cambio de voz.

Tras las palabras que farfulló había un tono diferente, sin aquel registro altanero, y más parecido al de un hombre derribado de las alturas y obligado a enfrentarse con su propia mortalidad:

-Ya te he dicho que está muerto.

-¿Y por qué tu cocinero cuenta algo diferente?

-No lo sé.

-¿Y Deffer?

Baglio levantó la mirada.

El odio reverberaba en sus ojos, aunque oculto tras un velo, como si supiera que sería peligroso hacer gala de empecinamientos.

-¿Qué os ha dicho?

-Qué se lo llevó una ambulancia.

-Así es.

Se lo llevó a su tumba en el bosque.

-Una mierda.

-¿Le vuelvo a dar en el hombro? -preguntó Shirillo, situado a espaldas de Baglio-.

¿O le doy en los riñones?

-Espera -dijo Tucker, sonriendo.

Le dio a Baglio amables excusas por la impaciencia de su compañero y, luego, agregó-: Estoy seguro de que nuestro amigo se encuentra en la casa.

Si no, coincidirían todos en la misma versión de la historia.

Si no..., muchas cosas.

Ahora, dime, ¿dónde está?

-No.

Tucker movió la cabeza y miró a Shirillo.

-Átalo a la silla y ve a la escalera a hacer compañía a nuestro amigo.

Vigila la escalera de servicio mientras él se queda en la principal.

-¿Crees que habrá jaleo? -preguntó Shirillo.

-Vamos a tardar más de lo que había pensado.

Y quizá el señor Baglio grite lo bastante fuerte como para atraer a los muchachos de fuera antes de que haya terminado con él.

Shirillo asintió, utilizó un abrecartas para cortar los cordones que sujetaban las cortinas y ató a Baglio al respaldo de la silla, con manos de especialista.

El hombre no opuso resistencia.

-¿Y qué hacemos con ella? -preguntó después.

-Yo me encargo -respondió Tucker.

-¿Seguro?

-Más que seguro.

Shirillo fue a reunirse con Harris en la escalera.

Tucker miró su reloj.

Las cinco y diez de la madrugada.

-No tardaría en amanecer.

Quizá los dos hombres de la parte trasera de la casa dejaran sus puestos cuando hubiera salido el sol.

Ahuyentó esos pensamientos y ordenó a la mujer que alejara su silla de la de Baglio.

Ella obedeció y la colocó de frente, pero a un lado. Cuando volvió a sentarse, como un espectador en un espectáculo deportivo, Tucker se situó detrás de ella, mirando a Baglio, y recorrió con sus dedos el cálido cuello de la chica.

Baglio soltó una risotada, a pesar de que la mueca seguramente le causó dolor.

-¿De qué te ríes? -preguntó Tucker.

Dejó avanzar su mano con más aplomo, hasta descansar toda la palma en la garganta, sintiendo su pulso.

Detestaba tener que doblegar a Baglio abusando de la relación, cualquiera que fuese, que mantenía con la mujer.

No dejaba de pensar cómo serían las cosas si la situación se invirtiera, si él estuviera atado a la silla y Baglio acariciara a Elise.

-Eso no funcionará -aseguró Baglio.

Tucker desplazó la mano, palpó el perfil del mentón y tiró suavemente hacia arriba.

Ella respondió a su presión, o al menos él imaginó que así había sido.

-Siempre tengo una mujer a mi lado -pretextó Baglio- Las mujeres no son nada para mí, nada de nada.

No tengo nada especial con ella.

No fui el primero y sé que no seré el último, así que, adelante, no te cortes.

Mientras hablaba, un delgado hilo de sangre espesa le resbaló por la comisura de los labios hacia la barbilla magullada.

No intentó limpiarla con la lengua, quizá porque se la había cortado y no podía moverla, o quizá porque no se dio cuenta.

Toda su atención estaba concentrada en la mano ambulante de Tucker.

-Creo que estás mintiendo.

-Puedes pensar lo que se te antoje.

-Un hombre como tú no soportarla que un extraño entrara en su casa y lo obligara a observar, impotente, mientras...

La palabra impotente provocó una reacción en Baglio. Su rostro volvió a encenderse, con el odio hirviendo en sus ojos, inflamados de repente y, luego, apagándose tras el velo de indiferencia.

-Haz lo que quieras -dijo.

Tucker hizo que la chica girara la cara hacia él, la levantó aún más y miró sus ojos verdiazules.

-¿Y si le diera a ella con la pistola en la cara?

¿Si le dejo un par de cicatrices en la cara, digamos, desde el pelo hasta la barbilla, y le rompo unos cuantos dientes de esos tan bonitos que tiene?

¿Qué diría Elise si lo escuchara en ese momento?

Nada bueno.

Pero Baglio volvió a echarse a reír y más de corazón o, al menos, fingiéndolo mejor.

La chica se puso rígida y miró, inquieta, a Tucker y, luego, miró de soslayo intentando ver a Baglio.

No se esperaba algo así.

En su mirada apareció un odio aún más intenso que el de Baglio, no dirigido a Tucker, sino a su amante.

Su ex amante.

Se había dado cuenta, en un instante brutal, de que, si bien podía haber algo más entre ellos que el sexo, él pensaba que podía prescindir de ella.

Al ver cómo su rostro se descomponía en un ceño violento, Tucker supo que su venganza sería mucho mas cruel que la de cualquier siciliano.

Una vez que Loraine fue consciente de su situación, se adaptó rápidamente a las circunstancias y recobró su compostura.

Había decidido qué rumbo tomar.

Tucker había imaginado antes que respondía favorablemente a sus caricias, pero la reacción entonces fue real, no tuvo nada de imaginaria.

Deslizó la mano por la garganta hasta situarla justo encima de sus firmes pechos.

Ella se incorporó, acogiendo la mano, intentando acomodarla, tentándola.

Baglio lo notó.

Loraine sonrió a Tucker, se volvió hacia Baglio y también le sonrió.

Pero eran sonrisas diferentes.

Algo se estaba cocinando, pensó Tucker, quizá algo muy provechoso, aunque no veía del todo claro cómo sacaría partido de ello.

Miró el reloj: las cinco y veinte.

El tiempo corría demasiado de prisa.

¿Qué hacer? ¿Cómo conseguir derrumbar a Baglio? ¿Cómo persuadir a la mujer para que le dijera lo que quería saber? La chica deseaba cooperar, estaba a punto de hacerlo, y él lo sabía, sólo necesitaba darle un pequeño impulso Y...

Lo interrumpió el restallido de un revólver sin silenciador, cuyo eco se perdió en las paredes del pasillo de la segunda planta.

La explosión solitaria fue seguida de la furiosa descarga de la metralleta de Pete Harris.

Un hombre gritó, pero brevemente, con la voz apagada en un jadeo ininteligible de palabras sin sentido, y luego el silencio.

Pete Harris dejó escapar una andanada de tacos.

Estaban todos jodidos.

Al final del pasillo, al lado de las escaleras de servicio, Jimmy Shirillo dio con un panel de interruptores e inundó toda la segunda planta con una intensa luz blanca.

Ya no importaba, no había razones para ocultar su presencia a los hombres que vigilaban fuera de la casa.

La ráfaga de la metralleta Thompson había lanzado las cartas, y la única manera de asegurarse un buen palo era moverse rápido y cubrir todas las contingencias.

Tucker empujó a la mujer por delante de él, firmemente, pero sin rudeza, para llegar pronto a la escalera principal.

No se molestó en apuntarla con la pistola.

A solas, la chica no tenía nada que ganar arriesgando una huida espectacular, y lo sabía.

Pete Harris estaba sentado contra la pared, justo al lado de la escalera, con la Thompson a su lado sobre la alfombra.

Intentaba levantarse el pantalón por encima de la rodilla derecha sin tocarse la herida.

El sudor, que le brillaba sobre la cara pintada, había penetrado en la capa de aceite dejando pequeñas estrías.

Shirillo esperaba en las escaleras de servicio, en guardia por si atacaban desde ese flanco.

-¿Estás bien? -gritó Tucker.

-Sí -contestó Shirillo.

A medio camino entre él y Harris, contra la pared del fondo, había un hombre muerto.

Estaba tendido de espaldas, con una pierna doblada contra las nalgas y los brazos por encima de la cabeza, casi destrozados por la r faga de la metralleta.

La sangre había salpicado las paredes y se derramaba, oscura, sobre la elegante alfombra.

-¿Qué tal está esa pierna? -preguntó Tucker a Harris.

Éste lo miró, logrando por fin enrollar la pernera del pantalón por encima de la rodilla.

-Me dio en la pantorrilla.

Duele más que la hostia, pero no creo que sea demasiado grave.

Tucker se inclinó, examinó la herida, la apretó para que manara la sangre y observó de cerca el orificio antes de que ésta volviera a correr.

-No parece más que un rasguño.

Sólo un arañazo.

Creo que vivirás.

.-Gracias, amigo -dijo Harris-.

Hostia, se ha armado una buena, ¿no?

Parecía no darse por enterado de la presencia de Loraine.

-La ventaja es nuestra -afirmó Tucker.

El blanco del ojo alrededor de las pupilas de Harris era demasiado intenso y le daba la expresión de un hombre paralizado por el terror, aunque sus palabras manifestaran lo contrario.

-Ya lo creo, amigo -asintió, sin mucho convencimiento.

-¿De dónde salió ése?

Harris observó al hombre muerto, carraspeó, escupió en la alfombra.

-No tengo ni idea.

-¿Vino por las escaleras?

-No.

Y no podría haber venido por ese lado sin haberse cargado a Jimmy para luego dispararme a mí.

No lo entiendo, amigo, pero el tío apareció como un fantasma entre los dos.

Me dio antes de que pudiera verlo.

En cuanto vi su silueta, no perdí tiempo.

Estaba realmente agitado.

Había mencionado el nombre de Shirillo en presencia de la chica, al borde de la histeria. Sin embargo, tal como hizo delante de Keesey, el cocinero parecía estar asomándose y le dio unos golpecitos amigables. Thompson e intentó sonreír, aunque débilmente.

-¿Piensas que ya estaba arriba? -preguntó Tucker.

-Ya lo creo.

-¿Dónde estaría escondido?

-En una de esas habitaciones.

-No puede ser.

Lo registramos todo.

Se preguntó si era posible.

Habían buscado en los armarios, debajo de las camas, actuando como verdaderos profesionales.

No, no se habían dejado nada.

Se levantó y miró a Loraine.

-¿Dónde pudo haberse escondido?

-¿Quién?

-No te hagas la graciosa.

El muerto.

-No sabría decirlo.

Tucker se movió con rapidez, la agarró del brazo, se lo retorció por detrás de la espalda y lo levantó hasta que la obligó a soltar un gemido de dolor.

-¿Recuerdas lo que le dije a Baglio acerca de tu cara?

-Tú no me harías eso.

Tenía razón, pero no iba a permitirse el lujo de dejarle conservar esa seguridad, así que le apretó aún más el brazo.

-¡No tengo ni idea de dónde estaba! -chilló, y tiró hacia arriba hasta zafarse.

Tucker no había aplicado toda la presión debida, no toda la que habría empleado con un hombre.

La facilidad con que se había desprendido era una advertencia para que no volviera a subestimarla.

-No le quites los ojos de encima -ordenó a Harris-. ¿Te sientes capaz?

-Claro, amigo -respondió él, y levantó la metralleta.

Tucker fue a hablar con Shirillo.

El joven no sabía de dónde había salido el pistolero.

-No me di cuenta de que estaba aquí hasta que hirió a Pete.

Luego me lancé al suelo y me quede así para que no me diera una bala de rebote de la Thompson.

Tucker miró su reloj.

Volvió a mirar hacia el pasillo y, luego, al cadáver, intentando imaginar de dónde habría venido.

-¿Miraste en los armarios de la habitación de los Halverson?

-Ya sabes que sí.

-¿Y en los de las habitaciones que revisaste solo, allá en la otra ala?

-¡Tienes que creerme!

-¡Coño, es que tiene que haber venido de algún lado!

Shirillo hizo una mueca y dijo:

-Vino del mismo lugar donde tienen escondido a Bachman.

Tucker se pasó la mano por el rostro, como si lo tuviera cubierto de telarañas.

El maquillaje le volvía la piel pegajosa, se le nublaba la vista y tenía la boca caliente y seca.

-¿De dónde sacas esa idea?

-Es lógico.

-¿El desván?

-Podemos mirar.

Pero lo dudo, porque me parece que la entrada al desván está justo encima de nosotros. Señaló una puerta en el techo, se empinó, alcanzó la manija cromada y tiró hasta que aparecieron un par de escalones de metal que llevaban a la oscuridad de arriba.

Tucker subió y bajó en menos de tres minutos.

-Vacío -informó a Shirillo-.

Y es la única puerta de entrada o salida.

Dejó las escaleras sin plegar porque, de acuerdo con el plan, las necesitarían más tarde.

-¿Y ahora? -preguntó Shirillo.

Tenía un perfecto dominio de sí mismo, lo controlaba todo.

Tucker sacó un paquete de caramelos de lima del bolsillo de su anorak, le ofreció uno a Shirillo, se lo llevó a la boca, cuando el joven lo rechazó, y lo empezó a chupar.

-¿Cómo harías para localizar una habitación oculta. Shirillo parpadeó y se pasó una mano por la capucha, como si quisiera pasársela por el pelo.

-¿No te parece demasiado?

-Tú eres el que me dijo que la Mafia es melodramática.

-Sí. pero ¿un cuarto oculto?

-Bachman se encuentra aquí, en alguna parte.

Lo sé.

Pero hemos mirado en todas las habitaciones y en los armarios, desde el sótano hasta el desván. -Hundió las manos en los bolsillos del pantalón y disfrutó del dulzor de la lima en su boca-.

Para alguien como Baglio sería toda una ventaja tener un cuarto oculto.

Para empezar, podría esconder ahí el dinero los lunes por la noche, cada dos semanas, y todo lo que considere demasiado valioso para dejarlo al descubierto o para depositarlo en una caja fuerte que los federales podrían abrir con una orden judicial.

Partió el caramelo con los dientes.

-Pero una caja fuerte bastaría -objetó Shirillo-.

Un cuarto oculto es demasiado presuntuoso para...

-Una caja fuerte no servirla, digamos, para un gran cargamento de drogas.

Y, si los polis llegaran con una orden judicial, estarían autorizados para abrir la caja, mientras que no darían con el cuarto.

-Quizá.

-Entonces, ¿qué harías para localizar un cuarto oculto?

Shirillo lo pensó un momento y, finalmente, contestó:

-Me imagino que habría que comparar la distancia entre el pasillo y el interior de las habitaciones, y ver si hay algo que no cuadra.

Tucker asintió con la cabeza y miró su reloj: las cinco y treinta y seis.

-Hay que ponerse en marcha. -Shirillo asintió a su vez-.

El guardián que nos falta o está en el cuarto oculto, en algún punto entre Pete y tú, o se encontraba fuera de la casa cuando escuchó los disparos.

-Si hubiese estado fuera -apuntó Shirillo-, ya habríamos sabido algo de él.

-Salvo que haya decidido no entrar a buscarnos.

-¿Por qué no?

-Quizá sabe que nosotros somos más.

-No tendría cómo saberlo.

Tucker terminó de masticar el caramelo.

Acababa de ocurrírsele una posibilidad poco agradable, y no quería mencionarla, aunque sabía que Shirillo tenía derecho a saber lo que pensaba.

Desde luego, Harris tenía el mismo derecho, pero a él no se lo diría.

Estaba seguro de que el joven sería capaz de oír aquello sin perder la calma, mientras que Harris podría hundirse.

-Quizá estaba fuera, oyó los disparos y supo que no conseguiría nada entrando aquí solo, así que abrió la puerta del garaje, sacó la limusina y se la apañó para empujarla por el camino hasta encontrarse

lo bastante lejos como para encender el motor y largarse a buscar ayuda.

-¡Hostias!

Era la primera vez, durante las largas horas de aquella noche, que en Shirillo asomaba el temor.

-No le des muchas vueltas -le aconsejó Tucker-.

Lo que quiero decir es que no debemos olvidarnos de esa posibilidad.

-Por supuesto.

-Estaremos lejos de aquí cuando llegue con refuerzos. -Sonrió y le dio un golpe en la espalda. Se sentía como un hermano mayor-.

Si es que realmente se ha ido a buscar a alguien -agregó.

-Seguro que sí.

-No hay manera de saberlo.

-Que sí.

Es lo peor que podría pasar, y lo tuvimos en cuenta cuando planeamos la operación.

A pesar de todo su pesimismo, el joven no parecía estar dispuesto a largarse para salvar el pellejo.

Tucker sabía que Shirillo tenía razón, y sentía el peso de la intolerancia emocional e implacable del fracaso que lo había llevado hasta ese punto.

Pensó en su padre, en el señor Mellio, en el dinero de los fondos cautelados después de las escaramuzas legales y supo que no desaprovecharía esa oportunidad.

No fracasaría de ese modo.

-De todos modos, ¿quién dispararía contra un helicóptero de la policía estatal?

-Si se lo tragan -advirtió Shirillo.

-Ya se lo tragaron una vez.

-Por eso, puede que no caigan una segunda vez.

Ya sabes, la familiaridad vuelve desconfiada a la gente.

-Y el desprecio también -apuntó Tucker.

-No es el caso de estos tíos.

-Es la famosa mano de hierro, ¿eh?

Shirillo sonrió.

Tucker sabía que el joven tenía razón, claro, por mucho que él intentara minimizar los problemas. De cualquier manera, pensó, no servía de nada permanecer juntos y deprimirse mutuamente con cábalas acerca de la inminencia de su muerte. No tardarían en caer en el mismo estado obsesivo que Pete Harris, asustados por el menor ruido y reaccionando desmesuradamente a cualquier movimiento imaginado entre las sombras.

-Debo irme -dijo.

Se alejó y comenzó a medir las distancias de los tabiques entre las habitaciones, buscando cualquier disparidad que saltara a la vista.

Eran las seis menos diecinueve de la madrugada, bien entrado el amanecer de un nuevo día.

Cinco minutos después, Tucker ya sabía dónde se encontraba el cuarto oculto y dónde, por extensión, escondían a Bachman.

Entró en el cuarto del fondo del ala más pequeña, donde dormía uno de los guardianes, ya se tratara del hombre muerto, del herido o del pistolero que faltaba.

Sacó la ropa del armario, sin importarle que se arrugara, y, cuando comenzaba a examinar las paredes con la linterna, volvió a escuchar el tableteo de la Thompson en el pasillo.

Fue a ver qué sucedía y llegó hasta donde se encontraba Harris, que estaba apostado en la parte superior de las escaleras con la enorme arma apuntando a la pared del descansillo.

-Intentaba subir -dijo.

La pierna herida parecía no causarle tantas molestias como antes.

Eso podía ser buena o mala señal, pues o la herida era tan superficial como parecía, y ya no sangraba, o quizá el miedo le impedía a Harris sentir dolor-. Era el mismo cabrón que atamos allá abajo.

Creí que lo había dejado inconsciente un buen rato.

-¿Le diste?

-No.

Al menos el hombre que faltaba no se había fugado como él temía, sino que debió de entrar y reanimar a su campanero, así que lo más probable era que en ese mismo momento estuviese ingeniando algo para llegar arriba.

Al otro extremo del pasillo, Shirillo gritó algo ininteligible.

Cuando Tucker se giró, vio que disparaba por el hueco de las escaleras de servicio, a pesar de que la Lüger con el silenciador apenas se escuchaba.

-¿Suerte?

-¡No! -gritó Shirillo.

-Sólo hay dos.

Pueden seguir molestándonos, pero no sacarnos de aquí.

-También está el cocinero -apuntó Harris.

-Es posible que Keesey mienta, pero no pelea -aseguró Tucker-.

Además, con otro hombre más no les basta para ponernos a la defensiva.

Desde aquí podríamos mantener a raya a media docena. Harris se colocó a un lado de la escalera, de modo que no podía ver ni ser visto, pero se mantuvo vigilando los escalones, con la metralleta apoyada en la cadera, aunque toda su atención se concentraba en Tucker.

Su rostro era una mezcla de sudor, maquillaje y profundas huellas de cansancio, y cuando habló, no fue necesario que susurrara; el miedo le enronqueció la voz:

-Larguémonos de una puñetera vez.

Bachman no está.

No hay nada que hacer aquí.

-Sí que está.

-¿Ah, sí) -Seguro.

-Yo no lo veo -replicó Harris, sonriendo.

Era una sonrisa maliciosa, como amenaza de otra escena, tras la que Harris se permitiría desobedecer sus órdenes y llevar él mismo la batuta.

Ya no se podía confiar en Harris; pero Tucker no dejó traslucir que había llegado a esa conclusión.

-Bachman se encuentra en un cuarto oculto. -Dio dos zancadas hacia la pared del fondo y golpeó en el yeso con los nudillos-.

¿No es extraño que haya un espacio tan grande de muro sin habitaciones en el interior?

Harris parpadeó mientras miraba a la extensión de yeso no trabajado y, luego, las puertas más cercanas a la izquierda y a la derecha.

-Creí que correspondía a esas dos habitaciones.

-Tú has estado en la del ala pequeña.

La que está a este otro lado, en el ala más grande, es casi del mismo tamaño.

Hay algo entre las dos.

Harris torció la vista hacia un lado, pensando.

Hubiera preferido salir de ahí y no tener que pensar en nada más que en correr, esconderse, sobrevivir.

-Vale, y ¿cómo se entra ahí?

-Creo que a través del armario de una de las dos habitaciones, pero aún no he encontrado la puerta.

-Date prisa -lo apremió Harris, y se giró hacia la escalera, a esperar a que sucediera algo, algo que pudiera ser blanco de sus disparos.

-Permanece en el puesto -le ordenó Tucker, y volvió a la habitación donde se encontraba al escuchar el tableteo de la Thompson.

En el yeso de las paredes del armario, demasiado lisas para ocultar una puerta secreta, no había juntas.

Tucker se colocó a gatas en el suelo e inspeccionó de cerca el marco, para ver si estaba suelto o si se podía mover.

Ni lo uno ni lo otro.

Aliviado porque la entrada se encontrara en la otra habitación del ala más grande, se dirigió al otro armario.

Pasó al lado de Harris y de la mujer.

-Lo tendremos fuera en un par de minutos.

-Espera -dijo Loraine.

Tucker casi no la escuchó.

Cuando lo volvió a llamar, se giró hacia ella.

-¿Si.

-Quiero hablar contigo.

-No tengo tiempo.

-Quiero que hagamos un trato. -Hablaban en voz baja, pero su voz era segura-.

Te puedo ayudar.

-Demasiado tarde.

-No, no lo es.

-Lo siento.

-Te podría ahorrar media hora de buscar a Bachman.

-Lo dudo.

La entrada al cuarto tiene que estar en el armario de esa habitación.

Y daré con ella. -De pronto, se dio cuenta de que ella había pronunciado el nombre de Bachman, de que él y Harris se lo habían revelado.

¡Qué diablos! ¿Acaso le estaban fallando los nervios?-. ¡Hostiá! -exclamó.

Ella se acercó a él y le tendió la mano, como para tomar la suya.

-Si quieres, puedes comprar a Bachman, y también mi silencio.

-Sería más fácil para Bachman cambiarse de nombre.

-Falso.

Además, Ross daría con él tarde o temprano.

Aquello era indudable.

-¿Comprar tu silencio? ¿Con qué?

-Con dinero.

-No tenemos dinero.

Su tono era irritado, de amargura, pero no había nada que hacer.

Llevaba demasiado tiempo con la fachada de su personaje a cuestas.

-Lo tendréis si haces tratos conmigo.

Dejó caer la mano que le ofrecía, esperando.

Así se parecía más a Elise, con una sonrisa velada de autocomplacencia dibujada en su bello rostro.

-¿Cuál es el trato?

Ella juntó los labios y los humedeció con la lengua.

-Muy bien, encontraréis a ese Bachman de todos modos, ya lo sé.

Vais a dejar en ridículo a Ross como nunca lo ha hecho nadie.

Ya no me querrá a su lado después de que lo he visto humillado, así que no tengo nada que hacer aquí. El trato es... que me corresponde el veinte por ciento de lo que hay en esas tres maletas. Y además, me sacáis de aquí sana y salva.

Tucker parpadeó; sintió que las piernas se le debilitaban.

Luego, sonrió.

-¡Quién lo diría! ¿El cargamento del martes?

-Exactamente.

-¿El dinero en efectivo?

-Sí.

-No pensé que aún estuviera aquí.

-No lo enviaron por segunda vez, y te explicaré por qué si haces un trato conmigo.

Tucker negó con la cabeza, pesarosamente.

-Ahora que sé que está aquí, ¿por qué me voy a molestar en hacer tratos contigo?

-Porque podrías pasarte horas buscándolo.

Hay mil lugares en una casa como ésta para esconder tres maletas.

Y, por cómo actúas, parece que ya no te queda mucho tiempo.

Se diría que están pisándote los talones.

Tucker la admiró a pesar de que había comenzado en el bando contrario; al ver que las circunstancias se le escapaban de las manos, maniobraba para aumentar el alcance de su poder.

Entendió por qué Baglio la respetaba.

El error que cometió fue no respetarla tanto como el propio Tucker.

Además le parecían bien sus exigencias.

Eran muy razonables si era capaz de entregarles lo que prometía.

-De acuerdo -le dijo.

-¿Trato hecho?

-Trato hecho.

Ella frunció el ceño.

-No es así de fácil -le advirtió-.

Antes hay que hablar de otras cosas.

-Habla -dijo él.

Sacó de su bolsillo el paquete de caramelos y se metió uno en la boca.

-Aquí no.

-¿Dónde?

-En la habitación a la que ibas.

Tucker miró su reloj: las seis y seis minutos.

Lo último que deseaba era terminar la operación en pleno día, aunque, al parecer, se verían obligados precisamente a eso.

-No podemos perder tiempo negociando.

Se está haciendo muy tarde.

-Necesito sólo dos minutos -dijo ella.

-Venga, vamos.

Lorraine pasó por encima del cadáver tirado en el pasillo, hundiendo sus lindos pies desnudos en la alfombra empapada, y se encaminó con Tucker hacia la habitación de los guardianes.

A sus espaldas, Harris disparó otra ráfaga escaleras abajo.

En el dormitorio, ella se sentó en el borde de la cama y encogió sus largas piernas.

Había cobrado un aspecto más dulce e inocente bajo el camisón de franela.

-¿Cómo pensáis salir de aquí? -preguntó.

Tucker dudó un instante y contestó:

-En helicóptero.

La chica hizo una mueca.

-Estoy hablando en serio -dijo.

-Yo también.

-No quiero hacer ningún trato con vosotros si no sois más que una banda de payasos que ni siquiera han pensado lo que van a hacer.

Le explicó los detalles, lo más breve posible, y le contó lo de Norton y el helicóptero con las señas de la policía.

-Oh, estoy asombrada -exclamó ella.

-Ahora, ¿qué tal si tú me asombras a mí?

¿Sabes lo que le sucede a la gente que se mete con Ross Baglio?

-Sí, lo sé.

-¿Y estás decidida a arriesgarte?

-Las chicas tienen que preocuparse de su futuro -
respondió.

Parecía una emprendedora y banal estudiante de
instituto que decide elegir el programa de
secretariado y se dispone a pagar las facturas de
allí a cuatro años.

Era verdaderamente deliciosa.

-Baglio sabe tu nombre.

No le será difícil encontrarte donde sea.

-Un nombre se puede cambiar.

Insinuaba que, de todos modos, su verdadero nombre
no era Loraine.

-Pero no te puedes cambiar el aspecto.

Todos los hombres que te vean se acordarán de ti.

-Estás exagerando mi atractivo.

¿Acaso estás intentando decirme que no te ayude?

-No.

Sólo quiero entender el por qué haces esto, -Para
hacerme una idea mas clara de lo que va a suceder.
Por ejemplo, no me gustaría que te metieras en esto
con la idea de volver a Baglio con tu veinte por
ciento para contarle todo lo que sepas de nosotros,
que te consideramos amiga.

-Tendría que estar loca.

-Ya lo sé.

-Pero no lo estoy.

Tucker suspiró.

Se parecía tanto a Elise...

-Eso también lo sé.

-¿Y bien?

-Trato hecho -volvió a decir él.

Loraine se metió en el armario y empezó a lanzar a
un lado trajes, pantalones y camisas.

Cuando lo despejó todo, le pidió que diera un paso
atrás y dirigiera el haz de la linterna al suelo
donde pisaban.

De rodillas, estudió las tablas del suelo un momento
y, con las uñas, tiró de ambos lados de una de ellas
y luego la soltó.

Intentó lo mismo con la tabla contigua, idéntica a la primera, y dejó escapar un suspiro cuando esta crujió y se soltó, una tabla de cinco centímetros de ancho y casi un metro y medio de largo.

La dejó a un lado y apareció una palanca que se encontraba debajo de la tabla sin clavar.

-No habría tardado nada en dar con ella -dijo Tucker.

-Desde luego.

Y también habrías encontrado a Bachman.

Pero yo he venido a ayudarte a encontrar el dinero, que ni siquiera sabías que estaba aquí.

-Sigue.

La chica empujó la palanca con la palma de la mano. A la derecha de Tucker, la pared del fondo del armario se giró entera hacia dentro; una buena solución al problema de la juntura en medio de la pared, que delataría la presencia de una clásica puerta secreta.

-¿Este Baglio es un paranoico crónico?

-preguntó Tucker.

-Entre otras cosas.

La pared se abrió aún más.

-No es necesario que me las cuentes todas.

-La habitación del otro lado del armario era casi tan grande como el dormitorio de los guardianes, estaba iluminada por bombillas fluorescentes y no tenía ventanas.

Merle Bachman se hallaba atado a la cama contra la pared del fondo, mirando hacia ellos e intentando sonreír.

Tucker comprendió inmediatamente por que no habían obligado a Bachman a contarle a Baglio lo que sabía, por qué seguía vivo y por qué podrían seguir conservando sus verdaderas identidades.

El choque del Chevrolet le había estropeado su encantadora sonrisa, al romperle el ochenta por ciento de los dientes y partirle los dos labios; el superior se le había rasgado hasta la membrana y lo tenía hinchado cuatro o cinco veces su tamaño normal.

Todo lo cual hacia que se viese obligado a respirar por la boca, ya que el labio le tapaba las fosas nasales, y su respiración era tan ruidosa que Tucker se preguntó cómo era posible que no le hubiesen oído incluso a través de las paredes.

Bachman emitió un sonido sordo que debía de ser un saludo, aunque sin tener más fortuna que cuando intentó sonreír.

-¿No puedes hablar? -preguntó Tucker.

Bachman emitió unos sonidos ahogados-.

Pues no lo intentes.

Tienes una voz espantosa.

Y, ya que estamos, borra esa... sonrisa... de tu rostro.

Bachman no intentó volver a hablar, pero siguió sonriendo.

Su ojo izquierdo estaba cerrado por la hinchazón, y el derecho, rodeado de un moretón negro, aunque no se hallaba hinchado como el otro.

Tenía fracturados varios dedos, que el médico de Baglio le había vendado.

Aparte de eso, su aspecto era satisfactorio.

- ¿Te has roto una pierna, un brazo?

-preguntó Tucker, al tiempo que se ponía de cuclillas al lado de la cama-.

Basta con que muevas la cabeza.

Bachman sacudió la cabeza: no.

-¿Puedes caminar?

Sacudió la cabeza: no.

-¿Por qué no?

Ésa no era manera de preguntar.

Bachman parecía deseoso de hablar y empezó a emitir ruidos apagados, intentando explicar.

-Olvídalo.

Estás drogado, ¿no?

Bachman suspiró y asintió.

-¿Y si nos ocupáramos de la segunda parte de este asunto, del dinero? -intervino Loraine.

-¿Está aquí? -preguntó Tucker.

-Sí, pero él no lo sabe -contestó, señalando a Bachman.

-Pues ve a por él.

La chica se alejó de la cama hacia el otro lado de la pieza, donde abrió la puerta de un archivador blanco metálico, sujetado con tornillos a la pared. Tucker se acercó.

-¿Qué hay ahí?

-El muro.

Lorraine deslizó el fondo metálico del mueble y dejó al descubierto otra palanca idéntica a la del suelo del armario, y la presionó hacia abajo.

El archivador, también sujetado a la pared, que había al lado se abrió hacia la habitación y dejó al descubierto un espacio pequeño, no obstante era lo suficientemente grande como para meter allí unas cuantas maletas, o una persona.

En ese momento sólo había maletas.

-Un cuarto oculto dentro de un cuarto oculto - comentó Tucker, asombrado de lo que se abría a sus ojos:

-Es un tipo muy listo.

-¿Y por qué no se ha llevado este dinero a la ciudad? ¿Por qué lo dejó aquí?

-Ross no sabía quién lo había atacado.

Pensaba que era alguien de su propia organización, y dejó el dinero aquí porque no se fiaba de nadie para enviarlo de vuelta a la ciudad, al menos hasta que Bachman pudiera hablar.

-Un hombre precavido.

-Esta vez fue demasiado precavido.

Saquemos esto de aquí.

Echó mano de la maleta más pequeña y la llevó hasta donde se encontraba Bachman, y Tucker sacó las otras dos del nicho e hizo lo mismo.

Las dejaron en la mesita baja de al lado de la cama y las abrieron de una en una.

Las dos más grandes estaban repletas de apretados fajos de billetes, y la más pequeña, llena sólo hasta la mitad y forrada por dentro con papel de envolver.

-Aaahh -exclamó Merle Bachman.

Parecía sorprendido de que el dinero se encontrara en esa misma habitación.

Lorraine no había mentido al decir que él no sabía nada de ello.

-Lo conseguimos, a pesar de todo -observo Tucker. Mientras Lorraine iba en busca de ropa apropiada para una huida en helicóptero, Tucker les explicó la situación a Shirillo y a Harris.

El joven, que confiaba en Tucker, estuvo de acuerdo, pero Harris, más nervioso que nunca, tenía algunas preguntas que hacer.

-Es una mujer. ¿Crees que mantendrá la boca cerrada cuando salgamos de aquí?

-Lo mismo que tú -dijo Tucker-. O lo mismo que yo -agregó, para matizar su respuesta.

-Se le acabará la pasta en seguida.

Se la gastara y entonces empezara a planear algo.

-No lo creo.

Pero si lo hace nos buscará, se las apañará para encontrarnos y pedirá más.

-No, no lo hará.

-Bueno, pues entonces volverá corriendo a Baglio.

-Baglio la mataría.

-Quizá sea demasiado tonta para saberlo.

-No lo es.

Conoce los riesgos y sabe cómo debe actuar.

Podemos fiarnos de ella.

Y tenemos que hacerlo.

-No necesariamente -se resistió Harris.

Su mirada era horrible.

Quizá volvía a dolerle la herida, o quizá la herida no tenía nada que ver con esa mirada.

-No podemos matarla, si eso es lo que quieres decir -le advirtió Tucker.

-¿Por qué no?

-Porque he hecho un trato.

-¿Y qué?

-¿Te gustaría que ésa fuera mi manera de hacer negocios? Recuerda que también hice un trato contigo.

A ella le he dado mi palabra; si la mato, ¿qué me impediría hacer lo mismo contigo? -Harris hizo ademán de responder-.

No, no se puede ir por el mundo haciendo ese tipo de tratos.

Además, si la matamos, esto se pondrá al rojo vivo. Baglio puede ocultar sin problemas la muerte de uno de sus hombres, pero esa mujer tendrá una familia en algún lado, una vida fuera de la organización, y con su muerte la policía acabaría metiendo las narices. Harris se pasó la mano por el sudor de la cara. El guante se le tiñó de negro, borrándole parte de la máscara.

-Espero que no te equivoques con ella -dijo.

-No me equivoco.

Y alégrate, ahora te puedes jubilar, que era lo que querías.

Tucker volvió al cuarto oculto y dejó a Harris y Shirillo en las escaleras.

Desató las correas de Bachman, lo ayudó a levantarse de la cama e intentó que se tuviera de pie sin su ayuda.

Tal como Bachman se lo había advertido con un gesto de la cabeza, fue imposible.

Era evidente que llevaba días sin levantarse, que la herida de la boca le había impedido comer y que sólo le habían dado de beber lo justo para que no se deshidratara.

La debilidad de su estado, sumada a los calmantes recetados por el médico, habían hecho sus piernas de goma, y se doblaban y se retorcían bajo su peso.

No obstante, Tucker logró llegar con él hasta el fondo del pasillo, debajo de la entrada al desván, y lo dejó con Shirillo.

Cinco minutos después, terminó de juntar las tres maletas llenas de dinero en un solo lugar.

-¿Pasa algo? -preguntó a Shirillo.

-No, están demasiado callados allá abajo.

Antes de que Tucker pudiese responder, Loraine se le acercó por detrás.

-Estoy lista.

Llevaba unos vaqueros blancos y un suéter azul oscuro, ambas prendas ajustadas como una segunda piel, ambas cómodas y sensuales.

Tucker la recordó el día de la emboscada, con la minifalda y el suéter ajustado, y se preguntó por qué una chica como ella, con una mente tan lúcida, seguía prestándose a utilizar su atractivo físico como instrumento de negociación.

La chica pareció leerle el pensamiento.

-Siempre conviene estar preparada para lo que sea -dijo.

-Así es -asintió él, y miró su reloj: las siete y dos minutos.

Ya era pleno día.

Le había dicho a Norton que la operación terminaría lo más tarde al amanecer.

Paul se estaría comiendo las uñas y preguntándose cuánto tardarían.

Tucker contaba con que los esperara aún diez minutos, hasta que pudieran llamarlo por el walkie-talkie.

No, no era sólo eso, porque en realidad sabía que Norton esperaría.

Lo haría.

Estaba seguro.

Mierda, mierda, mierda.

Colocó un cargador nuevo en su Lüger, acto seguido se guardó el vacío en el bolsillo y relevó a Shirillo de su puesto en las escaleras de servicio.

-Primero sube las maletas -le indicó.

El chico asintió, a continuación cogió la maleta más grande y la llevó a duras penas hasta arriba de la escalera metálica, la elevó a pulso por encima de su cabeza y la deslizó por el suelo del desván.

No tenía un físico para hacer trabajos pesados, sin embargo no se quejó. Después de recibir la segunda maleta de manos de Loraine y levantarla hasta la puerta del techo, el rostro le brillaba de sudor y el maquillaje le iba dejando estrías en la piel.

Al deslizar la tercera maleta en su lugar, se apoyó contra la escalera y dejó escapar un gran suspiro de agotamiento.

-¿Quieres que suba yo a Bachman? -preguntó Tucker.

-No, ya me encargo yo.

Eran las siete y diez.

Norton estaría esperando.

Shirillo examinó a Bachman, lo ayudó a levantarse, logró encontrar cómo sujetarlo y subió con él los estrechos peldaños.

Al llegar arriba, tuvo que dejar su carga.

Bachman se aferró al peldaño superior, con la mano temblando a causa de las fracturas de los dedos y el vendaje.

A continuación Shirillo se introdujo rápidamente en el desván, se giró, agarró a Bachman por la muñeca y, con un poco de ayuda del propio Merle, lo subió por la puerta hasta arriba.

-Ya estamos arriba -anunció.

-Buen trabajo.

-Es que hay motivos para ello -contestó Shirillo, sonriendo.

Las siete y catorce.

-Ahora tú -dijo Tucker a la chica.

Ella subió rápido, se sujetó a la mano de Jimmy y se reunió con ellos arriba.

Las siete y cuarto.

Harris miró hacia arriba, vio que ya se habían ocupado de todo y asintió con la cabeza, en respuesta a la señal que Tucker le hizo con la mano.

"Lo lograremos", pensó Tucker.

Lo había conseguido.

Había convertido una chapuza en un éxito.

Había perseverado.

Se giró y comenzó a subir, pero no llegó más arriba del tercer escalón.

La ventana que había a su lado estalló y dos balazos, disparados uno tras otro, le dieron violentamente en el brazo izquierdo.

Cayó, se golpeó la cabeza en el último peldaño de la escalera y rodó hasta chocar contra la pared del pasillo.

Era curioso, pero en el momento en que le dieron pensó: "puño de hierro", recordando la pesadilla; luego se encontraba demasiado atontado por los balazos como para pensar en otra cosa.

Cuando la parálisis empezó a ceder al dolor, segundos más tarde, pensó que el hombre de la escalera de servicio le había disparado desde abajo, pero en seguida, sentado sobre el vidrio roto, se dio cuenta de que los disparos habían venido desde fuera.

Los disparos eran la señal para que el hombre de abajo intentara subir, una vez que hubieran logrado distraer la atención.

Harris estaba preparado para esa estrategia y descargó una larga ráfaga de balas sobre la pared de la escalera.

Shirillo no tardó en bajar del desván y, al pasar rápidamente por delante de la ventana, atrajo otro disparo del exterior.

-¿Cómo está eso? -preguntó.

-Aún tengo los nervios entumecidos por el impacto, pero me empieza a doler bastante.

Me han dado dos veces, creo, uno al lado del otro.

-Ha sido con rifle -dijo Shirillo-.

El techo del garaje conecta con esta parte de la casa.

Lo he visto ahora apostado allí, cuando pasé por la ventana. -Mientras hablaba, le desprendió del brazo el walkie-talkie destrozado y lo arrojó a la mitad del pasillo-.

Te iba a decir que habías exagerado trayendo dos aparatos de éstos, ya que no hemos tenido que utilizarlos entre nosotros, pero me alegro de no haber dicho nada.

-No me digas que el puñetero aparato recibió los dos disparos.

-No.

Aquí hay sangre. -Palpó la herida con el dedo hasta que hizo sudar de dolor a Tucker-.
Sólo ha interceptado una de las balas.
Te entró por detrás del brazo, atravesó el hombro por arriba, por la parte carnosa, y luego salió.
Eso diría yo, al menos, por cómo se te ha rasgado el anorak.
Pero no lo aseguraría hasta que estemos en el helicóptero y te puedas quitar la ropa.
Hay bastante sangre.
El dolor hizo temblar a Tucker.
Al principio no había sentido las punzadas, pero empezaban a palpar incesantemente.
-Es fácil bajar esa escalera a toda prisa.
Pero subir es otra cosa.
Ese tío tendrá tiempo para darnos como a un blanco inmóvil.
-No cabe duda -convino Shirillo.
Ni siquiera en ese momento parecía inquieto. Tucker pensó, sin embargo, que el muchacho disimulaba su terror bajo una fachada de calma, a costa de mucha energía nerviosa.
-No lo lames a voces, pero avisa a Pete -le indicó Tucker-.
Ve hasta allí y dile que venga.
Creo que si hay uno en el techo del garaje no habrá nadie que suba las escaleras.
A menos que hayan desatado a Keeseey, que lo dudo.
-Ahora vengo.
Cuando volvieron, Harris escuchó a Tucker explicar la situación, que él veía con otros ojos.
Le aseguró que con el fuego graneado de la Thompson despejaría el techo del garaje sin apenas correr el riesgo de que le dieran.
-Pero ten mucho cuidado -le advirtió Tucker-.
Te mereces tu parte después de haber llegado hasta aquí.
-Puñetas, no te preocupes, amigo -dijo Harris, sonriendo.
Se levantó y se aplastó contra la pared junto a la ventana astillada.

Dejó pasar un minuto largo, como si un momento de sorpresa fuera mejor que otro, y de pronto, girándose, se plantó frente a la ventana, con la Thompson por delante, y comenzó a disparar contra el hombre del rifle.

No gritó nadie, pero al cabo de un momento Harris se volvió hacia ellos.

-Eliminado.

Pero no era uno de los pistoleros, sino Keesey.

-¿El cocinero?

-El cocinero.

-¡Mierda! -exclamó Tucker-.

Eso significa que aún hay uno de ellos abajo y sabe que ya no estás en la escalera.

Se puso de pie, a pesar de aquella especie de vara invisible que lo golpeaba intentando derribarlo.

El dolor del brazo se recrudeció, le cruzó toda la espalda hasta el otro hombro y luego hasta los riñones.

-¿Puedes subir solo las escaleras? -preguntó Harris.

-Sí, puedo, pero Jimmy tiene que subir antes.

Shirillo quiso protestar, pero, al darse cuenta de que llevaba el único walkie-talkie, asintió y de un par de saltos, se plantó en el desván.

-Sígueme de cerca -dijo Tucker a Harris.

-No te preocupes, amigo.

Tucker se aferró a la barandilla con su mano buena y empezó a subir hacia la apertura en penumbras que enmarcaba el rostro ansioso de Shirillo.

Se sentía parte de un equipo sueco, de alta montaña, pero al final lo logró con la ayuda del muchacho.

-¡Muévete, rápido! -le gritó a Harris.

El hombrón empezó a subir las escaleras.

Tucker miró su reloj: las siete y veintiocho.

Norton estaría esperando, seguro que sí.

Después de levantar la escalera del desván, Harris se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y la bloqueó con un pasador para que permaneciera así.

Jimmy Shirillo sacó su walkie-talkie.

Siguiendo las instrucciones de Tucker, intentó comunicarse con Paul Norton, el piloto del helicóptero.

Una vez sintonizada la frecuencia, se oyó un zumbido distante, que reverberó misteriosamente en el cálido espacio del desván.

Shirillo repitió la señal de llamada.

-¿Por qué no contesta? -preguntó la chica.

Tucker sintió que el futuro se le escapaba de las manos.

Empezó a pensar en Elise, en la paz y el silencio del apartamento de Park Avenue.

De pronto, la voz de Norton chisporroteó en el walkie-talkie respondiendo a la llamada, una voz extraña y a la vez familiar.

-Ya era hora -dijo Harris, con voz apagada.

-¿Cuánto tardará en llegar? -quiso saber Loraine.

Estaba sentada entre las dos maletas, rodeándolas con los brazos, como desafiando a Tucker o a cualquiera de ellos a que la dejaran en la estacada.

-Menos de cinco minutos -contestó Tucker.

Ella sonrió y dijo:

-Bueno, entonces ya estamos libres y en casa.

A pesar de su buen humor, no soltó las maletas.

-No cantes victoria -observó Tucker.

-¿Estás bien? -preguntó Shirillo.

-Sí -respondió Tucker.

La verdad era que se sentía como si lo hubieran arrastrado durante varios kilómetros desde un caballo, con todos los músculos doloridos, y agotado.

El dolor del brazo se expandía en un ardor que le recorría todo el cuerpo.

Para olvidarse de ello, se dedicó a analizar la situación y a decidir qué hacer.

-Será mejor que busques la puerta que da al tejado - le indicó a Shirillo-- Según las fotos de tu tío, está en el otro extremo de la casa.

Shirillo asintió con la cabeza, se incorporó, agachándose para no dar con la cabeza en las vigas

del techo, y se dirigió al otro extremo para examinar el terreno.

Al cabo de un rato encontró la puerta, descorrió los cerrojos, la abrió de un empujón y llamó a los demás.

-Andando -dijo Tucker.

Parecía que siempre tuviese que decir a alguien que se moviera, de un modo u otro.

Sería grato volver a casa, devolver el préstamo de los diez mil, relajarse y tomarse un par de meses antes de considerar seriamente otras propuestas de Clitus Felton, de Harrisburg, Pensilvania.

Si lograba hacer unos cuantos negocios solventes con su comercio de objetos de arte, podría tomarse hasta seis meses, y no tendría ni que moverse.

Pete Harris ayudó a Merle Bachman a atravesar el desván de una punta a otra, mientras que Tucker logró hacerlo por sus propios medios.

Sentía un poderoso impulso de apretarse el brazo herido y detener aquellas punzadas de dolor que le hacían vibrar los huesos, pero sabía que eso empeoraría las cosas.

Dejó que el brazo colgara a su lado e intentó concentrarse solamente en salir de ahí.

La mujer llevaba la maleta más pequeña, y Harris volvió en busca de las otras dos después de dejar a Bachman debajo de la puerta del tejado.

Tucker estaba de pie al lado de Bachman.

Se balanceaba y tenía ganas de descansar, pero se negó a permitirse ese lujo.

Ya estaba cerca, demasiado cerca para bajar la guardia.

A lo lejos se escuchó el motor del helicóptero surcando el aire de la mañana.

-Hay que darse prisa -ordenó Tucker.

Pensó que el pistolero de fuera oiría el helicóptero y se apostaría para intentar, desde tan corta distancia, disparar contra el piloto.

Shirillo fue el primero en subir al tejado, no encontró ningún obstáculo y, con la ayuda de Harris desde abajo, logró subir a Bachman.

En ese momento apareció Norton en vuelo raso por encima de la casa.

Siguió la chica, sin ayuda de nadie, y sólo se giró una vez para mirar las maletas cargadas de dinero.

Tucker fue detrás, y el hombro le ardió de dolor cuando topó con el marco de la portezuela.

Con la ayuda de Shirillo consiguió llegar arriba.

Pete Harris les pasó las maletas, una tras otra, casi como si estuvieran cargadas de nitroglicerina, y luego se reunió con ellos.

Eran las ocho menos veintidós minutos.

-¡Fantástico! -exclamó la chica al ver el helicóptero.

Tucker no dijo nada.

Una escala de cuerda fue descendiendo desde la puerta del copiloto, un mecanismo que Norton había instalado con el fin de aliviar el trabajo de los clientes ;legales para el buen desempeño de sus actividades.

A los treinta segundos de soltar la escalerilla, el último travesaño ya tocaba el tejado de la mansión.

-¿Quién va primero? -preguntó Shirillo, sujetando la escalerilla y volviéndose hacia los demás.

Tucker mantenía bien el equilibrio sobre el desnivel del techo, pero tenía la impresión de asomarse a un precipicio, con la sensación de que el patio de guijarros allá abajo se estaba moviendo.

-Subiré primero a Merle -dijo Harris-.

No creo que ninguno de vosotros pueda encaramarlo a esa escala.

-Venga -dijo Tucker.

Quería sentarse y descansar, incluso dormir, pero sabía que el sueño era un deseo peligroso en ese momento.

Harris le entregó su metralleta a Shirillo.

-¿Sabes cómo usarla, en caso de que sea necesario? -le preguntó.

El joven la examinó un momento y contestó que sí.

Harris se volvió, cogió a Merle Bachman como si se tratara de un niño, lo levantó por encima de sus hombros y lo afirmó con su mano izquierda.

El peso ni siquiera le hizo curvarse.

Tucker pensó que Harris había planteado peligros durante toda la operación, pero que en ese momento estaba cumpliendo su parte, convertido en un hombre tan valioso como cualquiera del equipo.

Lo vio agarrarse a la escalerilla de cuerda con la mano derecha, pisar el primer travesaño y esperar a que Norton los aupara hasta la puerta abierta del helicóptero.

Una leve brisa sopló por encima de la mansión y, con el balanceo del helicóptero, hizo que la escala se columpiara de un lado a otro, poniendo en peligro la estabilidad de los dos hombres que se aferraban a ella.

Pero Harris se mantuvo firme, y el movimiento pendular de la escalerilla disminuyó, a medida que subía, hasta detenerse del todo.

Harris subió los últimos peldaños, introdujo a Bachman por la puerta abierta y se metió él a continuación.

La escala volvió a bajar.

-Ahora tú -le indicó Tucker a la mujer.

Ella no tardó en sujetarse a la escala, cuando cayó a su lado, y no esperó a que la subieran, sino que empezó a escalar, por lo que, cuando el mecanismo de tracción se puso en movimiento, alcanzó en seguida la puerta del helicóptero.

Tucker se preguntó qué pensaría Norton, si estaría confundido por la súbita aparición de la chica.

Se sintió aliviado cuando vio que al cabo de un momento la escalerilla volvía a descender rápidamente.

El helicóptero se balanceaba, pero se mantenía más o menos fijo en una posición, con viento de cola.

-¿Y Cómo subimos las maletas? -gritó Shirillo.

Tucker las miró.

-Dame la Thompson.

Súbelas tú una por una.

Shirillo le entregó el arma, subió con la maleta más pequeña, se agarró a la escala y trepó mientras la recogían.

Harris, que lo esperaba arriba, tomó la maleta de sus manos.

Shirillo volvió a bajar.

Un rifle disparó desde abajo, un breve restallido apagado por el zumbido de las aspas del helicóptero, pero reconocible y amenazante, como un hacha astillando un madero.

Tucker se acercó al borde del tejado hasta ver a un hombre en el césped.

Con la Thompson entre las rodillas, más débil que nunca, con la cabeza pesándole de un lado y otro y la vista demasiado nublada para identificar su blanco, apretó los dientes y soltó una larga andanada de disparos.

Allá abajo, donde las balas abrían surcos en el césped como goterones de lluvia, el pistolero dio media vuelta y corrió a cubrirse detrás de un macetero de cemento, a casi cien metros de la casa. Tucker miró a Shirillo, que ya subía con la segunda maleta.

-¡Rápido!

Era evidente que Shirillo ni podía acelerar la tracción de la escala ni podía subir con la maleta auestas, pero Tucker no pudo reprimir el grito. Se le venía abajo la fachada de calma, y toda su bien cuidada compostura hacía aguas por todas partes.

La operación había sido un viaje al infierno, no debía fallar por culpa de un matón con un rifle, de un pobre cabrón que quería impresionar al jefe con su valentía.

El hombre oculto detrás del macetero de cemento tuvo tiempo para apuntar y disparar.

La bala rebotó sobre los guijarros, a un metro de Tucker, y levantó un reguero de esquirlas de alquitrán.

Tucker soltó otra andanada, y abajo el cemento saltó hecho añicos.

Shirillo tomó la tercera maleta y volvió a subir por la escalerilla.

De pronto se sacudió bruscamente; el tipo del macetero le había dado en el muslo.

"Hijo de puta", pensó Tucker.

El cansancio y el mareo se transformaron de pronto en rabia, una rabia que lo impulsó a moverse con precisión, rápido.

Pulsó con fuerza el gatillo de la Thompson, y se alegró al ver al pistolero retrocediendo aterrizado en medio de una franja de balas que bailoteaban a su lado.

El hombre se dio la vuelta, echó a correr, lanzándose de un lado a otro, e intentó parapetarse entre los arbustos.

Había dejado el rifle tirado en el césped.

"Pobre imbécil. Te podría haber matado y, entonces, ¿cuál habría sido tu ganancia en todo este asunto?", pensó Tucker.

Todos parecían tener ganas de morir, como si no pudiesen esperar a su momento; ese hombre, y el que hirió antes, en la terraza.

Y Baglio, que prefirió soportar una paliza antes que confesar dónde estaba Bachman.

Por supuesto que en aquel tipo de negocios había que asumir un riesgo de sangre, porque se trataba con hombres peligrosos en momentos peligrosos; pero el riesgo debía ser razonable, y las posibilidades de éxito, mayores de las de fracaso.

De no ser así, uno no era mas que un idiota.

-¡Eh! -llamó Shirillo, interrumpiendo la breve distracción de Tucker.

Había subido la última maleta al helicóptero y ya estaba arriba.

Tucker se pasó la Thompson por encima del hombro, se levantó, casi se cayó y manoteó desesperadamente para alcanzar la escalerilla.

Había estado a punto de perderlo todo, pero la agarró y sintió un tirón en el brazo al ponerse en marcha el mecanismo de tracción, que lo acercaba al aparato.

Un riesgo de sangre.

Se la había jugado y había triunfado.

Harris se asomó por la puerta abierta para ayudarlo, con una gran sonrisa en los labios.

-Te esperábamos -le dijo, y lo sujetó por las manos y lo subió el trecho que faltaba.

Lo último que pensó Tucker fue que Harris no había añadido "amigo".

El doctor Walter Andrion era un señor alto, delgado y canoso que solía vestir trajes de sastre y camisas de cincuenta dólares, conducía un Cadillac flamante y deambulaba por los círculos sociales más cotizados.

Estaba casado con Evanne Andrion, una mujer hermosa, de pelo negro y ojos azules, y treinta años menor que él; una joven de gustos sumamente caros.

Cuando lo llamó junior, dejó sus ocupaciones y salió inmediatamente en dirección al campo de aviación, llevando dos pesados bolsos en lugar de uno, puesto que ya sabía que debía ir bien preparado cuando recibía ese tipo de llamadas.

No era del todo una medicina ortodoxa la que él practicaba.

Actuaba rápida y pulcramente, sanaba heridas, hacía desaparecer la sangre y la suciedad y suturaba a los hombres con la misma eficiencia que en un hospital. Cuando trabajaba, no hablaba con nadie y nadie le hablaba a él.

Se lo había dejado bien claro a Tucker tres años antes: no deseaba escuchar nada a propósito del origen de las heridas, y las sesiones debían terminar lo más rápidamente posible.

Esa vez insistió en llevarse a Merle Bachman a su clínica un par de semanas para que descansara y se recuperara, lo cual, además, le daría tiempo para recomponerle toda la boca.

Aceptó de manos de Tucker los dos mil dólares en billetes de cincuenta y de cien, los metió en una cartera ya de por sí bastante abultada, introdujo a Bachman en el Cadillac y se marchó.

-Sacaremos lo de la factura del médico del dinero de las maletas -determinó Tucker-, antes de que decidamos cómo dividirlo.

Todos estuvieron de acuerdo, excepto Loraine, aunque tampoco se opuso.

Aprovechando la oportuna salida de Simonsen, el socio de Norton, que se había marchado a comer, abrieron las tres maletas en el despacho y contaron el dinero, que llegaba a un total de trescientos cuarenta y un mil ochocientos noventa dólares.

Después de calcular en más de cuatro mil dólares el total de la atención médica de Bachman, acordaron repartiéndose trescientos treinta y cinco mil.

Y eso no estaba nada mal.

Loraine contempló sus sesenta y siete mil y frunció el ceño.

-Pensé que sería mucho más que esto.

-Te vendrán bien -dijo Tucker.

-No por mucho tiempo.

-¿Una chica tan lista como tú? Lo habrás convertido en una fortuna antes de que acabe el año.

-¿Alguien tiene algo para guardarlo?

-¿Le va bien una bolsa de papel? -le ofreció Norton.

Ella cogió la bolsa de papel marrón y metió el dinero, sin molestarse en contestar a Tucker.

-Quiero saber qué planes tienes, ¿qué vas a hacer? -le preguntó Harris.

-Eso es asunto mío -respondió ella.

-Es asunto de todos.

Los miró, vio que esperaban respuesta, apretó los labios y replicó:

-¿Vosotros me vais a contar lo que haréis cuando nos separemos?

-Por supuesto que no -contestó Harris-.

Tú eres la intrusa.

Eres tu la que nos preocupa.

Paul Norton, sentado al otro lado de su escritorio plagado de papeles, echado hacia atrás en la silla mientras bebía cerveza India Pale Ale, había permanecido bastante callado.

Pero entonces se animó:

-Podría quedarse aquí conmigo una temporada, si lo desea, señorita.

Ella lo miró, con una expresión inescrutable, fría, y dijo:

-Ni siquiera lo conozco.

A Norton se le sonrojó todo el rostro, excepto las cicatrices blancas.

-Bueno -se disculpó-, no he querido insinuar con mi oferta que tuviese que haber condiciones, si se refiere a eso.

Tengo un bonito apartamento aquí en el mismo campo de aviación, con dos dormitorios, y la habitación de invitados tiene baño propio, muy cómodo.

No tendría por qué verme durante días si no quisiera.

-Yo creía que no querías saber nada acerca de mis negocios o de la gente con la que trato -dijo Tucker.

-No es eso. -Levantó ambas manos, enseñando sus dos enormes palmas, como disculpándose- No la escucharía aunque intentara contármelo, y la echaría a la calle apenas se volviera demasiado habladora.

Sólo quiero ayudarla, eso es todo, no hay más.

Lorraine lo observó detenidamente.

Era evidente que estaba a punto de rechazar la oferta, pero le pareció ver un asomo de timidez en la frente de aquel hombre tan recio, y supo que no tenía en mente otra cosa que ayudarla.

-Bueno, me imagino que eso estará bien.

Necesito estar tranquila y tener tiempo para pensar.

-Eso no contesta a mi pregunta -intervino Harris, impaciente-. ¿Qué piensas hacer cuando salgas de aquí?

La chica se volvió, con la ira asomando en su rostro tenso.

Norton habló antes de que ella dijese nada:

-Vaya, señor Harris, ¿no cree que ha ido demasiado lejos? La señorita necesitará tiempo para pensárselo.

No puede exigirle una respuesta ahora mismo.

Pete miró al piloto y supo que era imposible discutir con él.

Se encogió de hombros.

-Qué diablos -dijo-.

Yo usaré mi parte para comprar un pequeño negocio y jubilarme. ¿Qué me importa a mí lo que haga ella?

Dio media vuelta y salió del despacho.

Eran las cinco y veintinueve minutos de la tarde del jueves.

A las nueve y cuatro minutos de esa misma noche, con el brazo en cabestrillo, llevando una maleta pequeña y de pobre aspecto, y levemente atontado por los calmantes, Tucker entró en su apartamento del décimo piso de Park Avenue.

Vestía un flamante traje oscuro que no le quedaba del todo bien, camisa nueva, corbata y zapatos nuevos.

A pesar de sus heridas, se sentía a gusto.

Fue directamente al armario y abrió la pequeña caja fuerte.

Lanzó al interior los documentos de Tucker, sacó los verdaderos y se los metió en el bolsillo.

Luego, abrió la maleta pequeña y fue depositando en la caja varios fajos de billetes, uno a uno.

Cerró la caja, hizo girar la combinación y dio por terminada la operación.

En el pasillo se detuvo a mirar el escudo Edo; palpó el cobre aportillado, las brillantes filigranas de plata y el marfil tallado del interior.

La frescura del metal y los bordes gastados le infundieron calma.

Encontró a Elise en el dormitorio mirando la televisión, vestida con su bata favorita, espléndida.

-¿Cómo te fue con las campanas?

-Le di al vendedor un precio que le pareció satisfactorio y al comprador uno que pudiera aceptar.

Pero no fue nada fácil. ¿Como te ha ido a ti tu anuncio de pepinillos con Plunket?

-Estupendo.

Parece ser que tengo un gran talento para esas cosas.

Tucker se quitó la chaqueta.

-¿Qué es eso? ¿Qué te ha sucedido en el brazo? -
preguntó Elise.
Tenía bien ensayada la historia que iba a contarle.
-Me dispararon.
Ella hizo ademán de levantarse de la cama, pero la
detuvo con un gesto.
-Que no soy ningún inválido, mujer.
No es más que una herida superficial.
-¿Pero cómo, por qué?
-Un típico atraco a la americana, cuando volvía al
hotel.
-¿Un atraco? ¿En Denver?
-¿Qué tiene de extraño un atraco en Denver? Vivimos
en una época muy peligrosa, cariño.
El mundo está lleno de hombres peligrosos.